ARMAS Y LETRAS

HEMEROTECA MUNICIPAL

AÑO II NÚM. 19

DIRECTOR-PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

JULIO, 1921

Número suelto 1,30 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

LA MEJOR MOTOCICLETA

De Sport y Guerra es la Harley-Davidson

Exposición y venta:

J. A de LANDALUCE

Marqués del Riscal, 7.

Ayuntamiento de Madrid

Gran almacén de perfumería LA FLORIDA

De EUGENIO SARRÁ :: Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231 RONDA SAN PEDRO, 7 Apartado Correos 239

BARCELONA

ASMA, BRONQUITIS CRÓNICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se combaten con las

GOTAS HELENIANAS BATLLE

(A BASE DE CLORURO DE HEROÍNA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el hospital clínico facultativo de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España.

Depósito general: E. SARRA, Ronda de San Pedro, 7, LA FLORIDA

MESTRE & BLATGE

S. A. ESPAÑOLA **CAPITAL: 10.000.000**

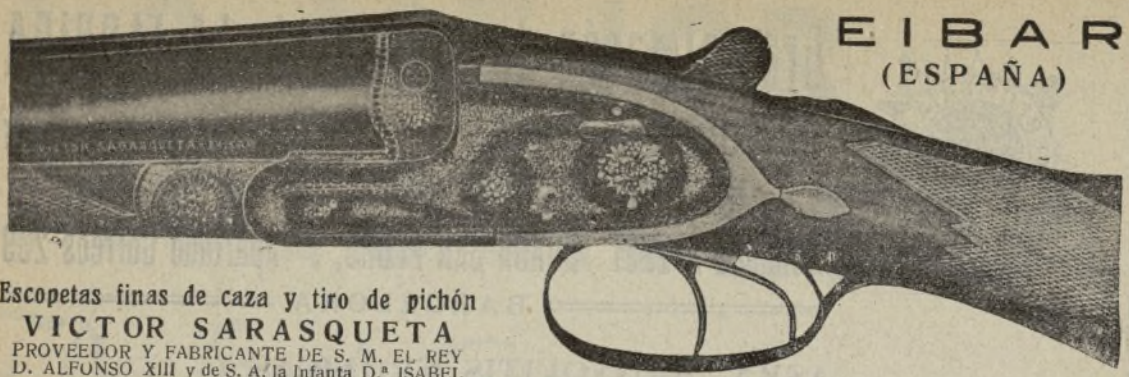
La casa mejor surtida en toda clase de Accesorios para automóviles ciclos, aviación. Artículos para todos los deportes.

Faros, faroles y proyectores Besñard, magnetos Símms, bujías Oléo, bañdaje para frenos Thermoid, rozamientos a bolas F. S., carburadores Zenit.

MADRID: Cid, 2 y Recoletos, 15
Teléfono S. J. 022

BARCELONA: Balmes, núm. 57
Teléfono A 4373

Ayuntamiento de Madrid

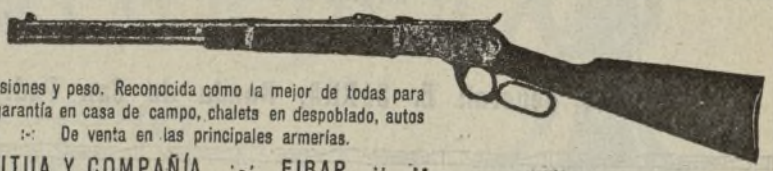


EIBAR
(ESPAÑA)

Escopetas finas de caza y tiro de pichón
VICTOR SARASQUETA
PROVEEDOR Y FABRICANTE DE S. M. EL REY
D. ALFONSO XIII y de S. A. la Infanta D.ª ISABEL

CENTRO GRAFICO ARTISTICO
TALLERES DE FOTOGRABADO
BLASCO DE CARAY, 32
TELÉFONO 22-09 J
ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR

Carabina de doce tiros "TIGRE"



Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. De venta en las principales armerías.
:: :: Al por mayor: GÁRATE ANITUA Y COMPAÑÍA EIBAR :: ::

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.** Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERÍA DOMINGUEZ
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1.ª	150	Uniforme kaki de estambre o gabardina con pantalón y calzón	150
Capota paño o estambre	210	Idem íd. de dril, con íd.	70
Pelliza de 1.ª, rizo de íd.	120	Volver pelliza con todos los avíos y dorados	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada	225	Idem guerrera con íd. íd. e ídem	50
Guerrera de paño o estambre	120	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache	17
Pantalón Rey con franja seda	60		

Si unieras a tus encantos, a pesar de éstos ser tantos, el de usar la PECA-CURA, bajarían de la altura, sin duda, los mismos santos a contemplar tu hermosura.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTÉS HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

Ayuntamiento de Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Precios de suscripción
Trimestre . . 3,75 ptas.
Semestre. . . 7,50 »
Año . . . . . 15,00 »
EXTRANJERO
Semestre. . . 12,00 ptas.

Año II Núm. 19
JULIO 1921

Ciencias & Artes
Inventos & Literatura
Actualidades

DIRECTOR PROPIETARIO:
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:
Calle Mayor, núm. 86
MADRID
Apartado correos núm. 886

Administrador:
José Valero de Bernabé

TIPOS MARROQUÍES

CHARLANDO CON ESVILU

Mohamed Bel-Hach-Esvilu es un moro notable, ¡quién lo duda!, ahora que no se tome tal notabilidad en el sentido que generalmente se suele entender. Esvilu no es notable por su riqueza ni por su alcurnia, lo es porque verdaderamente tiene dichos y hechos muy notables.

Al intentar interviuvar a un moro yo he podido hacerlo con uno de verdadero *postín*, ¡porqué no!, pero he creído más interesante aceptar las declaraciones francas, sin hipocresías ni atenuantes, recogidas del corazón del pueblo indígena, que no las que me pudiera otorgar un alto personaje, que manifestaría lo que quisiese y callaría lo que creyese oportuno, pues éstos elevados dignatarios, han aprendido un mucho de la fría y acomodaticia diplomacia europea.

Mohamed Bel-Hach-Esvilu obstenta como timbre de gloria ser de los primeros moros amigos que siguieron al general Berenguer cuando la creación de las Fuerzas Regulares, y en la actualidad es confidente de dichas Fuerzas en Xauen, pero su más ardiente deseo es ser nombrado «*Proveedor General de Regulares*» debido a que recien tomada la ciudad, que en tiempos fué misteriosa, y cuando era verdaderamente difícil pertrecharse de carnes, huevos etc., etc., era él quien se encargaba de proporcionar artículos tan sustanciosos como necesarios, considerándose postergado y molesto cuando conseguíanse por otro conducto que no fuese el suyo.

Una mañana se nos presentó sumamente engalanado a usanza mora y con las vestiduras blancas como el ampo de la nieve. Esvilu se había casado.

—Yo estar muy contento porque *mujera* salirme *mezián, bezáf mezián*.

Y al decirnos que su mujer le había salido hermosa, muy hermosa, alegría infantil pintábase en su broncíneo rostro de escuálida contextura.

Días atrás nos había dado un vulgar *sablazo*: iba a casarse y necesitaba dinero. Nos explicó como la boda costábale ¡*20 duros españoles*! 10 que tenía que pagar por la mujer, ¡pobre mercancía de tan excaso valor! y 10 para los gastos de boda. No faltó quien socorriese al indigente moro con un puñado de plata, pero el Esvilu, esclavo del refinamiento de la más escrupulosa elegancia, exigió aún más y fué que la plata la convirtiéramos en billetes por ser de mucha mayor *fantasía*.

El Esvilu no es ni alto ni bajo, sumamente delgado, todo nervio, lleva retratada en su cetrina cara de angulosas facciones, que remata pequeña y puntiaguda barbilla, la ruda ingenuidad del moro noble, verdadero amigo de España, aún no maleado por el recelo y la desconfianza del civilizado mundo.

De las efemérides de su vida que él conserva en sagrado recuerdo es el viaje que a Madrid hizo cuando las Fuerzas Regulares eran mandadas por el hoy general Berenguer.

—¡Madrid estar muy grande! ¡Estar mucho bonito!

Y sentado frente a nosotros calla tiñendo su rostro una angustiosa sombra de añoranza de dias que pasaron y que no cree de fácil retorno. Pero de pronto vuelve la vida a sus pequeños ojos y piensa mientras dice:

—Pasar dos años y Xauen estar como Madrid.

—Desde luego, en menos tiempo aún hemos afirmado piadosos no queriendo deshacer el encanto de una esperanza que de ilusiones vive.

Nos cuenta, orgulloso, como acaba de hablarle *Jurjo*. *Jurjo* estar muy amigo mio, Jurjo es el general Sanjurjo, y *Birenguer* saludar con mano y decirme, «Adios Esvilu.» Estar muy amigos mios porque saber que yo estar amigos de Regulares.

Estamos seguros de que Mohamed Bel-Hach-Esvilu no cambia el momento en que saludaron los generales Berenguer y Sanjurjo por todo el oro del mundo, tal es la alegría y el gozo con que nos cuenta su feliz encuentro.

Su satisfacción es acercarse en plena plaza, mejor cuanta más gente le observa, a los jefes, para que los indígenas vean la amistad que con ellos le liga, por lo que goza de ascendiente entre los naturales del país que envidían y admiran la acogida que que se le disdensa al privilegiado confidente.

Ayuntamiento de Madrid

—Vamos a ver. Esvilu ¿tú que opinas de España?

—¡Oh España ser mucho grande! y España hacer mucho bueno al moro.

—¿Entonces porqué el moro no querer a España?

—¡Oh no *por Dio*! Moro querer España. No quererla *yebala* ladrón. Muchos poblados querer a España y no someterse por miedo al *yebala*, pero españoles les harán someter con cañones, fusiles y ametralladoras del Gobierno.

Hay que advertir que el moro cuando habla de España todo lo achaca al Gobierno, y así dice tiendas de campaña del Gobierno, mulos del Gobierno, tropas del Gobierno, todo del Gobierno: es la civilización que avanza.

—Tú estarías mejor antes de venir los españoles ¿verdad? Tendrías más libertad.

—¡Oh *gualo* mejor! Antes nada *flus* y ahora tener *flus* y haber trabajo, pagar por trabajo y comer, y antes nada trabajar y nada comer.

—Hombre yo creo que el que quisiera comer trabajaría igual que ahora.

—Antes no haber trabajo y ahora Gobierno hacer carreteras, hacer tren, necesitar tropa, necesitar mucha gente y dar de comer mucha gente. ¡España ser amiga del moro, el moro ser amigo de España!

—¿Y en Xauen están contentos con los españoles?

—Mucho contento. Antes venir *yebalas* llevarse mujeras, robar dinero, quitar trigo y comida, pegar y marchar. Ahora nada quitar, nada pegar.

—¿Y a tí no te dicen nada por estar al servicio de Regulares?

—A mí quererme matar unos *yebalas* pero saber que estar amigo de Gobierno y tener miedo.

Y Esvilu con su pintoresco hablar castellano, nos cuenta novelesca historia de peligros y sobresaltos que él ha zanjado con un valor rayano en temeridad, que le hace digno de figurar en re los más esforzados y heróicos varones; his oria que como es natural no creemos por estar sus raros episodios más cerca de la inverosimil cinematografía detectivesca, que de la viviente re lidad.

El Sol penetra apenas, tiñendo los objetos de manchas claras y obscuras que les dan aspecto de gandes pieles atigradas, y la parda vestidura de nuestro confidente se confunde con el pardo color de su morena tez, mientras las mangas de la chilaba barren el suelo con su enorme vuelo, más propio de la elegante y sedosa bata de delicada figulina que reinase en el más aristocrático salón, poniendo una nota algo brillante en la informe masa, los dos llamativos puntos de sus chilolnas babuchas amarillas que bien pronto, merced al uso, entonarán en éste armónico conjunto que ellas solas, atrevidas, quiebran.

Le ofrecemos un vaso de té moruno, que sabemos no ha de rechazar, invitándole a que sea él quién lo confeccione pues nadie mejor para llevar a cabo la mezcla de las dósis de los distintos ingredientes que compongan la dulce y típica bebida.

Y mientaas prepara el agua caliente, el té, la yerba buena, y cuanto necesita para su delicada e importante operación, seguimos haciéndole preguntas que él, sin dejar su tarea, contesta.

Un aviador cruza los aires, cabalgando en su férrea máquina de horrísono rugido, que llega hasta nosotros como una amenaza.

—Pájaro tontón ir a tirar bombas al *yebala* dice satisfecho el Esvilu que vé en el infernal artefacto al vengador de sus persecuciones.

Y admirado, con los ojos y la esperanza en el aeroplano, observa como el pájaro, ligero, raudo, veloz, dá vueltas, trazando en su vuelo mil caprichosas figuras, mientras que orgulloso surca el aire enseñoreándose del elemento que le sirve de sostén y al que, no obstante, domina como señor feudal de horca y cuchillo.

JAVIER ORTÍZ TALLO

Xauen, 1921.

A NUESTROS SUSCRIPTORES

De acuerdo con lo que venimos repitiendo en números anteriores, el día 1.° de Agosto esta Administración girará letras por el importe del segundo semestre del corriente año, a los suscriptores que, no pagando sus cargos por la Caja Central, nos hayan autorizado a dicho giro, expresamente, o implícitamente al no haber enviado en dicho día el importe de su suscripción.

Rogamos encarecidamente a los que reciban dichas letras que, teniendo en cuenta que lo hacemos para evitarles molestias y gastos de giro y asimismo los gastos crecidos que nos habían de ocasionar al devolverlos sin pago, se sirvan aceptarlos desde luego, sin perjuicio de la reclamación que puedan después formularnos por algún número extraviado, que siempre tendremos mucho gusto en enviar inmediatamente.

Ayuntamiento de Madrid

Aventuras de Membrillera

CAPITULO XI

En el que termina esta historia en forma casi dramática

A media noche empezó el desfile.

Al guión siguió ordenadamente la columna, compuesta de unos diez mil hombres.

Seguían a las fuerzas indígenas los regimientos de línea y a éstos los batallones de cazadores.

La marcha, peso a la obscuridad de la noche y a las malísimas condiciones del terreno era silenciosa, como corresponde a un ejército que trata de sorprender al enemigo.

Soplaba ténue y fresco vientecillo impregnado de aroma de retama y adelfas.

Cirilo, emocionado, recorría infatigable su sección, vigilando su marcha e impidiendo cualquier desorden que pudiera producirse a consecuencia de la obscuridad.

Desde que supo que iba a librarse un combate, en el que tomaría parte activa su Batallón, repiqueteábale el corazón en el pecho con gozo sin precedentes. A veces entristecíalo el recuerdo de sus padres, pero la ilusión de entrar en fuego se sobreponía a aquél sentimiento y marchaba ufano y satisfechísimo.

Tropezaba cada tres por cuatro, pero sin experimentar cansancio, pese a la rapidez de la marcha.

Antes de que amaneciese quedaron las fuerzas ocupando las posiciones que de antemano se había señalado por el alto mando a cada unidad.

Palidecieron las estrellas, aparecieron las primeras claridades de la aurora, precisáronse los colores del paisaje. El día amaneció lleno de encanto, que la posible muerte hacía parecer centuplicado.

Los primeros tiros, disparados por el enemigo, sonaron apenas el sol prestó a la tierra sus primeros rayos. Sucedió a aquéllos un fragor sordo, contínuo, de intensa fusilería a la que se unía el vivo cañoneo y los aullidos de los moros enardeciéndose para el combate.

Cirilo, al oir los primeros disparos, sintióse invadido de un frío intenso. Creyó, por un momento que en la boca tenía una especie de goma arábiga y que el corazón le bailaba en el pecho una especie de furioso pasodoble.

A los pocos momentos reaccionó y sonrió satisfecho.

Su Batallón, en orden de batalla, disparaba sin descanso.

Membrillera, con el sable desenvainado, recorría su guerrilla animando a sus soldados con el ejemplo.

A las diez de la mañana, gruesos contingentes de enemigos precipitáronse contra las guerrillas españolas, en tal forma que amenazaban envolver al Batallón a que pertenecía Cirilo.

Fué necesario concentrarse y lanzarse a un bravo contraataque para impedir el choque a pie firme.

El Alférez Pardillo, puesto frente a sus soldados, avanzó lleno de arrogancia.

Su sección animada por el sello de valor que se retrataba en la apostura de su Alférez, fué la primera que recibió el choque, con tal ímpetu contrarrestado, que las fuerzas enemigas vacilaron.

Cirilo, hacía voltear el sable con inconcebible rapidez y sin dejar de animar a su gente con gritos de entusiasmo.

Volvióse un momento despreciando todo cuanto no era su honor y su deber y gritando ¡Adelante!, precipitóse seguido de su sección contra los enemigos, con tal arrojo que la vacilación de éstos se trocó en retirada.

Cirilo inició la persecución, pero, apenas dió tres pasos cayó herido en el pecho.

* * *

Cuando abrió los ojos se encontró en una cama del hospital de Tetuán.

Zabalza estaba a su cabecera:

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó éste.

—Mal—murmuró Cirilo—Esta ha sido la única vez en mi vida que no he metido la pata, pero me parece que voy a estirarla.

Cosa que afortunadamente no sucedió. Cirilo no ha muerto. Todavía dará mucho que hablar en este mundo.

SIVERIO DARNELL

UN ERROR

En la miscelánea mensual de nuestro número del mes de Mayo, aparece por error, el nombre de D. Adolfo Hernández al pie del retrato del Teniente de la guardia civil, D. José Jiménez Nieto que por su proceder heroico, mereció recientemente del Gobierno la concesión de la Cruz de la Orden Civil de Beneficencia.

IMPORTANTE

La Administración del Correo Central nos comunica que la correspondencia dirigida a los «Apartados particulares» ha de someterse a ciertas condiciones para poder garantizar un buen servicio.

Las modificaciones introducidas afectan a la forma de consignar la dirección en los sobres que deben venir extendidos del siguiente modo:

SELLO

Sr. Administrador de **Armas y Letras**
Apartado núm. 886 *Madrid*

Es esencialísimo que la mención del Apartado se haga en el ángulo izquierdo inferior del sobre y en la misma línea que el punto de destino.

Rogamos a todos nuestros colaboradores, anunciantes, suscriptores y corresponsales que tengan estas disposiciones, pues de otra manera, no llegarán a nuestro poder sus cartas.

Ayuntamiento de Madrid

SOCIEDAD GENERAL DE REPRESENTACIONES

MAQUINARIA

Capital Social 250.000 pesetas, totalmente desembolsadas.

Liquidación del material en existencia con 10 por 100 de baja en el precio de coste.

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS DEL MAXVELL

Pídanse listas de precios.

Galdo, 1 — MADRID — Teléfono 1712

Cómo se enseña la

ESGRIMA DEL FUSIL CON BAYONETA

Autor: Capitán D. LUIS PUMAROLA

Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio del ejemplar: UNA peseta.

F. ALCARAZ

ATOCHA, 78

SOMBREROS, GORRAS PARA TODA CLASE DE —— UNIFORMES ——

Precios económicos

GORRAS Y EFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Ultimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

Se recuerda a nuestros colaboradores expontáneos que no sostenemos correspondencia ni acusamos recibo de los artículos que nos envíen. Siempre que sea posible, complaceremos al remitente publicando lo que sea digno de ser publicado.

Angel Carlos

Proveedor de la Real Casa

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

OFRECE

a

los nuevos alumnos de Infantería

LOS UNIFORMES MAS ELEGANTES

Y DE

MEJOR CALIDAD

Sastre de la Academia de Infantería

Zocodover, 33 al 37 · Teléfo 325

TOLEDO

Ayuntamiento de Madrid

Una obra sobre Napoleón

Augusto Vivero, acaba de publicar una obra curiosa sobre la familia Bonaparte. Es un libro bien escrito y admirablemente documentado; en él aparecen detalles íntimos del Corso y sus ascendientes, que permiten suponer lo interesantes que han de ser los tomos que anuncia.

Puede considerarse este trabajo como un estudio nuevo, realizado desde un punto de vista real y humano, nada de exageraciones ni convencionalismos; lo exige así la propia naturaleza de los hechos realizados y la verdad histórica que ya otros escritores europeos trataron de esclarecer.

Este volumen se ocupa de los ascendientes de Napoleón y de parte de la infancia de este y al hacerlo, compulsa datos y reseña hechos, para presentarnos al emperador como un enfermo neurópata.

No cabe negar que Napoleón fue una naturaleza especial; su vida, sus constantes anhelos de grandeza, su origen, su «gusto de engañar» como decía Talleyrand, aparecen al descubierto en las páginas de este libro, que merece ser leído y merece serlo, porque la vida del César tan separada de la normalidad, se comprende y se siente al conocer sus condiciones morales y físicas.

Estudio psicológico, análisis patológico, ha de levantar seguramente discusiones entre los que han estudiado la figura del emperador francés, porque solo en fundamentos de orden médico pueden levantarse hechos contradictorios hechos personalísimos de quien merced a un desequilibrio nervioso a una herencia bien señalada por el autor realizó tan opuestas manifestaciones del cerebro y del corazón.

La labor de Vivero ha sido inmensa; reconstruir una vida ligada por aduladores y obligados siervos, discutida al pasar de los años, incierta en más de un punto, no es empresa fácil y menos aún teniendo en cuenta que los acontecimientos de la época fuéronse levantando conforme convenía a la voluntad del que los realizaba.

Esperemos la continuación, y meditemos sobre las páginas de Vivero, que bien lo merecen cuantos juicios y datos las llenan.

FEDERICO PITA

VACIEDADES

Fué a confesarse un baturro, el cura le impuso de penitencia tres credos y el penitente comenzó por afligirse de tal modo, que le preguntó el padre de almas:

—¿Qué le pasa, hermano? ¿Por qué se aflige V. de esa manera?

—¡Otra, rediez! ¿Pues no he de afligirme?—contestó el baturro—¡Si me manda V. que rece tres credos y yo no sé más que uno!

Entre esposos:

La mujer.—¿No te parece que nuestra hija hace grandes progresos en el canto?

El marido.—¡Ya lo creo! Al principio solo se quejaban los vecinos de la casa. Ahora se queja todo el barrio.

Un duelo en los aires

Recientemente la prensa americana ha dado noticia de un duelo realizado entre dos aviadores en condiciones altamente originales, pues el lance tuvo lugar en el aire elevándose cada contendiente en un aeroplano y provistos de sendas carabinas con las que se estuvieron tiroteando durante un tiempo determinado.

El caso no es nuevo. El año 1808 tuvo lugar en Francia un duelo semejante con la única diferencia que los contendientes utilizaron para su desafío los globos.

Los combatientes eran M. de Grandpré y M. Le Piqué, que se desafiaron por una cuestión mujeril. La señora objeto de la cuestión era una tal Mlle. Tirevit, cómica que actuaba en la Opera Imperial.

El día señalado para el desafío, M. de Grandpré se metió en la barquilla de un globo, acompañado de un testigo, y M. le Piqué, con otro testigo, montó en otro globo en el jardín de las Tullerías, ante una inmensa multitud de admirados espectadores.

Así dispuesto todo, se dió suelta a los globos, los cuales alcanzaron una altura de cerca de un kilómetro. El viento era escaso, y, por lo tanto, ambos globos pudieron sostenerse a una distancia de 70 metros. Llegados a la altura señalada, se dió la voz de fuego. M. Le Piqué erró el blanco, pero M. de Grandpré consiguió que la bala rompiese la seda del globo de su contrincante, el cual inmediatamente descendió con tal velocidad, que tanto él como su testigo se hicieron materialmente una tortilla.

El globo del vencedor descendió a unas cuantas leguas de París.

PARISIANA
MONCLOA
Restaurante de primer orden. Servicio de automóviles.
UNA PESETA ASIENTO
TELÉFONO 290 J.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

ARMAS Y LETRAS

EXCURSIONES PINTORESCAS

Una visita a las cataratas del Niágara

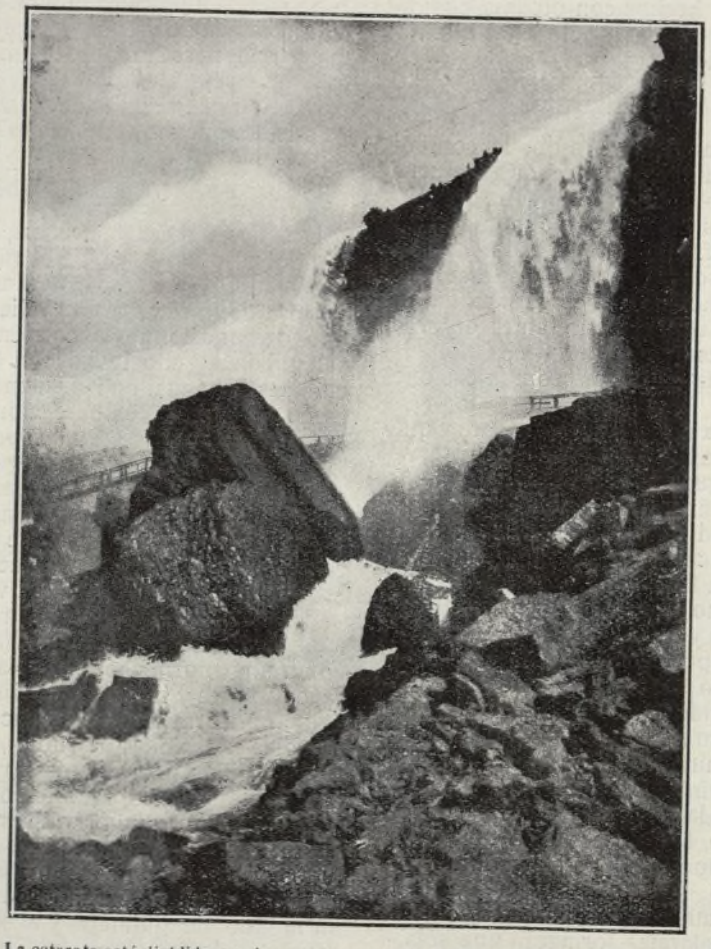
Durante nuestra estancia en las grandiosas urbes norteamericanas, sentimos la ardiente necesidad de visitar el emocionante espectáculo de las célebres cataratas del Niágara, y aprovechando nuestro paso por Nueva York, tomamos un billete para Buffalo, el centro comercial de la raza porcina, y de esta población seguimos a Niágara en un raudo automóvil.

Por el camino entablamos conversación con un amable yanqui, que resultó ser un rey o príncipe del cerdo, que iba a Buffalo a acaparar cuantos animalitos de la baja mirada hubiese, para convertirlos en ricos embutidos, que exportaría después a todo el mundo.

Nuestro dilecto amigo nos enseñó que Niágara es una palabra india que significa *The Trunderer the waters*, y en castellano castizo, *el tronar del agua* o *el trueno del agua*.

Apesar de que M. Woodbury, nuestro locuaz amigo de unas horas, es tratante en cerdos, no es óbice para que nos deslumbre con su amena charla, que después de todo el negocio porcuno no está en pugna con la erudición, y por él supimos, además, que las cataratas fueron descubiertas en el año 1678, por un jesuíta misionero, el padre Hennequin, que en una de sus andanzas para civilizar a los indios y convertirlos al cristianismo, se encontró con la hermosa obra de la Naturaleza.

Quedó en Buffalo M. Woodbury y seguimos la marcha en pos de nuestra Meca, y al llegar a Niágara, que nació y vive gracias a las famosas cataratas, nos dió la sensación de uno deesos elegantes balnearios que impone la moda y en los que se ve de todo menos enfermos.



La catarata está dividida en dos por una meseta rocosa que el agua aún no ha podido destruir, pero que poco a poco va minando...

La ciudad del Niágara

Niágara es una ciudad cosmopolita que la pueblan turistas de todas las partes del mundo, que acuden a millares y a millares se renuevan, ávidos de contemplar la maravillosa cascada. Es la heroína del lugar; toda la vida gravita en derredor suyo; todo se concibe, todo se hace, todo se sacrifica y se organiza por ella, para verla y admirarla desde todos los sitos y en todos sus aspectos.

Es una reina a la que todos rinden pleitesía, y los americanos duchos en el arte de dar acada cosa lo suyo y que conocen como nadie el lado práctico de la vida y que, entre otras cualidades, tienen la de que saben hacer las cosas pronto, bien y con magnificencia, han rodeado las cataratas de bellos jardines, parques deliciosos y boscajes apacibles,

Ayuntamiento de Madrid

que son un sedante después de contemplar como la masa de agua, de muchos millones de litros, se despeña con horrísono estruendo desde una altura de cien metros.

En los alrededores de las cataratas todo denuncia la civilización, la industria, el comercio, la sed de lucro, en una palabra. El yanqui ha domesticado la catarata y de ella se aprovecha para sus fines industriales. La ha quitado un pedazo de su curso para alimentar un canal que termina en un pozo que tiene la profundidad de la catarata. y este hijuelo del monstruo, pasando por unas turbinas, da fuerza a todas las fábricas que se extienden a lo largo de la carretera de Buffalo, que todas viven a su costa.

Antes de visitar las cataratas dimos un paseo por la población, y apesar de estar lejos de ella se la siente, se la palpa, nos extruja invisible en los hoteles, en los restaurantes, en los tranvías, en los comercios, donde hay un derroche de fotografías y vistas de aquéllas, tomadas desde infinitos sitios, y hasta los vendedores ambulantes nos acosan con unos variados objetos, hechos con piedras cogidas en las cataratas; siempre ellas y sólo ellas que nos acechan por todas partes.

La visita a las cataratas

Los yanquis han armonizado el lujo, la comodidad y lo grato con la utilidad que reporta la fuerza enorme del grandioso salto, y de esta manera los turistas pueden ver las cataratas y admirarlas por arriba, por abajo, de frente y de costado, en sitios extratégicos y pintorescos, tanto en la orilla americana como en la canadiense, y lo mismo en los islotes que dividen el río superior, antes de arrojarse al abismo, islotes que están unidos por alados puentecillos que facilitan las comunicaciones y las vistas.

Llegamos por fin a la orilla del río Niágara y quedamos absortos al contemplar por primera vez aquella sábana de agua que avanza suavemente, mansamente, ajena al fin que le aguarda, pero que al sentir la proximidad del peligro, en vez de acobardarse, se crece y acelera su marcha, como atraída por el vacío, y con furia y estruendo indescriptible, se lanza al abismo en una hermosísima cortina de variados colores y cuya parte inferior se pierde entre una nube de polvo de finísimas gotas que todo lo envuelve como en un escarchado sudario.

La catarata está dividida en dos por una meseta rocosa, que el agua aún no ha podido destruir, pero que poco a poco va minando; la catarata de la derecha, rectilínea, pertenece a los yanquis, y la de la izquierda, que adopta la forma curva, con la concavidad hacia el abismo, está el territorio canadiense y es conocida con el nombre de la Herradura, *Horse shoe*.

Esta meseta está llamada a desaparecer y cuando esto ocurra las dos cataratas formarán una sóla, y los turistas perderán un sitio peligroso de donde contemplar la caída del agua.

Los peligros de la catarata

Según nos cuenta un belga, que todos los años acude a deleitarse en este espectáculo singular, la acción socavadora de las aguas estuvo a punto, en el año 1850, de costar la vida a quince personas que estaban en la meseta, pues a poco de retirarse se oyó un fuerte crujido y un pedazo de unos cuarenta metros cuadrados se desprendió y, arrastrado por la impetuosa corriente, fué tragado por el abismo.

El belga nos hizo notar una cosa, por demás sencilla y natural, que la catarata va retrocediendo y acercándose al lago Erie y alejándose por tanto del Ontario. Actualmente se encuentra a la misma distancia de estos lagos, y llegará un día, muy remoto, que la catarata alcanzará el primero de ellos, y sacamos la consecuencia, dada la manera de ser del yanqui, que para que la ciudad de Niágara pueda vivir tendrá también que retroceder y seguir a la altura de aquella que le dió el ser.

Las aguas se vierten en una profunda hoya de cortadas paredes a las que hay adosadas unas livianas escaleras de caracol, que dan acceso a diversos corredores colocados a distintas alturas. El remanso parece una gran olla en plena ebullición.

Seguimos nuestra excursión ocupando un asiento en un tranvía de cremallera que pasa muy cerca de la catarata; pero hubo previamente que ponerse un traje impermeable, especie de hábito con capucha, para evitar que la nube de agua que todo lo envuelve pusiera nuestro traje hecho una sopa.

Al pie del abismo

Después de presenciar con religioso silencio el rápido paso del agua bajo nuestros pies, bajamos al remanso donde nos espera un vaporcito llamado *La hija de la bruma*, una valiente hija que se lanza a todo vapor contra la corriente—al fin mujer—, y sin miedo alguno lucha con los torbellinos y los embates del agua, que brútamente choca contra el casco de nuestra embarcación queriendo hacerla suya; pero *La hija de la bruma* no se arredra y sigue avanzando, lenta pero segura, mientras sus máquinas jadean como caballo cansino después de una larga galopada. Llega un momento que la lucha tiene un límite; el agua consigue detener a la embarcación, pero no la hace retroceder y para conseguir esta victoria sus hélices giran vertiginosamente.

Estamos a unos doce metros de donde cae el agua despeñada. La abombada cortina resplandece como una enorme coraza en la que se quiebran los rayos solares y millones de diminutas partículas de agua, que forman una compacta nube y nos envuelve, toma irisaciones de rubíes, záfiros, esmeraldas y topacios, bajo los rutilantes rayos del astro rey. Ciega tanta luz, ensordece tanto ruido estruendoso, monótono y continuo, y en medio de aquella balaunda atronadora nos parece percibir agudos chillidos, voces de ninfas, batir de las alas, arrastrar de cadenas, crujidos extraños, como si viviéramos en un mundo de quimera, y al sentirnos atraídos por aquel rugido tan persistente, nuestro cuerpo quiere salirse del barco y acudir a la borágine, y luchar en ella para vencer o morir De nuestra boca salen gritos inarticulados que ni siquiera se oyen; pero por unos momentos se nos figura que acallamos el infernal ronquido del monstruo al caer mortalmente deshecho en las profundidades del abismo.

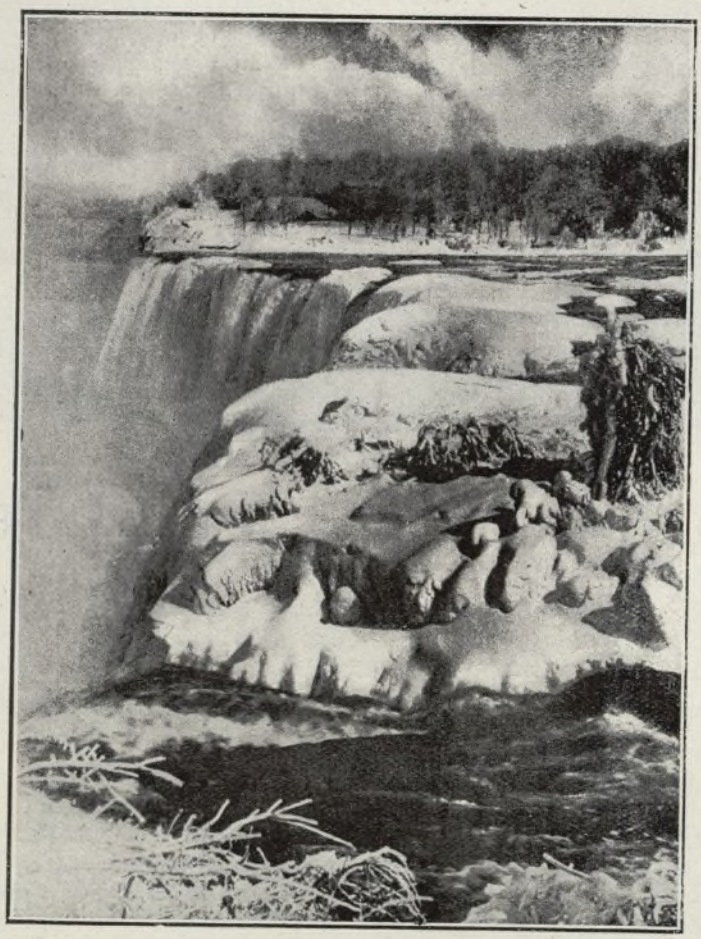
Ayuntamiento de Madrid

El transbordador eléctrico

Cambia ahora la declaración. Embarcamos en el transbordador eléctrico, por cierto, invento de un ingeniero español, Torres Quevedo. El alma se ensancha al pisar el trasbordador y pensar que un sabio compatriota, en la tierra de los audaces inventores ha sabido colocar el nombre de España a una altura inconmensurable, y tan nuestro nos parece el tranvía aéreo, que nos figuramos pisar tierra española.

El viaje que emprendemos nos permite admirar el dilatado panorama que se extiende a nuestros pies. Cruza el tranvía el centro de la catarata y divisamos en toda su magnitud los bosques de ambas orillas, los islotes de exuberante lozanía, el río superior y el inferior, y nuestro corazón suspende por unos instantes su rítmica marcha cuando pensamos que pudieran romperse los cables que sujetan el transbordador.

De éste vamos a un pequeño chalet, donde vestimos el traje reglamentario, y así lo llamamos porque mujeres y hombres adoptan la misma toilette: pantalón y chaqueta, de color amarillo, impermeabilizados, una capucha y unas sandalias de fieltro completan la vestimenta. Traje necesario y preciso para cruzar la catarata por debajo.



En invierno, las nieves se acumulan a un lado de la catarata que forma en uno de los extremos enormes agujas de hielo.

Debajo de la cascada

Descendemos por la roca hasta un punto en que queda cortada a pico y entonces hay que utilizar una estrecha pasarela de tablas, apuntalada con sencillos palos, que no dan sensación de seguridad. Esta pasarela va siguiendo la pared del precipicio y la bordea en toda su extensión. Por delante de nosotros y en un ambiente saturado de humedad, tan densa que a veces la respiración falta, y envueltos siempre por la nube de partículas acuosas de las salpicaduras contínuas y persistentes, avanzamos a veces con los ojos cerrados porque no es posible ver nada con el agua que nos ciega. Llegamos a un sitio más espacioso, donde hay un balcón que se asienta en una roca negruzca y chorreante, sitio que coincide con el centro de la catarata. Una claridad tenue, tamizada por la amplia cortina alumbra el lugar donde nos encontramos y delante de nosotros la masa líquida pasa vertiginosa, formando una blanca pared que alguna vez se desgarra para dejar paso a los rayos solares que se quiebran en innumerables arcos iris que iluminan el reducido espacio en que estamos.

Bajamos aún más y llegamos al límite. Estamos en el lecho del río inferior, donde el agua que cae se rompe en infinitas partículas que nos ciega y nos hace marchar a tientas.

El aire es blanco y mojado, más que aire es vapor, y sentimos cerca de nosotros el salto brutal del río al lanzarse de golpe en el vacío y caer formando un terrible remolino de espuma, y el formidable desplazamiento del aire que se produce en la cornisa en que estamos hace que las piedras reboten y hasta el suelo tiembla.

De allí salimos atontados como si viniéramos de un mundo infernal en que el agua hubiese reemplazado al fuego. Las alocadas ideas que nos asaltaron en nuestro viaje en *La hija de la bruma*, volvieron a invadirnos en esta excursión a los abismos de la catarata, y su monocorde ruído seguía ejerciendo en nosotros una fascinación y a nuestra mente acudían las leyendas de las ninfas engañosas del Niágara, con su leyenda pujante y avasalladora, y hubo un momento que creímos que el Gran Espíritu nos llamaba...

Leyendas y excentricidades

La leyenda se cierne sobre las cataratas y una de las más importantes y curiosas es la de que el Genio del Niágara necesitaba todos los años la ofrenda de una de las hermosas indias de la tribu. El día señalado ponían en una barca pintada de blanco y adornada con flores y frutas, a la elegida y, soltando las amarras, la barca seguía la corriente y era tragada

Ayuntamiento de Madrid

y sepultada en el abismo; pero hubo un día que le tocó a la hija del jefe de la tribu, el que no pudo conformarse con perder a su hija aunque fuera en honor del Gran Genio y, embarcando en su canoa, alcanzó a la que llevaba a su hija y ambos desaparecieron para siempre envueltos en las espumosas aguas del remanso.

Los pieles rojas han popularizado otra leyenda: En el fondo de la catarata vive *La hija de la bruma*; su voz acariciadora y su divino cuerpo atrae a los desgraciados que tienen la debilidad de escuchar sus mentidas palabras, que presas del vértigo se arrojan en sus brazos pérfidos en los que encuentran la muerte.

Los anales de las cataratas están llenos de excentricidades.

En 1829, Sam Patch se arrojó en la catarata y milagrosamente se salvó; pero, en cambio, cuantos posteriormente intentaron análoga prueba sucumbieron; el célebre Blondin atravesó la catarata en una cuerda floja, con gran éxito; Avery trató de pasar la catarata en una barca y pereció estrellado. A estos accidentes, en los que las más de las veces han mediado apuestas como la de un infeliz, que por ganarse un premio se tiró metido en un tonel, que a los pocos días apareció deshecho, hay que unir los suicidios que han abundado mucho, predominando los despechados y aquéllos, nuevos amantes de Teruel, que se han lanzado al abismo en una frágil barquichuela, porque sus padres se oponían a que su amor fuera santificado.

Está claro que los propensos al suicidio lo mismo les da las cataratas del Niágara que el alveo de la calle de Segovia; pero indiscutiblemente lo fantástico atrae y convida a las mayores barbaridades, y no cabe duda que en todos esos sitios sobrenaturales, hay una *Hija de la bruma* que incita con sus acariciadoras palabras a arrojarse en sus brazos, aunque en ellos se encuentre la muerte.

A. ZEDA

EL BARRANCO DEL LOBO

Este campo que ves noble viajero,
empapado de sangre generosa
simboliza una página gloriosa
en la historia del noble pueblo Ibero.

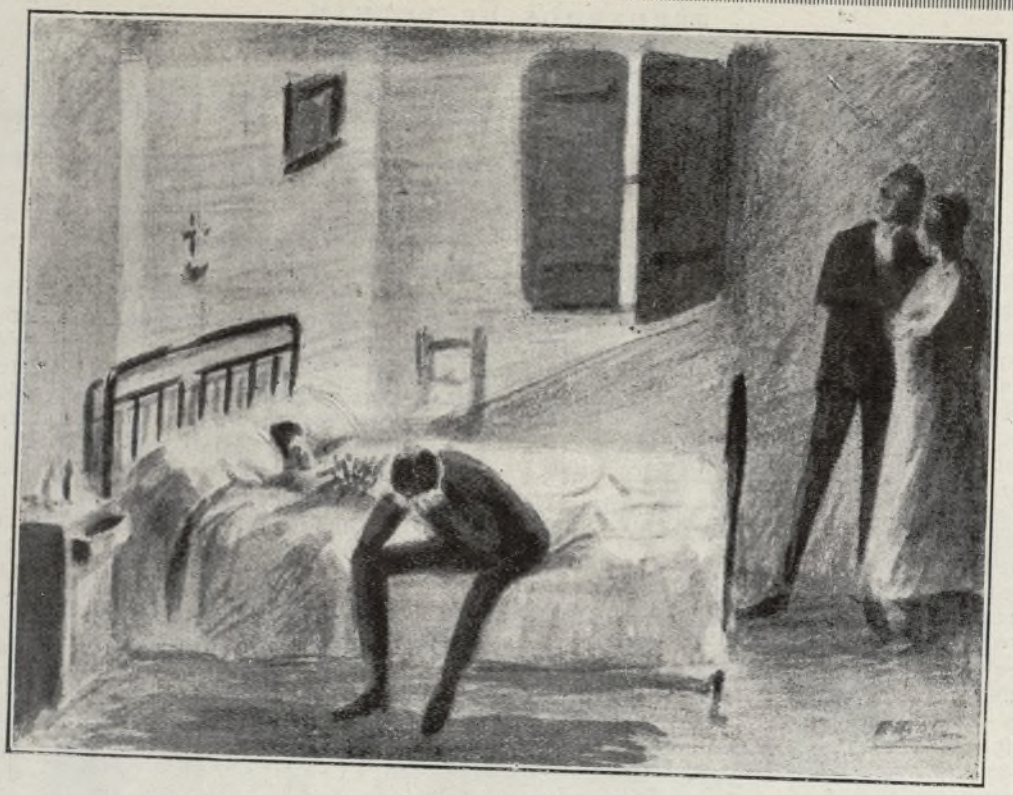
El feroz agareno, astuto y fiero
destrozó con su táctica alevosa
una legión de bravos que, animosa,
asombraba, al morir, al mundo entero..

¡27 de Julio!... ¡Triste día!...
Los cielos se cubrían de crespones.
La sangre por doquier se derramaba.

Y en tanto que la muerte se extendía
por aquellos valientes batallones,
nuestra España, al morir, ¡resucitaba!

Antón Trijueque.

Ayuntamiento de Madrid



PÁGINAS BREVES

EL MEJOR VERSO

Cuando Ignacio llegó a su casa y una de las vecinas le dió la triste noticia, echó a correr escaleras arriba, saltando tramos enteros.

Y, con el corazón traspasado de dolor, empujó la puerta. Unos vecinos que permanecían silenciosos junto al lecho de la hermanita muerta se apartaron calladamente.

Marujita parecía dormir. Diríase como una azucena tronchada sobre la albura de las sábanas y el almohadón. Sobre éste, fría ya, su carita de cera parecía más blanca entre el cabello que, como un manchón de tinta, azuleaba bajo el rayito de sol que entraba por la ventana entreabierta.

Fueron retirándose, silenciosos siempre, los vecinos. Ignacio, sobre la flor muerta, lloró inconsolable la pérdida del único amor que tenía en el mundo... Ni amores, desde que los dos hermanos quedaron huérfanos, muy niños.

Cuando regresaba por las mañanas a su casa, después de la ruda noche de maceración, de ímprobo trabajo en la redacción del diario, ella le aguardaba asomada al balcón, saltando impaciente, de alegría y gozo, por darle un beso... Nada ahora; sólo silencio, un inquietante silencio de afectos.

***

Y aquella tarde, cuando se la llevaron y quedó solo en aquella casa que parecía ahora sin alma—el alma de la casa había volado al cielo—. Ignacio no podía llorar; tenía como un nudo en el corazón.

Frente a sus ojos, en la mesa donde tenía apoyada su atormentada cabeza, que pocas veces produjo un verso bueno, las cuartillas fueron una tentación.

Y cogiendo la pluma, de un tirón escribió el mejor verso de su vida. Un hermoso trozo sentimental en donde el cariño y la pena rimaban con una fragancia de azucenas aquel drama íntimo.

RAFAEL LÓPEZ RIENDA

Ayuntamiento de Madrid

RECUERDOS DE TETUÁN

Un paseo por sus calles tortuosas...

Son el misterio y la prohibición eternos acicates del deseo. Tanto tapar la cara, tanto velar las facciones de estas mujeres de aquí, ha acabado por hacernos desear de un modo imperioso el ver descubiertos esos rostros, que por fuerza han de ser bellos cuando tanto se ocultan. Alguna gracia especial, algún encanto que no poseen las europeas, debe cobijarse tras los tupidos velos que ocultan las calladas figuras.

Estamos alojados en la antigua casa de un moro rico, por azares de la suerte, hase convertido en hotel de egregio nombre. Y nuestra habitación —un trozo tabicado de clásica estancia con ajimez esbelto que mira a un patio de fuente, surtidor, estanque y árboles— ha concluído por excitar nuestra mente al hablarla, con su mudo lenguaje, de cosas que fueron, de Fátimas y Zoraidas que aquí vivieran, de historias amorosas que en estos lugares pudieron ocurrir.

TETUÁN.—La puerta de Ceuta.

No os extrañará, pues, que, nuevos en este ambiente de especial placidez, viviendo por vez primera una vida que creímos regalada a las encantadoras páginas de *Las mil y una noches*, teniendo por alojamiento la soñada mansión oriental donde todo convida al amor y a la pereza, hayamos pensado una vez y otra vez, hasta perder el sueño, en la hurí encantadora, en la mujer deliciosa, exquisita, sin duda, cuando el moro así la cela y la guarda, y son sus gracias compendio de felicidades en el prometido paraíso.

Hemos vuelto al *Aiun*.

Vagas, calladas, misteriosas, vimos allí unas sombras traviesas que parecían, mujeres, o, mejor, unas mujeres traviesas que parecían sombras. Y en busca de ellas, sombras o mujeres, hemos andado, andado sin tino, por las calles sin nombre, por las callejas torcidas, por los abovedados pasadizos, por las vías estrechas, mezquinas, intransitables, del Tetuán famoso...

Nuestra mirada se ha deslizado atrevida por el resquicio tenebroso de cada puerta entreabierta; ha investigado profunda las gráciles siluetas femeniles que hemos topado; se ha clavado insolente en los pintados ojos, medio cubiertos por el *xerbia*.. Nada, nada hemos conseguido. La esfinge ha permanecido insensible, y ella se burla de nosotros seria y callada, con su aire singular de máscara aburrida.

Habituados al silencio de la ciudad morisca, no nos parece hoy tan grande su quietud, ni tan extremada su beatífica somnolencia. Verdad que este *Aiun* es ya un barrio cosmopolita, donde en simpática promiscuidad viven confundidos moros y europeos. No hay mas que ver la multitud de letreros castellanos que orlan las puertas envejecidas, que surmontan las herraduras de los arcos airosos. Es la *penetración pacífica*, que aquí se me muestra bajo la forma de mil pequeñas industrias: un cafetín, un almacén, una relojería, una tienda de comestibles... Entre los letreros hay algunos que nos hacen sonreir irónicamente por sus fachendosas pretensiones. En una casucha viejísima, sobre una tienda de verduras, vese el anuncio de una humilde sastrería que asegura tener *Casa en Madrid*...

No lejos del flamante establecimiento nos atrae el delicioso concierto de unas voces infantiles que salmodian, alborozadas, extraños vocablos. Se trata de una escuela mora. Hemos asomado la cabeza y hemos visto en el fondo de una habitación treinta o cuarenta chiquillos, rodeando a un moro de edad madura que les hace repetir, cantando, lo que deben ser sumandos y resultados de suma. Todos es-

Ayuntamiento de Madrid

tán sentados en el suelo, en la clásica posición de piernas cruzadas. No se ven en los muros mapas ni carteles. En la puerta se amontona una abigarrada confusión de pequeñas babuchitas, sucias, enlodadas, diminutas...

El cántico ha cesado de pronto. Sale un pequeñuelo, busca en el montón el sitio de sus babuchas, las arregla paralelas, mete en ellas los pies y marcha contento. Luego han salido cuatro o cinco mas, y a continuación el grupo total de los pequeños estudiantes, con sus chilabitas menudas, especie de camisones de diversos colores. Nos maravilla la rapidez con que todos pueden encontrar su calzado. Parecen muy formales estas criaturas. En una escuela europea, quizá no habría faltado algún travieso rapaz que gozase en bromear a sus compañeros mezclando confusamente el sucio montón de viejas babuchitas.

Hoy es, por lo visto, día de fiesta para los moros de Tetuán. Existe en las calles cierto bullicio cierta algazara, que ayer no percibíamos. Del interior de un cafetín salen los acordes de una extraña melodía que recuerda vagamente la seguidilla andaluza. Nos hemos acercado, y hemos vivido un momento el cuadro animado de la más pintoresca agrupación.

En un pequeño recinto, sin más luz que la que se recibe de la calle por la puerta de entrada, hay, sentados en cuclillas sobre una tarima que a dos pies del suelo sigue el muro de la habitación, ocho o diez moros. Unos toman, mediante fuertes y ruidosos sorbetones, un vaso de té con hierbabuena; otros fuman el *kif* en largas pipas de barro cocido, que aproximan lentamente a sus labios. En un rincón está el cantador. Es un notable personaje que en su lengua bárbara lanza monótona una canción de amor o de odio, mientras arranca sones desmayados de un pobre violín que apoya en sus rodillas.

Estamos en Zoco el Fokki, poético rincón que parece arrancado de la página ilustrada de un bello cuento oriental. Las puertas labradas de dos mezquitas ostentan sus primorosas labores junto a las crestas merlonadas de artística fontana. Una vieja mora llena en el claro manantial el cantarillo simbólico. La acompaña una jovenzuela que parece una hermosa muñeca con vestidos de mujer. Las hemos contemplado hasta que un gesto de la madre nos ha indicado su disgusto. Es que esta raza fanática teme al mal de ojo, y no puede admitir la mirada sostenida ni el elogio extremado, que pueden traer el mal del diablo sobre las inocentes criaturas.

Pasan unas muchachas europeas que deben ser mujeres de cantinero o servir en alguuna botillería. Son feas, sin gracia, pobres muestras de la belleza española. Pero siendo las únicas caras femeninas que se muestran, toman humos de princesa y marchan airosas, muy tiesas, satisfechas, provocativas, coquetuelas....

Moriscos y españoles forman aquí singular mezcolanza. Con las muchachas se cruza un moro con rosario en la mano, los dedos sobre las cuentas, balbucientes los labios como quien marcha en oración. Pasan soldados y oficiales, recorren la plaza indígenas del monte y de la ciudad, mézclanse con ellos europeos de diversas cataduras. Nadie se preocupa de nadie. Sólo desentona un tanto del tranquilo conjunto un rapazuelo moro que corre detrás de una niña española, complaciéndose en asustarla con sus gritos, y que al verla, por fin, todo azorada y trémula, rompe a reir, gozándose en su hazaña...

Una vieja mora acompañada de una jovenzuela que llenan en el claro manantial el cantarillo simbólico...

Nos hemos detenido un rato, contemplando, curiosos, las pequeñas industrias de aquí. En el quicio de una puerta un moro pintarrajea de mil colores unos bajos taburetes y unos historiados estantes de figurados arquitos. Al lado, un vendedor de caramelos muestra su mercancía bajo la forma de barras y discos, cuadrados y rombos, de distintas coloraciones, rosas, verdes, azulados y blancos; otro vende un blando turrón fabricado de merengue y almendra; el de más allá os ofrece el repartimiento de una dulce pirámide de harina y azúcar; éste trabaja en cañizos, y lo exiguo del taller hace que ocupe con su labor la mitad de la calle, interrumpiendo el tránsito; aquél os presenta una tienda diminuta, donde al alcance de la mano tiene, en inverosímil confusión, pastas y tabaco, espejos y fuelles, chapines bordados y velas de sebo, cucharas de madera y cepos para cazar pájaros. Pero lo que más os llamará la atención es la barbería moruna, donde sobre una estera y con cara a la puerta se hallan haciendo cuidadosamente el tocado a un moro, tocado que consiste en dejarle la cabeza monda, afeitada, reluciente, y en medio,

Ayuntamiento de Madrid

como extravagante fantasía, un largo mechón de ensortijados cabellos...

* * *

Una importante gritería ha sorprendido nuestra atención. ¿Qué se hizo del sepulcral silencio, de la bíblica paz que ayer ensalzamos? Por la calle arriba avanza con lento compás un tropel de gentes que formula a gritos un cántico especial, clamor de multitud que suena estruendosamente en estas calles de ordinario tan plácidas, tan solitarias, tan tranquilas... ¡Cielos! ¿Habrá aquí también manifestaciones para una popular petición?

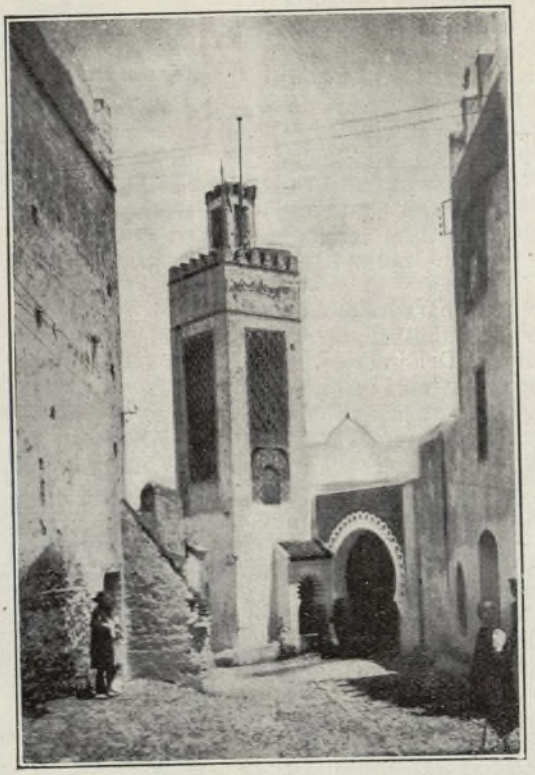
—¿Qué es eso?—pregunto al primer moro con cara de inteligente con quien topo.

—¿Eso? *Estar* entierro moro—me contesta.

¡Ah! Ya lo veo. Sobre unas angarillas con baranda, encima de una estera y envuelto en blanco sudario, vese el cadáver, que por ser de hombre es llevado sin ataúd protector que impida su contacto con la tierra. Le precede un grupo de chicos, algunos de los cuales llevan sobre la cabeza cuadradas cajas con los libros de la mezquita y las limosnas del entierro; le sigue enorme muchedumbre de moros con las manos cruzadas, calados los capuchones como monjes penitentes de extrañas cofradías. Vendrán quizá de lavar el cuerpo difunto para que pueda entrar sin mancha corporal en el paraíso de Mahoma. Y pidiendo esta merced, cantan alternativamente grandes y pequeños, graves los primeros, casi riendo y juteando los segundos, el versículo del Corán con la profesión de fé:

—*La illah il-la Al-lah ua Mohammed Rasulula.*

(No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta.)



TETUÁN.—Una mezquita.

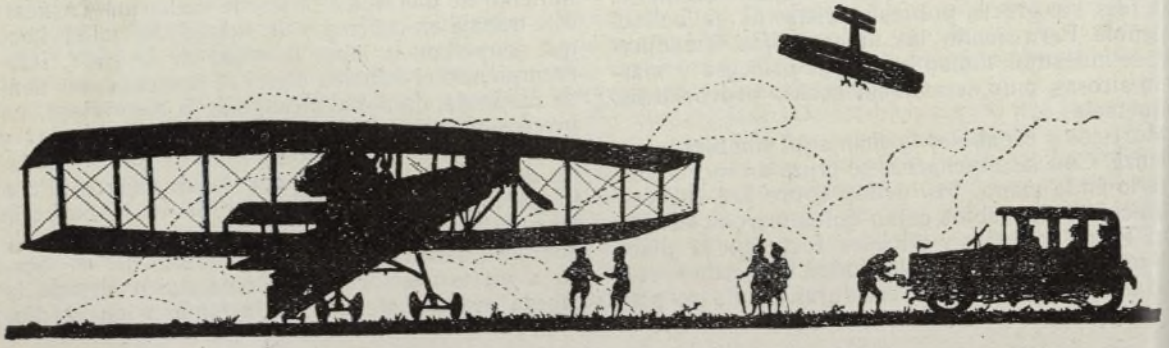
Confieso mi admiración ante la sencilla grandeza del espectáculo. Nosotros los católicos, contagiados torpemente por la indiferencia del siglo, no concebimos apenas una religiosidad tan grande, una fe tan intensa, como la que transpira de los rostros y los gestos de los moros que forman el fúnebre cortejo.

Al llegar al cementerio—al pie de la Alcazaba, por la puerta de Ceuta—nos hemos detenido, no queriendo profanar con nuestros calzados pies el lugar sagrado. Por un portillo del muro hemos podido ver cómo han dejado en el suelo las angarillas y cómo un anciano venerable ha clamado unas oraciones, que todos contestan elevando al cielo los brazos, para posarlos después quedamente en el pecho.

Terminado este a modo de responso, han alzado de nuevo las angarillas y se ha perdido la comitiva entre las tumbas singulares, sin dejar de cantar un momento el versículo famoso...

Mustios, cabizbajos, nos ha dejado hoy la correría por las calles tortuosas... Salimos en busca de la mujer y nos hemos topado con la muerte. ¿Es esto presagio, aviso, providencial indicatoria? ¿Señalará quizá la fatal terminación del amor marroquí si aquí lo persigue un europeo?

Vicente Valera de Bernabé



Ayuntamiento de Madrid

EL ARTE DE LA CAZA CON HALCÓN

Há luengos años que ha pasado a la Historia la caza con halcón, que estuvo muy en boga en tiempos pretéritos, caza que daba el dictado de nobleza y que sólo cultivaban reyes, príncipes y nobles. Ahora parece que se trata de resucitar la afición. Aunque en otra ocasión tratamos este asunto, ampliamos la información porque creemos han de agradar seguramente a nuestros lectores los interesantes detalles de tan singular método de caza.

El rango de la Cetrería.

Los más ilustres soberanos y magnates tuvieron en gran estima la cetrería hasta el punto que Carlomagno prohibió esa diversión a todos sus súbditos que no disfrutasen de especial privilegio; Federico I de Alemania no se desdeñaba de amaestrar halcones y Federico II fué uno de los más diestros halconeros de su época y escribió un tratado de cetrería. No faltaron en España tampoco elevados personajes que se dedicaron a estudiar los halcones de caza, existiendo del siglo XIV dos manuscritos, que no sólo pueden competir sino que aventajan a aquel tratado imperial.

Los cruzados llevaron consigo sus halcones a Palestina; los emperadores y príncipes alemanes impusieron como tributo a los conventos y ciudades el deber de alimentar cierto número de estos alados cazadores, y el emperador Carlos V dió en feudo a los caballeros de la Orden de San Juan la isla de Malta bajo la condición de que habían de entregarle cada año un halcón blanco bien amaestrado. Los sacerdotes italianos se dieron tan apasionadamente a la caza con halcón, que descuidaban por ella sus feligresías, razón por la cual sus superiores veíanse precisados a prohibirles tal entretenimiento. Los barones ingleses reclamaban el derecho de colocar sus halcones sobre el altar mientras se celebraban los divinos oficios. Francisco I de Francia tenía su halconero mayor, que era jefe de quince nobles y de cincuenta halconeros encargados del cuidado y enseñanza de los 300 halcones reales, mínimum de los que el monarca sostenía. El gran maestro de la orden teutónica, Conrado de Jungingero, instalaba al lado del convento de dicha orden una escuela de cetrería, y Eduardo II de Inglaterra castigaba con pena de muerte al que robaba un azor y con un año y un día de cárcel al que cogía un huevo del nido de esa ave de rapiña.

El halcón amaestrado lleva su capirote y se deja conducir dócilmente sobre la mano del halconero.

El precio de los halcones.

Los halcones alcanzaban precios fabulosos. Por un halcón, bien amaestrado, se pagaban 800 y 1.000 florines de oro, equivalentes hoy a unas 10.000 y 12.500 pesetas, y no menos estimados eran los halconeros.

La enseñanza de los halcones era considerada como un arte noble, que daba mucha honra y utilidad; pero ser halconero no era una cosa muy sencilla, pues necesitaban conocer, sin excepción alguna, todas las diferentes especies de aves confiadas a su cuidado, para saber desde luego cual de ellas era más conveniente para una u otra caza; debían, además, dominar los distintos sistemas de coger halcones y de cuidarlos, domesticarlos y amaestrarlos, así como la manera de adiestrar a los perros que para tales cacerías se empleaban. Habían de ser, en fin, hombres ágiles, aptos para toda suerte de ejercicios corporales y dotados de excelente vista, fino oído, gran perseverancia y no menos paciencia para educar y ensayar a sus *pupilos*.

Varias especies de halcones.

Varias eran las especies de halcones que se utilizaban en la caza, recibiendo la denominación de

Ayuntamiento de Madrid

En la Edad Media, los halconeros formaban entre los altos dignatarios al lado de los reyes.

gerifaltes, sacres, neblis, boharis y bornís; y también neblis, boharis, gerifaltes, sacres, bornís, alfanaques y tagarotes, apreciándose cada especie según la estima en que eran tenidos sus individuos. Pero no eran solamente los *gentiles* halcones los que a la caza se dedicaban, sino que con ellos compartían este ejercicio el azor, el gavilán y otras aves de rapiña.

El halcón más noble es indudablemente el gran halcón blanco de Islandia (*Falco Islandicus*, Linneo. *Hierofalco Islandicus*, Cuvier. Gerifalte). De la misma familia y no menos apreciados que ésta eran las otras dos especies: el halcón blanco de Groenlandia (*Hierofalco groenlandicus*, Brehm) y el gerifalte propiamente dicho *Hierofalco gyrfalco* Brehm), que es el sacre de los halconeros españoles.

Al «falcón neblí» seguía en estimación el falcón borní o alfanaque, nuestro *Falco lanarius*. El «falcón boharí o tagarote» era de la familia de los halcones peregrinos, nombre con que probablemente se designaba a las tres especies, que hoy denominamos *Falco cervicalis* (*F. barbarus* de Linneo, *Falco biarmicus* y *Falco tanypterus*.

El rey de todas las especies, no sólo por su mayor tamaño, sino por su gran nobleza y hermosura, es el halcón blanco de Islandia.

El gerifalte blanco.

Su redondo y dilatado pecho está cubierto de largas plumas blancas como la nieve, sus hombros son anchos y sus alas grandes y puntiagudas, lo mismo que su cola, que termina en forma de cuña. Su fuerte pico de color amarillo está armado de dos dientes, sus piernas son gruesas y cortas, sus dedos largos y sus garras afiladas como alfileres. El gerifalte blanco mide de 25 a 28 pulgadas de largo y hasta 5 pies de punta a punta de las alas; cuando joven, su plumaje es bastante pardo, hasta obscuro, con un tinte amarillento en el pecho, pero con los años ese color se transforma, y cuanto más avanza en edad el halcón, tanto más blanco aparece hasta llegar a ser o blanco del todo o con sólo unas cuantas pintas negras en la espalda.

Como su nombre, *Falco islandicus*, lo indica, el gerifalte habita el alto Norte de Europa, Asia y América; Islanda, Laponia y Groenlandia. Allí cría en las peñas de las montañas, desde donde desciende a la llanura en busca de alimento, haciendo al efecto presa en las liebres blancas, zorras boreales, perdices de nieve (*Tetrao lagopus*), ánades, gansos, ocas, etc., etc. Muy raras veces, sólo en inviernos muy crudos, emigra algún halcón blanco llegando hasta las provincias meridionales de Suecia o septentrionales de Alemania: su patria es la zona glacial del Norte.

El halcón, es la efigie de la nobleza.

Cada halcón de los llamados «gentiles» es la efigie de la nobleza; el halcón blanco de caza ocupa el primer lugar entre todos: su domicilio es el espacio ilimitado, la caza su alegría, su vida constituye una lucha contínua y sin embargo está llena de atractivos. Es el terror de todas las aves más débiles, se estima igual al águila más poderosa y fuera del hombre no reconoce ni teme a ningún enemigo. Las altas montañas le sirven de albergue; las puntas cortadas de inaccesibles riscos, de atalaya. Cruza por las llanuras con la velocidad del huracán, y como veloz saeta remóntase hasta perderse entre las nubes, para desde esa altura dejarse caer como el rayo sobre la desgaciada presa con rapidez tal, que el ojo del hombre apenas puede seguirle en su vertiginosa carrera.

El halcón de caza, naturalmente fuerte, atrevido, ágil y sufrido, es, sin embargo, tan dócil y tan fácil de domesticar, que en breve tiempo se sujeta por completo al hombre, que le educa, causando admiración ver cómo trabaja un halcón bien amaestrado. El que indómito surcaba la inmensidad del es-

Ayuntamiento de Madrid

pacio, deja la mano de su señor para lanzarse sobre la presa, que éste le señala y que él se encarga de derribar y de traer a los pies de su amo, recibiendo con cariñoso agradecimiento el pedazo de carne, con que se recompensa su trabajo. Solo un animal noble se deja educar de tal manera, que pueda servir de fiel ayuda al hombre.

Costumbres del halcón.

El halcón silvestre se alimenta únicamente de la caza, que apresa entre los mamíferos y las aves, especialmente entre éstas; los individuos la familia de la *Gallinácea* y las palomas de todas clases son para él verdaderas golosinas y en él tienen las liebres un enemigo terrible. Cuando ha descubierto una víctima, difícilmente escapa ésta a sus garras, y el único refugio que le queda, es sumergirse a bastante profundidad en el agua, como suelen hacerlo las aves acuáticas en cuanto ven venir sobre ellas a su más inexorable exterminador, o esconderse en una cueva hasta que cesa el peligro. El halcón no gusta de arrojarse sobre bandadas cerradas, pero ¡ay del ave que se separa de sus compañeras!; está perdida sin remedio. El halcón persigue a las aves domésticas hasta cerca de las casas, a las acuáticas hasta el mar y a las montaraces por montes, valles y selvas. Cuando en dirección recta cruza el espacio, atravesando largos trechos, ningún ser escapa a su vista perspicaz, y en cuanto la víctima por él elegida se pone en movimiento, se tira sobre ella con las garras abiertas para clavarlas en su cuerpo. Ni el cuervo, con ser tan listo y tan fuerte, se ve libre de sus ataques, resultando siempre vencido. El halcón blanco acabaría con las aves del Norte, si el número de éstas no fuera tan considerable, que por muchas que aquél necesite para su alimento apenas se aclaran sus filas. Para hacer sus nidos escoge uno de aquellos riscos de la escabrosa costa, que más tarde pueblan millares de parejas de aves acuáticas, que crían en sus huecos y grietas. Allí, en medio de esta colonia se establece el rapaz salteador.

El halcón islándico hace su nido de palos formándolo con tallitos secos y delgados, y pone a últimos de mayo o a principio de junio tres o cuatro huevos de gruesa y reluciente cáscara, mayores y más redondos que los de gallina y de color rojizo, con pequeñas manchas obscuras, que forman un bonito dibujo.

El halcón alcanza fácilmente al más ligero de los cuadrúpedos, y clavándole sus afiladas garras y batiéndole los ojos con las alas lo atonta, y da lugar a que los galgos lo alcancen y sujeten.

Cómo se amaestra un halcón

Para amaestrar a los halcones son preferidos los que se sacan del nido cuando pollos o, a lo sumo, de un año de edad. No poco trabajo le cuesta al halconero hacer de un halcón silvestre un cazador manso y amaestrado: este resultado sólo se obtiene a fuerza de desvelo y de hambre por parte del discípulo, pero todos los medios que para lograrlo se empleen han de ser aplicados con gran cuidado y perfecto conocimiento por el maestro.

Lo primero que se le pone al prisionero es el «capirote», luego las pihuelas, y por último, en cada pata un cascabel de plata muy sonoro, y una vez adornado de esta suerte se sienta al halcón en un palo y se le deja quieto el primer día. Al segundo se cubre el halconero la mano y el brazo derecho con un fuerte guante de gamuza y encima de éste pone al discípulo, paseándole por espacio de un par de horas por el campo, para acostumbrarle a quedarse sentado sobre la mano. Después se le quita el capirote y cuando el pájaro no se mueve y permanece quieto, se le habla, pronunciando por lo general nada más que las dos síladas «yo» «yo». Si se espanta, se le vuelve a cubrir la cabeza y se le pone sobre un travesaño, atándole por los pies al mismo. Luego se le da de comer, hablándole y

Ayuntamiento de Madrid

poniéndole la comida en la mano, pero sin descubrirle la cabeza. Al tercer día se le quita el capirote, se le pone sobre la mano, se le habla con cariño y se le da de comer en esa misma postura un poco de carne de gallina o de paloma. Si come encima de la mano, se ha adelantado ya bastante; pero si se niega, se le vuelve a cubrir la cabeza con el capirote y de nuevo se le sienta sobre el palo. Hay halcones que pasan cuatro y cinco días con hambre, antes que tomar la comida sobre la mano del halconero; los halcones blancos generalmente la aceptan antes. El terror que inspira al halcón el hombre es la causa de su terquedad.

Hasta que el halcón no se haya familiarizado con su maestro el halconero, no debe éste principiar la enseñanza. Esta se verifica de la manera siguiente: Después que se haya paseado al halcón un par de horas sin capirote, pero sobre la mano, por el campo, se le vuelve a su casa, poniéndole sobre una vara, pero sin soltar la cuerda larga con que se le tiene atado al guante; luego, se le enseña la comida, llamándole e invitándole para que la coja de la mano. Si acude volando, se le da un bocado de carne de gallina, se le vuelve a sentar sobre la vara y se repite el mismo procedimiento desde mayor distancia, hasta que se consiga poco a poco de él que oyéndose llamar venga volando a la mano de su amo. Entonces se repite la misma operación en el campo, atando al discípulo a una cuerda más larga, hasta que éste, desde la distancia de treinta o cuarenta pasos venga volando a su amo cuando éste le llame. Cada día se alarga más la distancia, hasta que el halcón se haya acostnmbrado del todo al halconero y a la manera de recibir su comida. Entonces se le quita la cuerda dejándole sin pihuela alguna, pero dándole de comer siempre sobre la mano. Luego, se le acostumbra a los caballos y a los perros, asunto bastante difícil con algunos halcones perrengues. Su terquedad se les quita por medio del hambre y de desvelo. No se deja dormir al pájaro durante dos días y dos noches seguidos y se le da mientras tanto muy poco alimento.

La caza de la grulla con halcón.

Para la caza de vuelo alto se enseña al halcón ya domesticado por medio de otro de su clase bien amaestrado; éstos toman sobre sí el perfeccionar a los noveles en ésta, que es la más apreciada tarea de la cetrería. El halconero debe proporcionarse del nido pollos de grulla y de garza, criarlos y domesticarlos, y atados a largas cuerdas, dejarles volar al mismo tiempo que el halcón, hasta que éste por instinto natural se tire sobre ellos y los derribe. Derribada la presa, se pone al cazador alado el capirote, se le mete en las garras una gallina y se le da de comer un muslo de otra, para haberle creer que come la garza cazada por él. El cuello de las garzas domésticas se cubre con una funda de piel de carnero para protegerle contra los garras del halcón. La enseñanza para el alto vuelo debe verificarse siempre a caballo para que el halconero llegue a tiempo, cuando el halcón ha derribado la grulla o la garza, de salvar a éstas de una muerte segura.

Hoy día la caza con halcón está muy poco en uso en Europa y sólo se ejerce aún en cuatro puntos de Inglaterra, Francia y Holanda y subsiste en Africa del Norte, en Persia y las estepas de Asia cada jefe de los beduínos y cada príncipe del desierto tiene aún su halcón de caza, con él caza hasta al veloz antílope.

El valiente pájaro alcanza en un momento al más ligero de los cuadrúpedos, clava sus afiladas garras en su cara, batiéndole los ojos con las alas y atontándole de tal manera, que el aprisionado se detiene en su rápida carrera, sin saber dónde dirigirse y da lugar a que los galgos le alcancen y le sujeten.

Los persas cazan a la zorra y hasta al jabalí con halcón, mientras los kirguises de Siberia amaestran al águila real y la aprovechan para apoderarse con su auxilio de la gran oveja silvestre de Asia, el Argali *(Ovis Argali)*, que, dicho sea de paso, es del tamaño de un novillo.

Los orientales aprecian todavía al halcón de caza tanto como en épocas anteriores se le estimaba en Europa. Cualquier jeque del desierto daría una de sus esposas por un buen halcón blanco, mientras no cambiaría fácilmente a uno de éstos por una mujer por hermosa que fuera.

A las cacerías con halcón asistían nobles caballeros y hermosas damas en briosos corceles, y llevando en la enguantada mano la más gentil de las aves de rapiña la despojaban del adornado capirote y le soltaban las cascabeleras pihuelas, que aprisionaban sus patas. Cuando los pajes levantaban del espeso cañaveral la erguida garza, el alado cazador remontaba su majestuoso vuelo hasta perderse de vista, para caer como animada flecha sobre su presa, en la que clavaba sus afiladas garras y, después de ahogarla, en el suelo, de una aletada la llevaba a los pies de su dueña, dócil y satisfecho de haber satisfecho los anhelos de su señora.

Ayuntamiento de Madrid

Uno de los alféreces sacó de entre el capote un no reducido cencerro y comenzó a zarandearle como el compás del trote del cabestro.

CUENTOS VIEJOS

LA CORRIDA Y EL ENCIERRO

Por el general Bermúdez de Castro

Gravísimo pecado es dormirse en la guardia; ya las Ordenanzas, sin prohibir el sueño, vedan toda especie de cama, agraviando a la juventud al suponerla incapaz de dormir, no ya sentado y con el barboquejo, sino de pie y con guantes.

Pero todos los ingenios practicados por los dormilones no satisfacen como el sueño en el diván, aligerado el cinturón del peso del revólver, la llave de la puerta en el bolsillo y tranquilo el espíritu por la seguridad personal y la certeza de no ser visitado.

Esto es precisamente lo que no podían ejecutar los oficiales de cierto regimiento, acantonado en un pueblo vecino de la Corte y a las órdenes de un brigadier lo más cascarrabias que haya ceñido faja antes de conocerse la eléctrica.

En el pabellón del coronel había todas las noches partida de tresillo, y, sin duda, las puestas se enredaban a última hora, porque el reloj de la iglesia daba todas las de la noche y madrugada, y con la aurora a veces salían los jugadores del cuartel. Mientras su excelencia no salía hubiera sido temeridad arriesgarse a dar una cabezada; apenas si en la gran escalera se sentían las espuelas del ayudante, y era preciso estar listo para estar a punto y abrir el gran portón sin que la autoridad aguardase ni pensara en que eran letras muertas los letreros del portal: «Todo servicio en paz y en guerra...» «Será vigilantísimo en su puesto...»

Aquel tresillo era la condenación de los oficiales de guardia. ¿Cómo ingeniarse para que terminara temprano? El brigadier era soltero; el coronel, viudo; no había esperanza de que el amor les tocase llamada a aquellos devotos del *solo*, que pensaban que la noche se ha hecho para el tresillo, cuando se hecho para cualquiera otra cosa que no sea discurrir.

Varios alféreces, entre los cuales tenía el honor de contarse el cronista, nos reunimos en el casino-cafetín para arbitrar un medio. Si hubiéramos querido arbitrar recursos, no lo hubiéramos logrado; pero un ¡medio! ¿Qué alférez de menos de veinte años no encuentra siempre un medio para todo?

La noche de aquel día era una de esas en que ningún aficionado puede decir con propiedad:

Hermosa noche, ¡ay de mí!

Una llovizna menuda y fría, que el viento llevaba al través, hacía insoportable la temperatura; aquello era llover, de abajo a arriba; los tiempos, aunque no eran de obscurantismo, pues gobernaba Sagasta, tampoco eran de faroles, porque ni uno había en el pueblo (exceptuando el alcalde y cacique); pero si no había faroles, tampoco existía empedrado, y cada calleja era un río, y el frente del cuartel una Mar-Chica con bocana y todo.

Con lúgubre tañido lanzó el reloj del templo dos

Ayuntamiento de Madrid

sonoras campanadas, y puntuales acudimos los conjurados a ocultarnos tras de la esquina de una larga tapia que de cara al cuartel se levantaba.

Aguantando el aguacero, los minutos eran siglos; dieron las tres y media; el frío nos calaba los huesos.

Por fin, dominando el ruido del viento, oímos rechinar la puerta del cuartel, y un débil resplandor que cabrilleó en los charcos nos hizo comprender que el tresillo había terminado. Volvióse a cerrar el portalón, y sorteando las lagunas del suelo advertimos, a la movediza luz de un farol que llevaba el ordenanza, dos sombras cobijadas bajo un paraguas que aquel sostenía. Había llegado el momento.

Uno de los alféreces (hoy serio y respetable jefe) sacó de entre el capote un no reducido cencerro y comenzó a zarandearle como al compás del trote de cabestro. Los del paraguas detuviéronse un instante como para orientarse de dónde venía el peligro, y apretaron el paso. Al doblar la esquina, un conjurado gritó con estentórea voz: «¡Toro, toro! ¡Córtalo, que se ha metido en el pueblo! ¡Va un toro! ¡Ahí va un toro!»

El ordenanza soltó el farol y el paraguas, y emprendieron todos frenética carrera chapoteando los charcos; nosotros seguíamos siempre detrás agitando el cencerro y gritando ya todos: «¡Toro! ¡Toro!»

Eternos debieron parecer a los fugitivos los instantes que tardó el asistente en abrirles la puerta de su casa; en ella entraron como un tromba, y nosotros, dando media vuelta, hicimos que el terrible cencerro fuese perdiendo su fatídico sonar en la lejanía. Momentos después entrábamos tranquilamente en el cuartel, y el malhumorado oficial de guardia nos saludó, diciéndonos: «Siempre venís los mismos a molestar a estas horas. Me alegraría que os hubiera cogido el toro.»

«Bien cerca lo hemos tenido, no te creas; pero por piernas no nos coje ningún Veragua. Vaya, buena guardia y mejor humor.» Y a los pocos instantes en nuestro humilde pabellón comentábamos desde los respectivos catres el probable efecto de la corrida.

Al siguiente día amaneció con sol, que era amanecer con instrucción de regimiento; la primera hora trabajábamos siempre por secciones sueltas. En el descanso se me acercó el ayudante, y medijo:

—De orden del señor coronel que cuando terminemos el ejercicio se constituya usted arrestado en su pobellón.

No me atreví a preguntarle por qué; la conciencia me acusaba; estábamos perdidos.

El ayudante prosiguió:

—No sé qué mala hierba ha pisado hoy el coronel: dice que la sección de usted y la de Fulano, Zutano y Perengano (precisamente los conjurados, los de la corrida) han trabajado tan mal, que quiere hacer un escarmiento. La verdad es que yo no he visto ningún defecto; pero no se qué demonio le pasa hoy al coronel.

Y era cierto: ¡el buen señor tenía una cara y nos echaba unos ojos!... Medio muertos de miedo, inquirimos, indagamos; el coronel le había preguntado al oficial de guardia quiénes eran los últimos oficiales que se retiraron al cuartel la noche pasada y el oficial de guardia, ¡claro está!, le había dado nuestros nombres. Pero ¿era sospecha o certidumbre la del coronel? ¿Le daría cuenta de ella al brigadier?

El oficial de guardia, apremiado a preguntas, no respondía que oyendo él las voces de «¡Toro, toro! se había asomado al ventanillo, y con la obscuridad de la noche no vió al animal, pero distinguió los bultos de los vaqueros, y le pareció oir abrirse la ventana del pabellón del coronel, que cae justamente encima de la puerta. No había duda: el coronel había visto también a los vaqueros.

En cambio, ¡oh, poder del pánico!, el brigadier y su ayudante habían visto al toro; era enorme, con unos cuernos colosales; así lo juraban los dos en el Casino llenos de cólera, porque el alcalde, a quien la autoridad militar se había quejado, tuvo la desfachatez de asegurar que aquella noche no había pasado ninguna torada ni por las cercanías.

—¿Me lo dirá usted a mi, que gracias a que el toro se entretuvo con el paraguas que yo le arrojé no me cogió?—decía lívido de rabia el corajudo brigadier. El boticario también había oído desde la cama el cencerro y las voces; fué unánime reconocer que si el brigadier no tiene la serenidad de ánimo de echar al toro el paraguas, hubiera sido muerto indefectiblemente.

Con todo, su excelencia anunció al coronel el propósito de levantarse del tresillo a las doce en punto de la noche, por cuanto salir más tarde era exponerse a una desgracia; quiso el coronel aducir alguna razón; pero ni acabar le dejó su escarmentado compañero de juego, y se limitó a añadir:

—Pues, mi brigadier, si usted estuvo anoche de corrida, yo he estado esta tarde de encierro.

—No le comprendo a usted.

—Quiero decir que tengo arrestados en su pabellón a los alféreces Fulano, Zutano... por...

Quizá fué compasión por nosotros; quizá compasión por el brigadier, que hubiera sentido muchísimo ver desvanecerse aquella hazaña del paraguas. El coronel terminó su frase tras un instante de vacilación: «Por pequeñas faltillas en el ejercicio.»

—Vaya, coronel, si no son más que faltillas, yo intercedo por ellos, los cuatro son buenos muchachos. ¿No le molesta a usted mi intercesión?

—De ningún modo, mi brigadier; ahora mismo los pondré en libertod dispensándoles la presentación.

A la media hora estábamos en el Casino, y a darle las gracias al brigadier, pues el coronel nos dijo que por su excelencia nos levantaba el arresto, nos contó la aventura con todos sus detalles; nos describió el toro, el tamaño de los cuernos, el miedo de los vaqueros, que no se acercaban al huído astado; el derrote que le tiró cuando él arrojó el paraguas para que se entretuviese la fiera. Como todos, encomiamos su serenidad, y yo casi llegaba a creer que tal toro anduvo suelto, si no me volvieran a la realidad los elocuentes y nada dulces ojos de nuestro coronel y su vozarrón de chantre, que decía:

—Nada, nada, mi brigadier, que usted tuvo una corrida y yo he hecho el encierro.

Ayuntamiento de Madrid

LEYENDAS AMERICANAS

La justicia de Don Francisco

Llegados eran para el *muy magnífico* D. Gonzalo Pizarro los días en que su prestigio y popularidad principiaran a convertirse en humo. Sus partidarios más entusiastas, los hombres más comprometidos en la rebeldía, eran los primeros en la deserción. Hasta Menocal el ballestero, un valiente de embeleco que ocho días antes dijera en pleno festín: «Descreo en Dios si Dios no está con Gonzalo», había puesto pies en polvorosa y presentándose a La Gasca.

Para impedir que la desmoralización cundiera como aceite en pañizuelo, creyó Francisco de Carbajal oportuno dictar medidas terroríficas. Pena de la vida al soldado que sin su permiso en frenase el caballo; pena de la vida al que vagase por los arrabales de la ciudad; pena de la vida al que murmurase de sus jefes; y, en una palabra, los pizarristas no ganaban para sustos, pues menudeaban las ordenanzas que les ponían la gorja en peligro de intimar relaciones con la cuerda de cáñamo.

Y sin más ni menos, el verdugo colgó de la rama más alta al importunado alférez.

Una mañana despertaron a Carbajal para avisarle que cuatro soldados habían sido detenidos fuera de los arrabales de Lima, lo que hacía sospechar en ellos propósito de pasarse al campo enemigo. Vistióse de prisa el maestre de campo, y acompañado del verdugo y una manga de piqueros, dirigióse al sitio donde estaban los presos.

Por el camino vió a un joven alférez que marchaba por la calle con las espuelas calzadas y que procuró esquivar el importuno encuentro, perdiéndose tras una esquina.

—Venga acá, señor Martín Prado, le gritó Carbajal. ¿Dónde bueno tan con el alba?

—De paseo, señor Francisco de Carbajal, contestó con lengua estropajosa el interpelado.

—¡Elvirita de Meneses, cáscame acá esas nueces! murmuró don Francisco expresando su incredulidad con ese refrancillo, y luego añadió con voz clara: ¿Y para respirar el fresco aire de la mañana acostumbra usarced calzarse las espuelas? Por el alma del Condestable, que o el olfato me engaña o el señor Martín Prado trasciende a felón y tejedor.

La palabra *tejedor*, que después se ha generalizado aplicándola a los que no juegan limpio en política, era de uso en boca de Carbajal cuando hablaba de aquellos que en esa guerra civil huían de comprometerse, pensando sólo en la manera de quedar bien con el que resultase vencedor, ora fuese San Miguel, ora el demonio. Conste así para que nadie, ni la Real Academia de la Lengua, dispute a Carbajal el derecho de propiedad sobre la palabrita.

Y continuó don Francisco, interrumpiendo al alférez, que principiaba a balbucear una disculpa:

—Sígame el buen mozo, y por el camino acabaremos el ajuste de cuentas; que muy limpias han de ser para que yo le otorgue saldo y finiquito. Ya veremos si vuesamerced es tinaja de agua para estarse serenando.

Y Carbajal empezó a canturrear el estribillo jacarandino de la *zarabanda*, bailecito muy a la moda en España entre las sirenas del respingón y doncellitas contrahechas:

Bullí, bullí, zarabullí,
Que si me gané, que si me perdí,
Que si es, que no es, si no soy, si no fuí,
Por acá, por allá, por apuí, por allí.

Ayuntamiento de Madrid

Martín Prado púsose al lado de Carbajal, y durante la travesía hasta Cocharcas fué dando sus descargos, fundados en una vulgar historia de amoríos con una casada, devaneo que lo ponía en el compromiso de trasnochar; pero D. Francisco encontraba tan soso el cuento, que de rato en rato se detenía, miraba a Prado a los ojos, como si en ellos leyera, y luego proseguía el viaje, murmurando:

—Bueno va el canticio, seor galán... Tejer amores adúlteros o tejer traiciones, todo es tejer...; pero no hay tustús a perro viejo. Andallo, andallo, que fuí pollo y ya soy gallo.

Las disculpas del pobre alférez no eran de las que podían hallar cabida en un hombre como el maestre de campo, que no era ningún bobo cuatralvo y regoldón, y para quien ni las necesidades premiosas de la naturaleza eran excusa legítima, estando de por medio la rigidez de la disciplina. Así, refiere un cronista que en cierta marcha separóse un soldado de las filas, y escondióse por breve rato tras de una roca, urgido por la violencia de un dolor de tripas. Viólo D. Francisco, mandó hacer alto a la tropa, cruzó la pierna sobre la cabeza de su mula y esperó con toda pachorra a que el soldado, libre ya de su fatiga, volviese a ocupar su puesto. Carbajal lo despojó entonces de armas y caballo, y lo despidió del servicio militar diciéndole:

—Castígote así, ¡voto a tal!, porque no eres para el oficio, sino para fraile; que el buen soldado del Perú ha de comer un pan en el Cuzco y... echarle en el Titicaca.

En poder de hombre tal, estaba, pues, irremediablemente perdido Martín Prado.

Llegados al sitio donde se encontraban amarrados a un tronco los cuatro prófugos, dijo Carbajal al verdugo:

—Cuélgame de ese árbol a estos pícaros, y en concluyendo con ellos; harás la misma obra con este hidalgo, ahorcándolo en la rama más alta; que algún privilegio ha de tener el alférez sobre los soldados.

Martín Pedro se deshizo en súplicas, y convencido de que su jefe no lo escuchaba, terminó por pedir que siquiera se le diese un confesor.

—No se apure por eso, señor alférez, le contestó Carbajal, que mancebo es y escasa ocasión de pecar habrá tenido. Rece un credo; que para los pocos pecados que tendrá en la alforja yo los tomo por mi cuenta, cierto de que no añadirán gran peso al bagaje de los míos. ¡Ea! Acabemos y sepa morir como hombre; que de mujerzuelas es, y no de barbados, eso de andar haciendo ascos a la muerte. Conmigo no vale dar puntada sobre puntada como sastre en víspera de pascua.

Y sin más ni menos el verdugo colgó de la rama más alta al infortunado alférez.

Luego volviéndose hacia el oficial que había estado al cargo de los presos, y a quien Carvajal tenía sus motivos para no creerlo muy leal, dijo con aire entre amenazador y zumbático:

—Señor Alonso Alvarez, roguemos a Dios muy de corazón que se contente con la migajita que acabo de ofrecerle.

En seguida Carbajal tendió su capa, que era de paño veintidoseno de Segovia, al pie del árbol donde se balanceaban los cinco ahorcados, y acostóse sobre ella, murmurando:

—¡Buen madrugón me he dado! Pues, señor, a gentil sombra estoy para echar un sueño.

Bostezó, hizo la cruz sobre el bostezo, y se quedó dormido con el sueño de un bienaventurado que no trae sobre la conciencia ni el remordimiento de haber dado muerte a una pulga.

POSTALES AFRICANAS

EL EMBARQUE DE LOS VETERANOS

En la ancha bahía, el vapor balanceando sobre el oleaje, eleva al cielo una columna de humo que marca en el azul una estela oscura.

Y suena la sirena ronca, esperando a los hombres que volverán al taller, a la fábrica, a la tierra ávida de brazos...

La explanada del muelle, está llena de soldados. Unos soldados ya tostados por el sol endiablado, que llevaron al fondak nuestra bandera, que escalaron los picachos de Beni-Yseff sin fatiga ni cansancio; qne sintieron cruzar, muy cerca a sus rostros, el plomo enemigo.

El general que los dirigió en el campamento, los despide hoy, algo emocionado. Con ellos ganó sus glorias; con ellos compartió la vida de campaña, velando por ellos como padre cariñoso. Y como tal, hoy despide a los que vuelven al hogar, donde ya impacientes, esperan los viejos, inquietos tanto tiempo cuando leían aquéllas batidas de nuestros bravos, para ocupar no sabían ellos qué ciudadela misteriosa.

Bajo los gorros descoloridos por el sol, las caras morenas sonrien, mientras el barco echa humo hacia el cielo y una banda deja oir por los ambitos, en la clara mañana, una música española que nos recuerda mil alegres escenas.

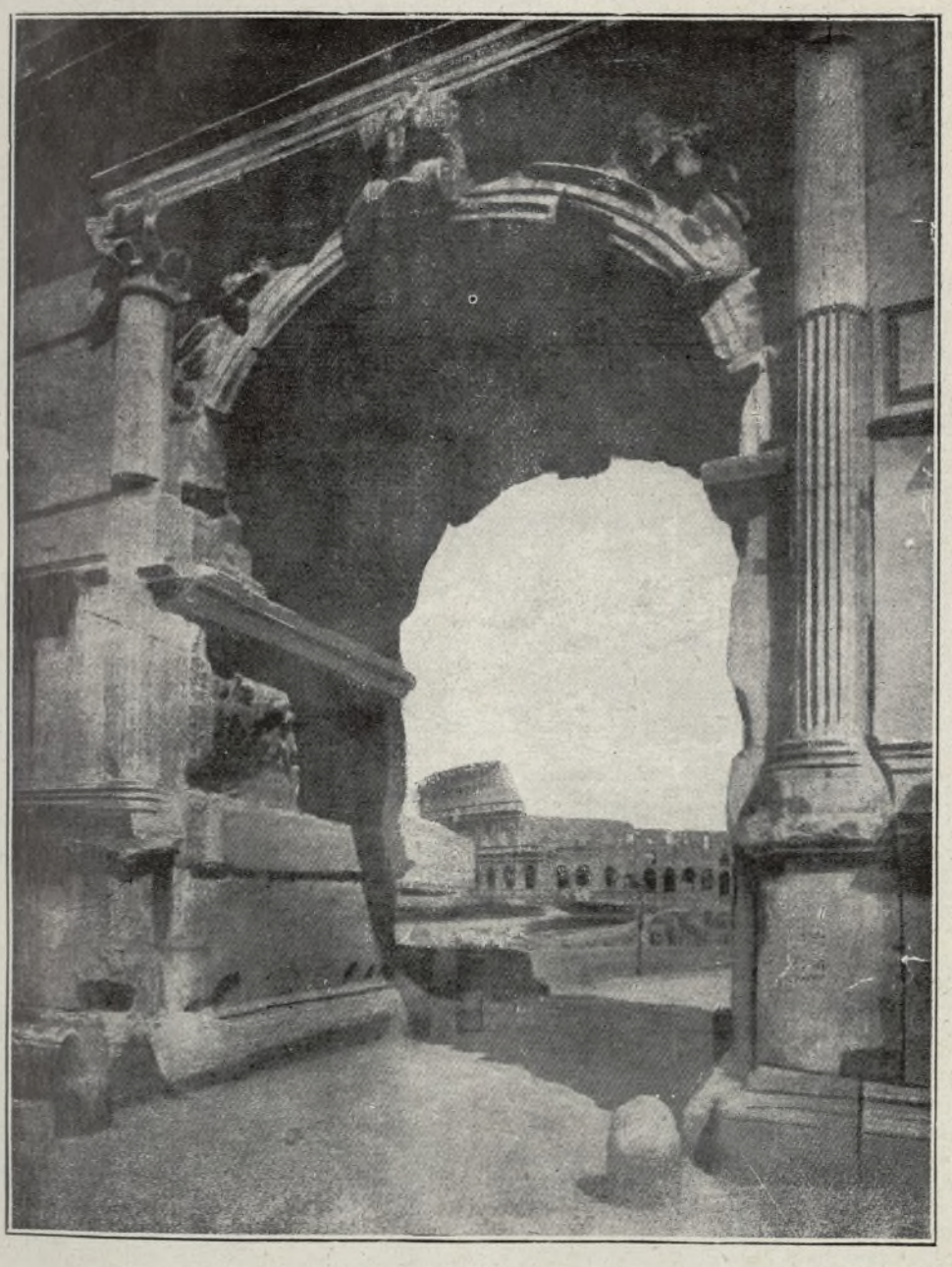
El gorro, descolorido, es un trofeo de la victoria. Cruzó frente al enemigo; estuvo tras la trinchera esperando hacer puntería; aguanto la lluvia de las noches frías preñadas de tristeza, en largas centinelas, frente a la gran comba oscura del cielo y a la inquietante interrogante de las kábilas rebeldes donde aullaban los perros como nocturnos agoreros.

Allá va el remolcador, surcando las olas, repleto de muchachos del 17 que volverán a la fábrica, al taller, al terruño.. Son hombres nuevos, curtidos en un puro idealismo, son los eternos héroes de la España grande, trozo selecto de nuestra historia de grandeza.

R. L. R.

Ayuntamiento de Madrid

PÁGINAS DE ARTE



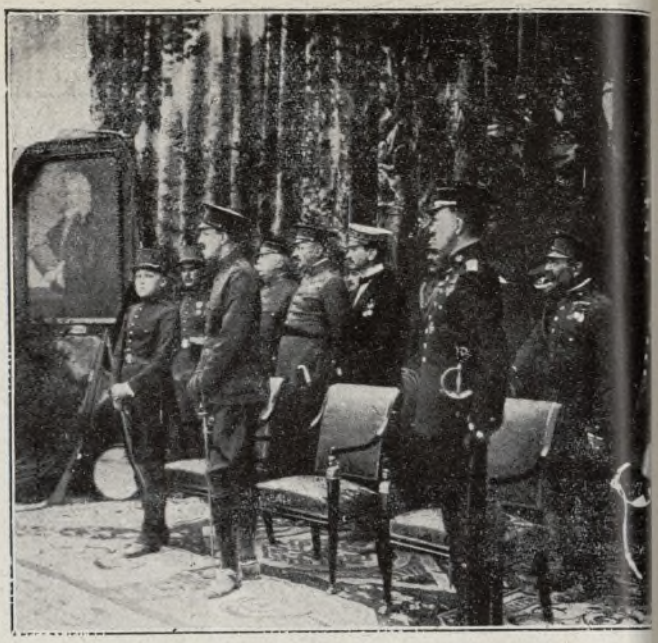
UN RINCÓN DE ROMA

El Coliseo desde el Arco de Tito

Ayuntamiento de Madrid

SOLEMNIDAD -MILITAR-

Una fiesta en el Regimiento de Asturias



S. M. el Rey y S. A. el Príncipe de Asturias escuchando el discurso del Coron del Regimiento de Asturias D. Mario Muslera.

El regimiento de Infantería de Asturias que manda el bizarro coronel D. Mario Muslera, ha organizado como homenaje a la memoria del marqués de Santa Cruz de Marcenado que fué su fundador y primer coronel, una hermosa fiesta militar que ha dejado gratísimo recuerdo en todos los que pudieron presenciarla.

Primeramente, en el campo de Retamares, tuvo lugar el desarrollo de un interesantísimo ejercicio táctico con fuego real, ejecutado sobre la base de las enseñanzas derivadas de la guerra europea aprendidas por el teniente del regimiento señor Cardeñosa durante el curso a que ha asistido recientemente en Saint-Cyr.

El ejercio que fué dirigido brillantemente por el citado oficial, representaba la persecución de un supuesto enemigo que había conseguido escapar a favor de la noche y ocupar las posiciones atrincheradas en que se había fortalecido.

El supuesto constaba de tres fases: La primera consistía en la marcha de aproximación bajo el fuego de la artillería. La sección formaba en tres grupos en triángulo. El de vanguardia, que servía de dirección, constaba de dos equipos: de fusileros granaderos desplegados en guerrilla y el de fusileros ametralladores, que avanzaba veinte metros detrás en columna de a uno. Los otros dos grupos, a cincuenta metros a los costados, y otros tantos a retaguardia del primero, avanzaban formados en columna de a d

S. M. el Rey dirigiendo la palabra a los soldados del Regimiento de Asturias.

La segunda fase del ejercicio la constituyó u marcha de aproxim ción bajo el fuego la infantería.

La tercera fase constituía el asalto las posiciones. A señal de un cohete, sección se lanzó a cando a la bayone amparados los a cantes por los g naderos de fusil, q arrojaban granad

El ataque se lle a cabo escalona mente hasta el in rior de la posici en donde concurr ron todos los eq pos. Los fusileros p pararon con su fue el avance de los g naderos, quienes l záronse arrojan granadas de ma contra la resisten y los fusileros, a vor de este avan se colocaron a la tura de los granad ros, y así sucesi mente hasta toma posición, fin del t tico propuesto.

La sección ejec tante se hallaba compuesta de un suboficial, gundo jefe, y de tres grupos decombate, integrad

Ayuntamiento de Madrid

cada uno por un sargento jefe, un equipo de fusileros ametralladores y un segundo equipo de fusileros granaderos; constituía en total una dotacion de un oficial, un suboficial, tres sargentos, seis cabos y treinta soldados.

Un aeroplano cooperó al supuesto manteniendo el enlace entre la sección y los supuestos reservas mediante el disparo de cohetes desde el aeroplano y la colocación de señales de hierro en el terreno por parte de la sección.

Como complemento de ejercicio fué enseñada una trinchera construída por el regimiento en Leganés, cuyo trazado y detalle se ajusta también a lo aprendido por el teniente Cardeñosa en su curso de Saint-Cyr.

Tiene la trinchera cien metros de extensión y doscientos de largo, con dos canales de comunica-

motivo de la fiesta, que era el de colocar en la sala de banderas del regimiento de Asturias el retrato de su primer coronel, merecedor por sus revelantes méritos de conservarse en el recuerdo de todos.

Puso remate al acto S. M. el Rey que adelantándose a los soldados, con recia voz y viriles ademanes conmovió a todos los circunstantes al pronunciar el siguiente improvisado discurso:

«¡Soldados! El espíritu patriótico que supo infiltrar en las filas del regimiento de Asturias su fundador y primer coronel hizo que más tarde ganaseis esas corbatas de San Fernando que hoy luce vuestra bandera.

Vuestro nombre de «cangrejo» que habéis ganado en el campo de batalla, unido al que teníais desde la fundación, recuerda lo que es España, porque en Asturias es donde empezó la reconquis-

S. M. el Rey y el Príncipe de Asturias rodeado de la oficialidad del regimiento infantería de Asturias.

ción que llevan desde los puestos avanzados hasta la retaguardia. La trinchera está dividida en tres secciones: primera defensa, alambradas y defensa de retaguardia.

Cada una de estas secciones está unida telefónicamente con el puesto de mando subterráneo, donde el jefe, provisto de un periscopio (que atraviesa seis metros de tierra hasta asomar al campo), puede seguir los movimientos del enemigo.

En la trinchera, disimulado con tierra y maleza, existe un puesto de ametralladoras contra aviones.

S. M. el Rey que acompañado del príncipe de Asturias, presenció con gran interés el ejercicio; recorrió complacido la trinchera que era verdaderamente un modelo de los de su clase.

Después en el patio del cuartel el coronel del regimiento D. Mario Muslera dió lectura a un sobervio discurso en el que presentó la figura del marqués de Santa Cruz de Marcenado y justificó el

ta, y esa fué la región que nunca fué hollada por el extranjero.

El cangrejo representa lo que todo regimiento debe hacer, y es no volver nunca la espalda al enemigo, y siempre se retira, cuando el momento llega, muriendo por la patria y escribiendo páginas de gloria para la historia de nuestro pais.

Siempre que yo he visto el 31 he sabido que sois dignos sucesores de los que habían escrito aquellas páginas. Porque veo vuestra marcialidad y cómo os presentáis, no tengo la menor duda de que el regimiento de Asturias cumplirá en todo momento con su deber. Lo espera así España y vuestro Rey».

Y como final de fiesta, una preciosa exhibición de la sección gimnasta del regimiento y un delicado lunch, acabaron de hacer inolvidable el homenaje del regimiento de Asturias a su primer coronel.

Ayuntamiento de Madrid

RECUERDOS HISTÓRICOS

LA BATALLA DE BAILÉN

Trátase en la actualidad de erigir un monumento que perpetúe la gloriosa jornada de Bailén. :-: El relato de la batalla debiera ser impreso y distribuído copiosamente, porque es ejemplo del soberano valor del pueblo de España cuando siente en peligro su independencia. Recordamos aquí los principales rasgos de la batalla, en la que las águilas napoleónicas, vencedoras en cien países, mordieron el polvo ante el empuje de unos soldados bisoños casi desprovistos de organización y de armamento.

El ejército de Andalucía

Componíase el ejército de Andalucía que organizó Castaños de tres divisiones: la primera, de 6.000 hombres, la mandaba D. Teodoro Reding, suizo al servicio de España, gobernador militar que había sido de Granada, hombre de ánimo sereno, oficial valeroso y general organizador; la segunda tenía por jefe al antiguo oficial de Guardias walonas marqués de Coupigny; la tercera llevaba a su frente al anciano brigadier D. Félix Torres, y la reserva iba mandada por el teniente general D. Manuel de laPeña.

Acompañaban al ejército las guerrillas del cura don Ramón de Argote, de D. Pedro Valdecañas y de D. José Cruz, los lanceros jerezanos y los voluntarios de caballería de Utrera, mandados por D. Nicolás Cherif y D. José Sanabria.

El 26 de Junio pasó revista el general Castaños a su ejército en los campos de Utrera.

La falta de cartucheras y cananas que se notó, pudo suplirse con saquillos de lienzo que las mujeres de Utrera, sin distinción de clases, confeccionaron por un modelo que se les dió.

El general Castaños en los últimos días de su vida.

El general inglés Spencer, que había llegado al Puerto de Santa María con un cuerpo auxiliar de 6,000 hombres, se ofreció a la Junta de Sevilla; pero se resolvió no admitir la ayuda inglesa a no ser en un caso extremo.

Habiéndose resuelto en Utrera tomar la ofensiva, el día 29 de Junio se dirigió Castaños por la orilla izquierda del Guadalquivir, llegando el día 1.° de Julio al Carpio, y celebrando el 11 en Porcuna un consejo para organizar el plan de ataque contra el ejército imperial.

Dupont ocupaba a Andújar con 10.000 hombres; el general Vedel, con 9.000, a Bailén y Puerto de Rey, y Liger-Belair, con 1.500, a Menjíbar.

El plan de batalla

Resolvióse que Castaños atacase a Dupont en Andújar con la tercera división y la reserva, y que Reding y Coupigny forzasen el paso de Menjíbar y Villanueva, para marchar sobre Bailén.

D. José Cruz, con las tropas ligeras y cuerpos francos, fué encargado de molestar por el flanco derecho al enemigo; y logrando atravesar el puente de Marmolejo, que aunque cortado anteriormente, estaba ya practicable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El día 13 empezó el concertado movimiento del ejército.

El dta 15 hubo varias escaramuzas, y el general Castaños lanzó algunos disparos sobre el puente de Marmolejo.

Dupont, inquieto al ver las tropas que tenía enfrente, pidió a Vedel que le enviase de Bailén una de sus brigadas. Este general acudió en su socorro con su división, dejando solamente a Liger-Belair 1.300 hombres para guardar el paso de Menjíbar.

Continuó el cañoneo el día 16, y Reding, conforme a lo dispuesto, al mismo tiempo que amenazaba a los franceses en su posición de Menjíbar, cruzó el río en la madrugada, a media legua, por el vado apellidado «Rincón», obligando a Liger-Belair a retirarse hacia Bailén. Liger-Belair encontró en su retirada al general Gobert, que acudía en su ayuda, lo que le impulsó de nuevo a combatir, pero con tal desgracia, que Gobert recibió un balazo en la cabeza, del que murió, y Liger-Belair tuvo que retirarse a Bailén con Dufour.

Ayuntamiento de Madrid

La capitulación de Bailén. Famoso cuadro de Casado del Alisal.

Aunque victorioso, no quiso Reding pecar de imprudente; repasó el río y se unió a Coupigny, que no había podido forzar el paso de Menjíbar, entrando los dos el día 18 en Bailén sin oposición, pues los franceses, suponiendo que Reding avanzaría, se retiraron a La Carolina.

Dufour, que había sucedido a Gobert, y Liger-Belair, escarmentados con la pérdida que experimentaron en Menjíbar, y temerosos de que Valdecañas, que había sorprendido en Linares un destacamento francés, se apoderase de los pasos de la sierra, apoyado por Reding; en vez de sostenerse en Bailén, marcharon a Guarromán, que esta a tres leguas. Vedel, de vuelta de Andújar, sin aguardar noticias ni avisos, receloso de que pudieran verse atacados, siguió en su busca, y unido con Dufour y Liger-Belair, llegó a la Carolina y a Santa Elena.

El primer encuentro

Reding, tras un corto descanso, disponíase a volver sobre Andújar, deseoso de coger a Dupont entre sus divisiones y las que habían quedado en los Visos, cuando impensadamente se halló con él, que de prisa y silenciosamente caminaba. Dupont había salido de Andújar el 18, después de destruir el puente y sus obras de defensa, encubriendo con la oscuridad de la noche su movimiento y su inmenso bagaje.

Marchaba Dupont mandando la vanguardia, compuesta de 2.600 hombres, rigiendo Barbou la retaguardia

Ni unos ni otros pensaban hallarse tan próximos. Los generales españoles, que estaban reunidos en una almazara o molino de aceite, a la izquierda del camino de Andújar, cerca fde Bailén, se vieron sorprendidos por disparos de ausil primero, y luego por una granada que casi c yó a sus pies.

Avanzaron los franceses más alláedel puente que hay a media legua de Bailén, resualtos a pelear. Eran cerca de las cuatro de la mañanr del día 19.

Bailén, una de las villas más impo etantes de Andalucía, hállase situada en terreno d sigual y algo montañoso, sobre el camino que conduce a Sevilla, encontrándose cercáda por cerros de gran altura, desde los cuales se descubren pueblos y tierras, casi todas cubiertas de olivos.

Atacaron los franceses a la división Coupigny; y sus soldados, guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, zapadores y el de caballería de España, los rechazaron, desalojándolos de las alturas que ocupaban, y obligándolos a retroceder.

Reconcentró Dupont sus fuerzas, volviendo a apoderarse del terreno perdido, y extendiendo su ataque contra el centro y costado derecho español, regido por D. Pedro Grimarest, que flaqueó algo; pero auxiliado por el general Venegas, se vieron los franceses otra vez arrollados y en retirada.

Nuevamente repitieron la tentativa en toda la línea, y nuevamente se vieron repelidos y arrollados.

A las doce y media de la mañana, Dupont, lleno de rabia, se puso con todos sus generales al frente de las columnas, atacando furiosos a nuestro ejército, intentando romper el centro donde se hallaban los generales Reding y Abadía, y llegando casi a tocar nuestros cañones los marinos de la Guardia imperial.

Ayuntamiento de Madrid

Nuestros soldados, rechazaron aquel tremendo ataque. Las alas francesas comenzaron a desbandarse, y el centro vaciló. Los «lanceros de Jeréz», cargaron sobre las columnas enemigas y ayudados por los «voluntarios de Utrera» deshicieron el ala izquierda francesa.

Suspensión de hostilidades y ataque imprevisto

Después de ocho horas de combatir sin tregua' propuso Dupont una suspensión de hostilidades' que aceptaron Reding y Coupigny. Había perdido 2.000 hombres entre ellos el general Dupré; y además los soldados bonapartistas se ahogaban de calor.

Mientras tanto no habiendo hallado Vedel tropas españolas por la Sierra, permaneció el 18 en La Carolina, después de haber dejado dos batallones y algunas compañías para guardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros; pero al oir en la madrugada del 19 un vivo cañoneo en las proximidades de Bailén, aunque lentamente, emprendió la marcha hacia el punto en donde comprendió que podía ser necesario su auxilio,

Llegaban sus avanzadas a las nuestras, cuando Reding le envió un parlamentario noticiándole la suspensión de hostilidades. El general francés envió a un oficial para asegurarse de la certeza de aquella noticia que le sorprendió.

Ocupaban nuestros soldados las dos orillas del camino.

En la ermita de San Cristóbal, que está a la izquierda, yendo de Bailén a La Carolina, se había situado un batallón de Irlanda, y el regimiento de Ordenes Militares: enfrente estaba el otro batallón de Irlanda, con dos cañones.

Vedel, quizá para sincerarse de sus torpezas, media hora después de haber contestado al parlamentario de Reding y de haber enviado un oficial a Dupont, mandó de improviso al general Cassagne que atacase al batallón de Irlanda y se apoderase de sus dos cañones; pero Dupont, que comprendió lo peligroso de su situación, le ordenó cesar en el combate.

La rendición

Entabláronse las negociaciones sobre el armisticio. Pedía el general francés: primero, la suspensión de hostilidades; y segundo, el permiso para retirarse libremente a Madrid.

Reding se mostró dispuesto a acceder al armisticio; pero respecto de la retirada declaró que era preciso que la aprobase el general en jefe D. Francisco Javier Castaños. Este se mostró indeciso para resolver, pero el conde de Tilly, que acompañaba al ejército en representación de la Junta de Sevilla, se opuso a las pretensiones de Dupont, considerando que accediendo a su pretensión se perdían los frutos de la batalla y se dejaba en libertad a un ejército enemigo que debía quedar prisionero.

Reforzó la opinión del conde un pliego interceptado del general Savary que se halló en poder del oficial Mr. Fenelon, pliego en el que ordenaba a Dupont que volviese al instante a Madrid en ayuda de las tropas imperiales que debían salir al encuentro de los generales españoles Cuesta y Blake, que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja.

En el entretanto la noticia de la victoria se había extendido por todas partes. A cada momento llegaban a los campos de Bailén las guerrillas de los contornos, gente dura y valerosa, y miles de paisanos empuñando toda clase de armas. Los generales podían decretar lo que quisieran, pero era indudable que el ejército francés rodeado, y cada vez más estrechado por los soldados, guerrilleros y paisanos, no lograría salir de allí más que prisionero.

La capitulación que consolidó el brillante triunfo de los soldados y guerrilleros españoles, fué por fin ajustada en Andújar, el día 22 de Julio, entre el general Castaños y el conde de Tilly, y los generales franceses Marescot y Chabert.

La Historia recuerda las frases que al reunirse cambiaron el caudillo vencido y el caudilo vencedor.

—Os entrego—dijo Dupont—una espada vencedora en cien batallas.

—Por mi parte—añadió Castaños con malicios modestia—puedo asegurar que esta es la primer batalla que gano.

Acto continuo se firmó la capitulación.

Dos mil muertos y dieciocho mil prisioneros

Las tropas de Dupont, en número de 8.242 hombres, desfilaron prisioneras por delante de Castaños el día 23, entregando el general francés su espada, y deponiendo las tropas sus armas y banderas. Las divisiones de Vedel y Dufour, en número de 9.393, entregaron también al día siguiente sus armas, caballos, bagajes y cuarenta cañones, evacuando Andalucía y marchando prisioneras para embarcar y ser transportadas a Francia...

De este modo, entre los rendidos y 2.000 que habían muerto en el campo de batalla, la pérdida de los franceses ascendió a 20.000 hombres: triunfo asombroso para los españoles cuanto que se ganó sólo a costa de 243 muertos y 700 heridos...

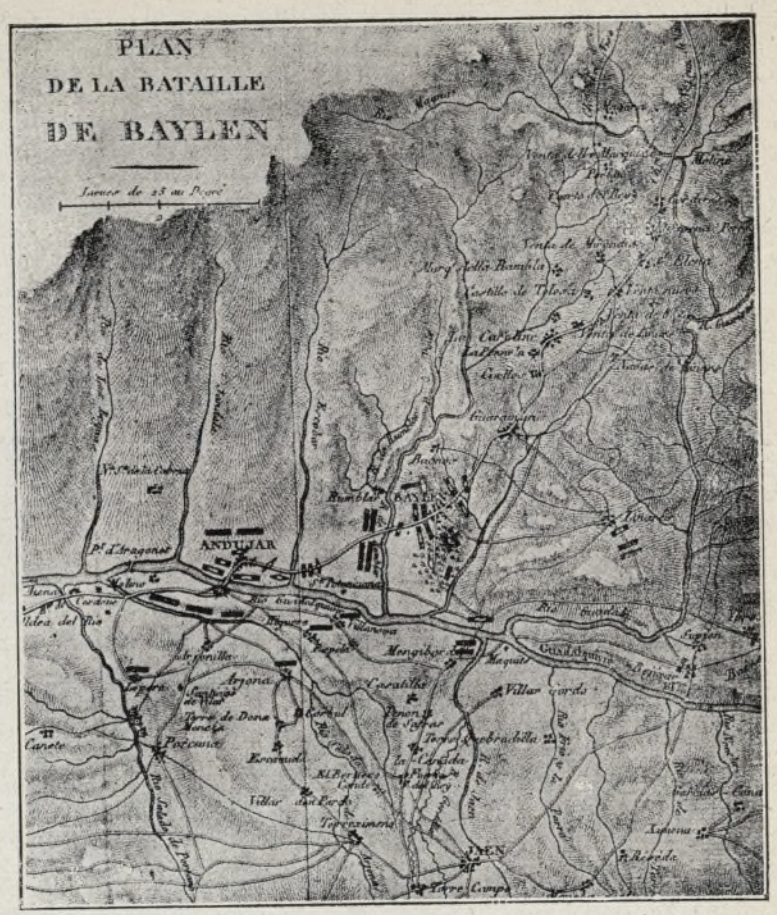
El parte de Castaños

He aquí cómo termina Castaños el parte en que da cuenta a la Junta Suprema, de la victoria lograda en Bailén.

«Finalmente, Serenísimo Señor, sería interminable esta relación si hubiese de expresar uno por uno todos los que se han hecho dignos del nombre español. Basta decir, que el enemigo se batió con ventaja en todos sentidos: 1.°, por ser superior en fuerza, pues constaba de 12.000 hombres, y aunque las tropas de Reding y Coupigni, únicas que entraron en función, componían próximamente un total de 14.000, se desmembró de esta fuerza un Cuerpo considerable, que devió observar los movimientos del General Vedel, que estaban sobre Guarromán; 2.°, por haber tomado posición de ataque, cuando nuestras divisioner de Baylén entraban en el orden de marcha; 3.°, por ser más numerosa su artillería; 4.°, por las incalculables ventajas que lleva consigo un Exército que ataca sobre el que es atacado,

Ayuntamiento de Madrid

casi sorprehendido en un movimiento de marcha; 5.°, por su completa organización con el competente número de Generales, Jefes, subalternos y todos los demás auxilios y requisitos de sus trenes bien acondicionados y dispuestos a todo movimiento de columnas y maniobras, y 6.°, en fin, por la calidad de sus tropas bien disciplinadas, aguerridas y acostumbradas a vencer. Este Exército, pues, tan superior al nuestro de Baylén no sólo ha sido batido y derrotado, sino que ha sido precisado a rendir las armas, experimentando la última humillación militar, que él mismo ha hecho sufrir a todas las demás naciones de Europa; y las decantadas águilas imperiales que las avasallaron, han venido a ser trofeo del venturoso Exército español de Andalucía en los campos de Baylén. Nuestras tropas en lucha tan desigual, se han hecho superiores a si mismas con una constancia heróica, pues arrostrando peligros, fatigas, hambre y calores mantuvieron tal firmeza contra los ataques del enemigo, que cada soldado parecía haber echado profundas raíces en el puesto que defendía, y demostraron tanta velocidad y ardimiento en las cargas sobre los franceses, que estos mismos no han hallado exemplo de comparación en ninguno de los muchos Exércitos con quienes han medido sus fuerzas. El acreditado Real Cuerpo de Artillería, además de participar de todos los afanes y triunfos referidos, ha inmortalizado su gloria con admiración de ambos Exércitos, pudiendo asegurar con sus oportunos rápidos movimientos, y el acierto de sus fuegos (que desmontó 14 piezas al enemigo) señalaron desde luego; ú por mexor decir, fixaron desde el principio la victoria.



Plano del campo de batalla de Bailén con la distribución de las fuerzas combatientes.

Tal es en compendio lo acaecido en la memorable batalla de Baylén. Vuestra Alteza honró mi corto mérito confiándome el mando de unas tropas por la mayor parte viñosas; pero eran españoles, y ya son héroes; nada me desaron que hacer ni que desear en la batalla, y ahora me veo confuso, no hallando expresiones que basten para decir cuánto merecen de la Patria.

Quartel general de Andujar, 27 de Julio de 1808. Serenísimo Señor.— *Xavier de Castaños.*— Serenísimo Señor Presidente y Vocales de la Suprema Junta de España e Indias»

Los términos de la capitulación

Así reza el histórico documento:

«Los Excmos. Sres. Conde de Tilli y D. Francisco Xavier Castaños, General en Xefe del Exército de Andalucía, queriendo dar una prueba de su alta estimación al Excmo. Sr. General Dupont, Grande Aguila de la Legión de Honor, Comandante en Xefe del Cuerpo de observación de la Gironda, así como al Exército de su mando por la brillante gloriosa defensa que han hecho contra un Exército muy superior en número, y que le envolvía por todas partes, y el Sr. General Chavert, Comandante de la Legión de Honor, encargado con plenos poderes por S. E. el Sr. General en Xefe del Exército francés, y el Exmo. Sr. General Marescot, Grande Aguila de la Legión de Honor y primer Inspector general del Cuerpo de Ingenieros, han convenido los artículos siguientes:

1. Las tropas del mando del Excmo. Sr. General Dupont quedan prisioneras de guerra, exceptuando la división Vedel y otras tropas francesas que se hallan actualmente en Andalucía.

2. La división del Sr. General Vedel, y generalmente las demás tropas francesas de Andalucía que no se hallan en la posición de las comprehendidas en el artículo antecedente, evaquarán la Andalucía.

3. Las tropas comprehendidas en el artículo segundo conservarán generalmente todo su bagaje; y para evitar todo motivo de inquietud durante su viaje, dexarán su Artillería, tren y otras armas al Exército español, que se encarga de devolvérselas en el momento de su embarque.

4. Las tropas comprehendidas en el artículo

Ayuntamiento de Madrid

primero del tratado, saldrán del campo con los honores de la guerra, dos cañones a la cabeza de cada batallón y los soldados con sus fusiles que se rendirán y entregarán al Exército español a cuatrocientas toesas del campo.

5. Las tropas del General Vedel y otras que no deben rendir sus armas, las colocarán en pabellones sobre su frente de banderas, dexando del mismo modo su Artillería y tren, formándose el correspondiente inventario por Oficiales de los dos Exércitos y todo les será devuelto, según queda convenido en el artículo tercero.

6. Todas las tropas francesas de Andalucía pasarán a Sanlúcar y Rota por los trámites que se les señale, que no podrán exceder de quatro leguas regulares al día, con los descansos necesarios para embarcarse en buques con tripulación española, y conducirlas al puerto de Rochefort, en Francia.

7. Las tropas francesas se embarcarán así que lleguen al puerto de Rota, y el Exército español garantirá la seguridad de su travesía contra teda empresa hostil.

8. Los Sres. Generales, Xefes y demás Oficiales conservarán sus armas, y los soldados sus mochilas.

9. Los alojamientos, víveres y forraje durante la marcha y travesía, suministrarán a los señores. Generales y demás Oficiales, así como a la tropa a proporción de su empleo, y con arreglo a los goces de las tropas españolas en tiempo de guerra.

La torre de Andújar, donde tenía establecidos sus vigías el ejército francés.

10. Los caballos que según sus empleos correspondan a los Señores Generales, Xefes y Oficiales del Estado Mayor se transportarán a Francia mantenidos con ración de tiempo de guerra.

11. Los Sres. Generales conservarán cada uno un coche y un carro; los Xefes y Oficiales del Estado Mayor, un coche solamente, exentos de reconocimiento, pero sin contravenir a los reglamentos y leyes del Reyno.

12. Se exceptúan del artículo precedente los carruajes tomados en Andalucía, cuya inspección hará el Sr. General Chabert.

13. Para evitar las dificultades del embarque de los caballos de los cuerpos de Caballería y de Artillería comprendidos en el artículo segundo, se dexarán unos y otros en España, pagando su valor, según el aprecio que se haga por dos comiñtonados francés y español.

14. Los heridos y enfermos del Exército francés que queden en los hospitales, se asistirán con mayor cuidado y se embarcarán a Francia con segura escolta así que se hallen buenos.

15. Como en varios parajes, particularmente en el ataque de Córdoba. muchos soldados, a pesar de las órdenes de los Señores Generales, y del cuidado de los Señores Oficiales cometieron excesos que son consiguientes e inevitebles en las ciudades que hacen resistencia al tiempo de ser tomadas, los Señores generales y demás Oficiales tomarán las medidas necesarias para encontrar los vasos sagrados que pueden haberse quitado y entregarlos si existen.

16. Los empleados civiles que acompañan al Exército francés no se considerarán prisioneros de guerra; pero, sin embargo, gozarán durante su transporte a Francia todas las ventajas concedidas a las tropas francesas, con proporción a sus empleos.

17. Las tropas francesas empezarán a evacuar la Andalucía el día 23 de Julio a las cuatro de la mañana. Para evitar el gran calor se efectuará por la noche la marcha de las tropas, que se conformarán con la jornada diaria, que arreglarán los Señores Xefes del Estado Mayor francés y español, evitando el que las tropas pasen por las ciudades de Córdoba y Sevilla.

18. Las tropas francesas en su marcha irán escoltadas de tropa española, a saber: trescientos hombres de escolta por cada columna de tres mil hombres, y los Señores Generales serán escoltados por destacamentos de Caballería de línea.

19. A la marcha de las tropas precederán siempre los comisionados francés y español, para asegurar los alojamientos y víveres necesarios, según los estados que se les entregarán.

20. Esta capitulación se enviará desde luego a S. E. el Señor Duque de Róvigo, General en Xefe de los Exércitos franceses en España, con un Oficial francés escoltado por tropa de línea española.

21. Queda convenido entre los dos Exércitos que se añadirán como suplemento a esta capitulación los artículos de esta capitulación los artículos de cuanto pueda haberse omitido para aumentar el bienestar de los franceses, durante su permanencia y parage en España.

Convenido y hecho por duplicado en Andújar a 22 de Julio de 1808.—*Xavier Castaños*, General en Xefe del Exercito de Andalucía.—El *Conde de Tilli*

Ayuntamiento de Madrid

TERESIANA POSTAL

Por E. G. A.

En hermosa ciudad levantina, panteón de buena parte de nuestra oficialidad en situación pasiva, adonde acuden y acudirán por la bondad de un clima que no obstante sus excelencias, hace en determinado fatal trimestre, un promedio de seis sepelios semanales con honores fúnebres, la suerte me deparó una tertulia en la que gozozo pasaba las tardes que mis obligaciones me lo permitían.

Respetuoso con los años símbolos de unos tiempos, para mis amigos mejores que los actuales, nada de cuanto trataban causaba mi extrañeza; al contrario en mi afan de aprender, de escuchar impresiones, a veces les indicaba temas que con facilidad les daban materias para amena y entretenida charla.

En cierta ocasión, ante el grupo que formábamos oyendo por centésima vez de los labios temblones del Comandante Ruiz su eterna manía de ligar a propósito de cada asunto...., la guerrera acción que le costó su ojo derecho y que de no ser conocida bien pudiera desmerecer su concepto personalísimo, acertó a pasar ante nosotros, una pareja vulgarísima constituída por avinagrada mamá y coquetuela chica, la que a nuestra vista, sin importarle nuestra presencia, cambió con un petimetre deslucido, un pollo bien de los de ahora, una carta o misiva que a juzgar por el afán puesto en la *fresca* maniobra, debía ser la única forma de entenderse ambos en sus relaciones amorosas.

.... la que a nuestra vista, sin importarle nuestra presencia, cambió con un petimetre deslucido, una carta.

Y al hacer los comentarios consiguientes sobre los resultados negativos de la oposición de los padres en los noviazgos, el Teniente Coronel Centello, que alardeaba de haber intervenido en todo y sabía siempre más que el mejor informado, no sin toser un sin número de veces, nos contaba el siguiente episodio que dejaba en mantillas al presenciado....

Estando yo sirviendo en, (y dijo un Cuerpo y guarnición). A la pequeña hija de mi compañero el Mayor del Regimiento, empezó a enamorarla un Teniente recien salido de la Academía, pollito que al lado de los de hoy, no sería un figurín...., pero entonces, nos resnltaba esclavo de la moda, pagado de su figura: estas condiciones, opuestas al sentir de los Jefes, el carácter violentísimo del padre y la poca edad de los muchachos, hicieron que encontraran en sus relaciones, un resistencia dura, que a poco pudo costar la vidaa la romántica chiquilla.

Y no era mala proporción como se dice: pasado el prurito del vestir elegante, transcurridos unos meses de práctica en el Cuerpo, ya se acreditaba de Oficial excelente, con la coincidencia, por haber sido elegido Habilitado, de trabajar en la misma Oficina, mesa enfrente a la del Mayor, a quien prodigaba frecuentemente muestras de atenciones y diferencias, frutos de su exquisita educación.

El buen padre, en confianza conmigo, me manifestó más de una vez, su pesar, *por el desacierto* conque había tratado la cuestión desde los primeros momentos ¡claro!—decía--tantos disgustos, tanta vigilancia... y los chicos se han desanimado: en él, casi se comprende..; pero ella, que casi esquivaba mi presencia, esahora, insensible, fuerte, animada y tan cariñosa, que incluso me espera a mi llegada del Cuartel y con mimos y zalamerías, me ayuda a despojar de las prendas precisas, para en familia, en la mesa que nos espera, comentar el empleo de mis pocas horas de ausencia.

Pero un día... mi compañero el Mayor al entrar en la Oficina, fué informado de algo dispuesto en contra de sus órdenes terminantes: ¡aqní fué Troya! toda *la gasolina* se le escapaba por aquella boca de distinguida *fraseología*: se quitó la espada y en su carrera hacia el despacho del Sr. Coronel, arrojó su teresiana, que al caer en forma violenta, dejó escapar una carta en cuyo sobre instintivamente vi estampado con letra femenina el nombre, solo el nombre, del Teniente Habilitado a quien iba dirigida con seguridad; este derrochó su valentía en apoderarse de ella, y su caballerosidad al romperla en mil pedazos que arrojó cesto de los papeles.

Me expliqué claramente que el uso postal del cubre cabezas de mi amigo y compañero, había resuelto a los enamorados que no habían dejado de serlo, el grave problema de la correspondencia interceptada.

Ayuntamiento de Madrid

CUENTOS DE "ARMAS Y LETRAS"

EL ÚNICO DESEO

Cuando Enrique se vió en la calle respiró, al fin; pero un momento permaneció indeciso, y luego, como buscando un aislamiento salvador, se lanzó en el interior de un coche del casino:

—¡A la Castellana!—gritó al cochero.

Echó las cortinillas, y ya a solas, consigo mismo, trémulo aún, sacó del bolsillo un abultado paquete de billetes de Banco. Los contó tembloroso; había setenta y seis; todos eran de mil pesetas.

Aquello, para el modesto empleado, significaba una fortuna; fortuna inexperada, fantástica, adquirida en poco más de media hora de vértigo y de fiebre.

¿Cómo había podido ocurrir el prodigio? De una manera extraña y misteriosa. Él, como de costumbre, después de la larga caminata, descansaba el cuerpo en la amplia butaca y recreaba el espíritu con la selecta lectura. La hora y media de biblioteca era para Enrique Maldonado de una imprescindible necesidad. Abstraído de todo, se ensimismaba en el estudio de sus autores favoritos y el tiempo pasaba rápido... Pues bien, aquella tarde dos veces perdió la ilación de la lectura y el libro, materialmente, se le cayó de las manos. ¡Bah! ¡Serían los nervios!; y lo arrojó sobre el pupitre.

Empezó a deambular por los salones del círculo, sin rumbo fijo y casi como encontrándose extraño en nna casa que frecuentaba todos los días. Todo aquello le era ajeno: las apiladas e interminables tertulias; la sala del billar con sus ruidos y algaradas; el incesante ir y venir de personas... De pronto, sin darse cuenta, se encontró ante la mesa de juego. Observó algunos momentos el círculo, apretado de rostros pálidos que ansiosamente concentraban las miradas en un mismo punto, y sintió el comezón de jugar él también.

¡Ese es Maldonado! ¡El que gana tanto dinero al juego! dicen las gentes a su paso.

Sacó un dur del bolsillo y l arrojó a la mesa al azar.

—¡No va más —decía en aque momento el *crou pier*, hombr más pálido qu los otros, todo vestido de negr como dando un sensación fun ral. Se produj un tintineo meti lico que reperc tía dolorosamen te en el corazó de todos aque llos hombres d color comido era la bolita qu giraba vertigino samente y rozab todos los núm ros; por fin detuvo:

—¡33, negr —gritó el *crou pier* con su vo monótona y ca sina.

Por aquel dur le dieron un p fiado de duro treinta y seis. E rique, atónit cogió el dinero en pequeño montones de ci co, seis y sie duros repartió cantidad en v rios números.

—¡13, negro!—cantó de nuevo el *croupier*.

Esta vez le pagaron en fichas; eran ovaladas, r dondas, blancas, azules, encarnadas. Todas tení grabado un número distinto, según el color: 25, 5 100, 500. Enrique continuó apuntando con fich como antes había apuntado con duros y... a medi que el montón de las ganancias iba creciendo, perdía la noción de la realidad. Los distintos ruid de la sala, caldeada por el aliento fatigado de ta

Ayuntamiento de Madrid

tos seres, le zumbaban en el cerebro, como un sordo rumor. La vista también se debilitaba, y llegó un momento el en cual Enrique apenas veía otra cosa que un número; en aquel número, con movimiento febril, impulsivo, acumulaba los montones de fichas.

Por fin se levantó, cambió en el *comptoir* el marfil y la nácar por billetes y, sin darse cuenta exacta del valor de lo que entregaba y de lo que recibía, se lanzó a la calle.

Ahora, en el coche, tranquilizado un poco el sistema nervioso, un pensamiento le dominó por completo: ¡Marucha! ¡Marucha! ¡Oh! ¡Qué alegría tan grande!...

Y asomándose por la ventanilla gritó al cochero:

—¡De prisa! ¡A la calle de Alcalá, 138!

—Entró en su casa haciendo esfuerzos para no denotar la emoción; pero María le encontró algo anormal, y antes de que inquiriera la causa, él, cogiéndola por el talle, la llevó a la sala, cerró la puerta y con movimientos misteriosos sacó los billetes y los expuso ante la mirada atónita de la esposa.

—¿Qué es esto?—preguntó María entre recelosa y asustada.

—¡Qué ha de ser, la fortuna! ¡Mira, todos son de mil pesetas..., cuenta, cuenta!

—¿Pero cómo?...

—¡Tontilla, que he jugado!

—¿Que has jugado?

—Sí, mujer; no te asustes. Te diré cómo ha sido...

Cuando concluyó el relato minucioso de todo cuanto le había ocurrido aquel día, María, previsora, ordenada, económica, modelo, en fin, de todas las virtudes domésticas, quedó pensativa y un velo de melancolía cubrió la serenidad de su faz; y con una emoción que en vano podría disminuir, echándose en los brazos de Enrique y mirándole muy fijamente, murmuró:

—Ahora, yo quisiera pedrite un gran favor y que tú me lo concedieras, como has hecho siempre...

—¡Y cómo no, mi Maruchita!

—No jugarás más, ¿verdad?...

* * *

Enrique Maldonado ya no es el mismo; de la penumbra gris de su existencia no queda nada; hay un hombre elegante, de una elegancia discreta en la que se adivina un decidido deseo de evitar toda idea de improvisación; hay una suntuosa morada en la que igualmente preside un exquisito gusto y hay, por fin, un formidable y temible jugador.

Pudo más la pasión del juego que la súplica de Marucha; caso único en la ya larga vida matrimonial. Allí, donde siempre hubo un deseo, un ruego de la dulce compañera, hubo en Enrique una razón suprema. Sin embargo, el juego ha podido más.

Marucha, por primera vez, se ha sentido supeditada a algo en la voluntad de su marido. Ha sufrido una punzada honda y dolorosa en su sensibilidad extremada y algo cohibida y asustada se ha replegado en sí misma. A la pasión que sintió siempre por su marido se une ahora una ternura infinita, como si le entreviera en peligro, o mejor, como si quisiera oponer la inmensidad de su amor a la influencia maléfica de un algo que le produce un pavor extraño.

Enrique la cubre de trajes y de joyas con la misma unción conque un fanático adornaría un icono; su grande amor hacia la mujer elegida se ha acrecentado, si es posible; pero a la hora en que la terrible fascinación del juego se despierta, se borra en él toda otra idea, y los números, los fatídicos números parecen agigantarse en relieves de fuego.

Enrique se ha convertido en un formidable jugador. Se acerca a la mesa dueño absolutamente de sí; arroja algunas cantidades, generalmente pequeñas, y un raro instinto que a él mismo a veces le asusta, le indica si debe o no continuar la partida. Cuando todo su sér se contrae en un retorcimiento doloroso, cuando la exaltacion febriciente llega a su extremo, entonces Enrique, atraído y alucinado por una cifra que ve en su imaginación, amontona las cantidades y gana, gana enormemente.

En el mundillo donde brillan los que consiguen destacarse, Enrique ocupa un lugar relevante; de boca en boca ha corrido por do quiera el relato de sus hazañas y proezas, naturalmente agrandadas:

—¡Ese es Maldonado! ¡El que gana tanto dinero al juego!—dice la gente a su paso señalándole con el dedo, y él se siente envuelto en una aureola de admiración, de envidia y de desprecio; todo en una pieza.

Marucha, aunque no quisiera adivinar, algo presiente en la mirada y el gesto de los demás. Está como aturdida por el ruido estruendoso de su vida nueva: espectáculos, modistas, joyeros, excursiones: todo aquel sincesar de cosas impensadas que giran en su cerebro, la tienen como en una somnolencia. Marucha se entrega a ellas con un entusiasmo algo fingido para engañar a Enrique; por otra parte, si no se ocupa de estas cosas ¿qué haría? Toda su labor doméstica, minuciosa, arregladora, ya no tiene objeto. El dinero entra a puertas llenas.

Poco disfruta el matrimonio de las suntuosidades del hogar; no tienen tiempo y además apenas alguien les visita; las antiguas amistades, gente de la clase media, modesta, se han retraído, como avergonzadas ante el inusitado esplendor. Amistades nuevas no quieren tenerlas.

Solamente algunas personas han tenido el heroísmo de soportar el deslumbramiento y aunque, Marucha, a fuerza de amabilidad y de modestia, ha tratado como de cohonestar el *caso*, en la mirada de sus antiguos amigos ha creído vislumbrar algo que le ha punzado como un dardo.

En una ocasión, unas visitas pusieron empeño en que les enseñara la casa; Marucha asintió entre extremosa y asustada. Ante la mirada atónita de los antiguos amigos pasaron, como en un sueño mágico, los muebles suntuosos, las telas costosísimas, las vajillas cinceladas... Marucha, sin atreverse a hacer ningún comentario, se limitaba a indicar. La visita, que se componía de un matrimonio, él, antiguo compañero de oficina de Enrique, estaba francamente deslumbrada. Todas eran exclamaciones de asombro y elogios, que Marucha recibía con una expresión de inefable bondad. También quisieron ver las alhajas. María expuso ante sus ojos las joyas. Los aderezos de brillantes, de esmeraldas, los colla-

Ayuntamiento de Madrid

¡Hermosa noche para morir!—murmuró.

res de perlas... todo aquello que a los modestos visitantes se les antojaban; los tesoros de Aladino, llevaron su admiración al extremo. Por fin, abrumados, exclamó ella con tono de perfecta naturalidad:

—¡Hace bien, Mariquita, hija mía, en comprárselo todo de lo mejor! ¡Al fin, para lo que le cuesta!...

Aquel día, por primera vez en sus quince años de casada, lloró Marucha; al guardar cuidadosamente las joyas, con la minuciosidad que ponía en todas sus cosas, lloraba; lloraba la perdida placidez de su vida pasada; la modestia de su casita antigua, toda paz y sosiego, y lloraba el amor de su vida, su razón de ser, porque bien veía que Enrique, sin que *él* mismo se diera cuenta de ello, se iba lentamente convirtiendo en otro hombre, en el cual ya no era ella el único y absorvente pensamiento.

Por la noche, cuando llegó él, haciendo todos los imaginables esfuerzos para que el drama que se desarrollaba en su interior no saliera a su rostro, le expuso el deseo de viajar, de ver otras tierras. Enrique, atento a todo a las menores insinuaciones de su Marucha, aceptó la idea con placer no viendo en ello más que un natural deseo.

Viajaron por toda Europa en una loca orgía de derroche; no se miraba jamás el precio de nada y costara lo que costara se satisfacía el capricho. Enrique, sin pretenderlo, parecía tener un especial empeño en aturdir a María a fuerza de distracciones y de obsequios. Siempre atento a ella, se esforzaba en suscitarle las conversaciones más gratas.

Jamás hablaba de algo que pudiera relacionarse con el juego y, por el contrario, en sus charlas interesantes de hombre erudito, procuraba siempre que la vida resaltara en un ambiente de plasticidad poética.

Ella se dejaba conducir como una niña; cada vez más reconcentrada en su pensamiento y cada vez más exaltada en su amor al marido: un amor melancólico, todo él lleno de piedad que la torturaba y la consumía en su interior.

Por las tardes María pretextaba el natural cansancio y se recluía en las habitaciones del hotel; entonces él desaparecía y estaba unas horas alejado de ella: era un convenio tácito; jamás se mencionaban aquellas horas de ausencia.

Una noche, al salir de la Opera, en París, y a tiempo que tomaban el automóvil, un hombre, vergonzantemente vestido, aunque con aspecto señorial, se les acercó con un aire entre humilde y decidido y les cortó el paso.

—¡Caballero—exclamó con voz firme—: soy un pobre hombre arruinado por el juego; mis hijos tienen hambre! ¿Quisiera usted socorrerme?...

Enrique hizo un esfuerzo sobrehumano para no echarse sobre aquel hombre y extrangularlo. Sacó violentamente la cartera y casi le arrojó un puñado de billetes. ¿Qué significaba aquello? ¿Era un hombre sincero o un farsante? ¿Fué una súplica o era una inculpación?...

Cuando penetraron en el coche, toda la congoja que Marucha llevaba en su pecho oculta mucho tiempo atrás, estalló en sollozos; sollozos prolongados, desgarradores.

Enrique le apretaba una mano y le prodigaba las más tiernas palabras:

—¡Vamos, vamos, Maruchita! ¿Pero qué es esto? ¿Qué te pasa?

Ella no podía articular; le ahogaba el llanto. Llegaron al hotel y se dejó caer en una butaca, exangüe, anonadada.

El era presa también de una extrema excitación; estaba consternado; por primera vez veía llorar a su mujer y precisamente cuando la creía radiante

Ayuntamiento de Madrid

de dicha. También por primera vez, abstraído por el *crescendo* de las locas ambiciones que le embargaban, no había sabido leer en el interior de su inseparable compañera.

Ella, como quien exhala un quejido, murmuró:

—¡Yo quiero irme!...

—Dónde? Donde tú quieras iremos—se apresuró él solícito.

—Quiero irme—continuó ella acongojada—quiero irme de esta vida que me ahoga, Enrique. Quiero irme a mi antigua casita donde hagamos otra vez nuestra antigua vida ¡que era tan tranquila! Nada nos faltaba y ¡éramos tan felices! ¡A qué este derroche de dinero que otros pierden con lágrimas de sangre!... ¡El hombre de esta noche!... ¡Míralo, Enrique! Arruinado y... nosotros tirando el dinero, que tanta falta hará en su casa, en la cual tienen hambre sus hijos... ¡en tanto que nosotros!...

Enrique oía aquella queja lastimera que era como el clamor universal de su propia condenación. Y para que la terrible realidad se le apareciese más desconcertante, era su propia mujer, el amor de sus amores, la que con voz suplicante y humildosa la exponía...

—Vámonos, Enrique; sé bueno; sé como siempre, mi protector, mi guía; el mejor de todos; como siempre te vi y como siempre te llevé aquí dentro.

¿Qué extraños pensamientos brotaban, se cruzaban y se herían en el cerebro de Enrique, entretanto? Una tremenda tempestad se formaba en aquella cabeza y de la cual lo mismo podía surgir el rayo que aniquila, que el resplandor que ilumina.

—Pero Maruchita, ¡tú estás exaltada! Cálmate y las cosas las verás en su justo medio. ¿Tú crees que el hombre que esta noche me ha pedido dinero, en el supuesto que no sea un farsante, no se habría arruinado, aunque yo no jugara? Yo no engaño a nadie, hija mía; expongo mi dinero, me expongo a perder, como todos. ¿Me he de rebelar contra la suerte que hace que gane?... ¡Volver a nuestra antigua vida!... ¡Fíjate bien en lo que dices! Hemos adquirido hábitos que no teníamos; nos hemos acostumbrado a no darle al dinero valor alguno. ¿Cómo he de volver a mi antiguo destino?... ¿Cuál sería nuestra vida?... Por otra parte, nuestro sacrificio sería estéril, si no necio; el mundo seguiría su rumbo; los hombres acudirían anhelantes a la mesa de juego para llevarse el dinero los unos de los otros y sobre las lágrimas del que perdiese—lágrimas no de arrepentimiento sino de rabia—seguirían alzándose los locos desvaríos del que gana. La vida—continuó Enrique exaltándose—es una loca orgía de pasiones, de ambiciones, de bajezas y si en esta contradanza de torpes instintos ha de haber necesariamente vencidos y vencedores y los hombres se esfuerzan siempre en dominar, aun empleando las artes más rastreras, he de dejar yo de ser dominador abandonando el instrumento que parece que el mismo Dios pone en mis manos?...

—¡Oh! Enrique. ¡No hables de Dios! No es Dios. No es Dios.

—¡Pues entonces será el demonio!

* * *

El dinero ganado al juego llevaba ahora su verdadero rumbo. Ya Enrique Maldonado no vivía con Marucha; pero la dulce imagen de Marucha no se borraba fácilmente.

El desgraciado quería ahogarla en ríos de Champaña y la imagen pugnaba por surgir. En vano otras mujeres—las más bellas mujeres—vinieron a sustituir a Marucha, la desterrada voluntaria. En vano Enrique, roto el freno, se entregó a todos los placeres de la carne. Todo en vano; el caballero Maldonado, espléndido como un *Nabab* y noble como un Grande paseaba su melancólica tristeza precisamente por todos los sitios en donde se le rendía un exaltado culto a la loca alegría. Y así transcurrió un año y otro año.

Una noche abandonaba a altas horas el casino de Monte-Carlo. Era una noche de Enero, tibia y de radiante luna. Había esquivado toda compañía y bajaba lentamente por las grandes terrazas. En el cielo, de una limpidez de raso, no se veía el más ligero celaje: la luna esparcía sobre las ondas del mar su luz pálida que se quebraba en miriadas de plata.

Enrique apoyó los brazos sobre la amplia balaustrada y extendió la vista sobre el mar que cual un lago apenas rizaban las olas: ¡Hermosa noche para morir!, murmuró y permaneció un rato abstraído.

Luego comenzó de nuevo a bajar; atravesó la vía férrea y lentamente se dirigió al muelle del Principado. Allí estaba su *yath* entre otras embarcaciones de lujo.

Unas veladamente iluminadas como indicando la ausencia de sus dueños; de otras por el contrario salían ruidos confusos de músicas y cantos. La de Enrique estaba más a la izquierda, toda ella alba y sobre la nívea blancura destacándose en letras doradas esta inscripción, que era un nombre y que semejaba un epitafio: «Marucha».

Cuando puso el pie sobre cubierta dió la orden al marinero de guardia que avisara al capitán; al poco apareció éste.

—¿Está todo dispuesto para partir?

—Todo está dispuesto. Las calderas están encendidas, como siempre, según sus órdenes.

—Disponga usted que salgamos con rumbo a España.

Se dirigió a sus habitaciones; llegó al despacho, se sentó ante la mesa-escritorio y permaneció pensativo; luego, tomando un sobre, escribió: «A mi esposa Doña María Jiménez de Maldonado

En la Puebla del Val».

Después comenzó a escribir una epístola: «Maruchita, mi buena Maruchita; voy a emprender un largo viaje, muy largo y antes de partir quiero darte un adiós que será el último; porque de este viaje ya no pienso volver.

»En una ocasión, memorable, porque después ya no nos hemos visto, me dijiste que la carrera de locas ambiciones en la cual me entregaba no era inspirada por Dios. En efecto, no fué Dios; fué el espíritu del mal. Si hubiera sido Dios yo no llegaría al término de ella tan cansado y tan sin esperanzas.

»Dejo una inmensa fortuna que no tiene herede-

Ayuntamiento de Madrid

ro. Yo no te haria el ultraje de ofrecértela; pero Doña María Jiménez puede ser la legataria de Enrique Maldonado para que ese dinero que es de los míseros vaya a los míseros. Así el oro que yo arranqué a los poseídos del vicio irá a premiar la virtud. Esa es tu obra Maruchita y es bien hermosa. ¿La rehusarás? No lo creo; sería soberbia.

»¿A qué escribir más? Todo te lo diría y prefiero no decirte nada; solo una cosa: mientras mi cerebro y mi corazón funcionen estarán llenos de tu imagen.

Adiós, Marucha».

Enrique cerró y lacró el sobre y se lanzó fuera; necesitaba respirar. Ya el barco comenzaba a ponerse en movimiento; apoyado sobre la borda de popa se distraía viendo cómo lentamente se alejaban las luces del puerto; cómo el motículo en cuya corona se asienta Mónaco se reducía y esfumaba en la lejanía; cómo por fin, el yacht, veloz, hendiendo gallardamente la afilada proa entre las aguas y dividiéndolas en dos rizadas cabelleras de espuma, iba dejando una larga estela... De pronto, dos inmensidades: el cielo y el mar.

Hemos apurado la copa—se dijo melancólico— ya no quedan más qué las heces... ¿a qué apurarlas? Sería necio. ¡Oro, mujeres, placeres! To como esa blanca estela que se forma fugaz y d aparece tan pronto... ¿Qué hay detrás de esta mensidad que me rodea? ¿Detrás del mundo terial, qué existe?... He aquí el arcano y he aquí único deseo... De todas mis ambiciones, de tod mis delirios, de todas mis grandezas apenas que otra cosa que un pobre hombre cansado de cuer y de espíritu, que quiere reposar. Nada me lig la vida. ¿Qué pudiera ofrecerme? Un gran hasti Sólo tengo un deseo, el último capricho quiz Penetrar el misterio, vamos a él...

Un momento permaneció en pie sobre la bord abrió los brazos y se lanzó a las aguas; el ruido la hélice ahogó un grito; una sola palabra que como una despedida: ¡Marucha!

ANTONIO DE GOLLURI

Frases y frasecillas

Buena salida

La célebre madame Stáel, era célebre por su belleza y por su ingenio. Tenía unas *salidas* tan chistosas, tan ocurrentes, que todo el que tenía la fortuna de escucharlas, quedábase con la boca abierta de tres a catorce minutos. Si hubiera vivido en nuestros tiempos y se hubiera dedicado a colaborar con Muñoz Seca ¡habría que reirse de los trimestres que cobraría la tal madame!

Por entonces vivía en la Corte francesa el vizconde de Choiseul, un socio que en soltando la lengua era capaz de cortar un poste del telégrafo, pues aquello no era lengua, que era una guillotina. Sus chistes eran más mortíferos que los famosos gases axfisiantes de funesta recordación. Aquel a quien el vizconde cogía por su cuenta, se había caído con todo el equipo.

Pues bien, y dejándonos de *preambulear*, sucedió que en cierta ocasión se le ocurrió emplear su viperina lengua comentando la conducta de madame Stáel—la cual conducta nada tenia de particular—y se ensañó sin piedad ni compasión con la pobre señora. Cada chiste era una ampolla, cada comentario un cáustico y cada apreciación un botón de fuego. ¡El delirio!

La aludida hubo de enterarse y no se dió por enterada. Pero sucedió que en una reunión se encontraron al fin calumniador y calumniada. Madame Stáel esperó a que el vizconde estuviese rodeado de sus amigotes y aproximándose a él le dijo con la mayor amabilidad:

—¡Cuánto tiempo sin veros, amigo mío!

—¡Oh!... He estado muy malo, señora.

—¿Muy malo? ¿Grave, tal vez?

—Y tan grave... He estado a punto de envenenarme.

Al oir esto, madame Stáel repuso con el may aplomo y dando a su semblante una expresión encantadora naturalidad.

—¡Cielos! ¿Os habéis mordido la lengua?

Con lo cual, el socio bufó y fuese.

Ya somos tres

Lo mismo los toreros de antaño que los de h gaño tenían y tienen los aduladores y *quitamo* a montones. ¿No? ¡Hay qué ver la ridícula imp tancia que se dan estos tales por considerarse ar gos de un astro coletudo! ¡Qué honra para la fa lia intimar con un *fenómeno*! ¡Cuántos hay por que de buena gana pondrían en sus tarjetas: «Fu no de Tal y Cual, uña y carne del *Sacac chos III*»!...

Uno de estos entes ridículos que venía a ser especie de lapa del famoso *Lagartijo* le dijo a é en cierta ocasión.

—Desengáñate, Rafael de mi alma. En Córdo no hay más que dos personajes célebres.

Al oir esto, sonrió bondadosamente el *Calif* ¡Ah!, conste que le llamamos *Califa* porque así hemos leído infinidad de veces y sin bastardilla que nos hace creer que, efectivamente, el tal Raf Molina sería un Califa de Córdoba nacido con rios siglos de retraso.

—¿Quiénes zon?—preguntó al cabo de un el maestro.

—Pues, tú y Gonzalo de Córdoba.

Lagartijo, que en efecto se creía una celebrid contestó con el mayor aplomo:

—Pos entonce, zemo tré.

—¿Tres?

—Zí, home. Yó, Gonzalo e Córdoba y... ¡er C Capitán!

Antón Trijueque

Ayuntamiento de Madrid

COSAS MILITARES

EL BARBERO DE LA CUARTA

—¡Chavó, qué frío! La mañanita es de abrigo.

—U de abrigarse di más bien.

—Y encima usas agua congelá pa dar coba en la cara a los parroquianos.

—No ves que no tengo *chupesqui* pa calentarla. Tú, que eres asistente del mayor, dile a tu amo que la barbería es una nevera, a ver si consigues siquiá un brasero con calefección central antes de que llegue mayo.

Liborio, el asistente, sentado en amplio butacón frente al veteado espejo, veía su redonda faz cubierta de nívea espuma de jabón, extendida velozmente por los nerviosos círculos dibujados por la brocha que manejaba Ciriaco Méndez con desenfadada ligereza.

La mañana era, en efecto, extraordinariamente fría, máxime en aquella reducida estancia del piso bajo del cuartel, orientada a la fachada Norte, en la que tenía un ventanal enrejado.

Ciriaco era locuaz en extremo, y por ende aficionadillo acérrimo de todo género de retruécanos, chistes y camelancias. Los que caían en sus pecadoras manos, sufrían bastante con la impericia de su improvisado arte, porque menester es confesar aquí plenamente que el verdadero oficio de Ciriaco era el de colchonero, pero, según advertía a sus íntimos, como eso de la colchonería no tiene aplicación inmediata en la milicia, al vacar la plaza de barbero ofreció sus servicios como tal, y suplía con el ingenio de su pintoresca charla los tirones de pelo y cortes de cara, que no menos pintorescamente tenía, con sobrada frecuencia, ineludible necesidad de disculpar.

—Ten cuidiao, barbero, que me has hecho sangre—le dijo una víctima en cierta ocasión.

—No te alarmes, que ha sío un cañón de la barba, que ha saltao.

—Si que habrá sío un cañón, pero debe ser del 42.

—Vamos, ya te he insuflao mi gracia pajolera.

Y así era en efecto: en la barbería hasta los hipocondríacos hacían chistes, por contagio con el buen humor permanente de Ciriaco.

Pronto se llenó el *establecimiento* en aquella fresca mañana de encapotado cielo gris, y la razón de tan extraordinaria afluencia se explicaba por estar de cuartel el capitán González, hombre que perseguía con sañuda tenacidad el exceso de pelo en los soldados del regimiento. Por docenas enviaba soldados a la barbería, y al verlos entrar exclamaba Ciriaco:

—Conque día de moda, ¿eh?; pues numerarse, que enseguida os va a llegar el turno de tomaros el pelo.

Isistió el asistente en la frialdad del agua, y Ciriaco, animado con el creciente auditorio, le dijo que en un pueblo cercano a su ciudad natal había un barbero que afeitó una vez a un amigo suyo con saliva, en vez de agua, y que contestó el paciente ante la indignación de repulsa: pus no se ponga usté asina, porque a los del pueblo, como tengo más confianza, los escupo en la cara.

—Miá que eres cochino, Ciriaco. Sabes más cuchufletas que Merlín.

Y el abigarrado racimo de condenados a tortura capilar, reía a carcajadas el relato.

—En otros pueblos que yo conozco—seguía Ciriaco, enardecido por la hilaridad retozona del auditorio—afeitan con nuez, para que se inflen y estiren los carrillos.

Pus eso no tié naa de higiénico. Además sabrá mal la nuez de tanto usarla.

—No, hombre; qué va a saber mal, si ca vez que la emplean la rebañan en miel; así los que se afeitan, al procurar lamer la nuez, estiran más el carrillo entavía.

Sigue aumentando la clientela. Todos entran soplándose las manos y renegando del excesivo frío y de la orden de general corte de pelo.

Ayuntamiento de Madrid

—El capitán González se ha propuesto hacerme rico—dice Ciriaco—; cualquiera diría que lleva comisión en mi negocio.

Y tras un silencio brevísimo, Ciriaco interpela a uno de los que esperan sobre cuándo lucirá los galones de cabo, y después pregunta a otro:

—Y tú ¿no vas a la Academia?

—Si nó sé leer.

—Ah, ya; eres asnalfabeto.

—Soy de la provincia de Soria, a mucha honra.

Pregunta lo mismo a otros varios, por mantener el fuego sagrado de la conversación, que en virtud de su labia no decae un instante, y uno de los preguntados contesta:

—Yo no me hago cabo por mor del apellido. No quió que mi gasten chuflas, que no admito ancas.

—¿Pues cómo te apellidas, Rosendo?

—Vela, pa servite.

—Me explico tu decisión.

Termina la rasadura del asistente, que sólo ha sacado de la batalla hasta media docena de chirlos sangrantes y uno de los sentenciados ocupa el puesto frente al espejo, diciendo:

—Corta too seguío, no me hagas altibajos como la otra vez, que me dejaste escaleras, y me preguntó el tiniente si es que pensaba ir a esperar los reyes.

—Siéntate y no te apures, que te voy a dejar la chola más lisa y más monda que un queso de Villalón.

—Ya podías tener otro espejo sin manchas aquí. ¿Por qué no le das greda?

—Si no son manchas, es que hace aguas.

—¡Ciriaco, habla bien que yo no te he faltao!

Y tras nuevo silencio, inicia el barbero improvisado otra charla de las suyas:

—¿A que no sabes lo que pasó ayer entre doce y una en la Puerta del Sol?

—No he leído la Prensa.

—Pues entre doce y una pasó una hora.

Nuevas risas del grupo y agitación nerviosa d paciente entre convulsiones de hilarante regocijo

—Tú, estate quieto, que luego, si salen escale no voy a tener yo la culpa.

Gaspar Cancela era un quinto de la tercera d primero que usufructuaba un pelo hirsuto y reb de que, con vigor de cerdas, se mantenía siemp vertical, indócil a toda mixtura cosmética. Cada que el capitán González estaba de cuartel, Gasp aufría la penalidad de ser pelado al uno y amena do con serlo al cero por creer el superior que cumplimentaba sus severas órdenes.

En aquella gélida mañana, Gaspar, saliente servicio, había escapado a la capilar inspección la revista de policía y huía asustado del encuent con el capitán, temeroso del para él terrible sup cio de la barbería.

Sabían todos la rebeldía de su pelo y lo acend do de sus temores y se asombraron al verlo ent despavorido en la reducida sala, gritando con vi ble emoción:

—Vengo a que me peles.

—¿Qué, te ha cazao el capitán?

—No; pero antes que me cace quiero que trasquiles al uno, porque salían ahora del cuarto banderas, de verle, el sargento Ruiz y el cabo Ru y decía el sargento:

—¡Está que pela!

Y agregó el cabo:

—Y lo que es hoy, baja del cero, téngalo ust porseguro. Y yo no quió que ensaye en mí eso bajar del cero.

Aurelio Matilla

UN CUENTO DE LA HISTORIA

Cuéntase que a principios del siglo xv, en tiempos de Felipe *el Bueno*, hijo de Juan *Sin-Miedo* y duque de Borgoña, tuvo lugar un suceso que recuerda los que con tanta frecuencia figuran en los cuentos de hadas. Una noche que el duque se dirigía a Brujas, encontró a un zapatero remendón que se había quedado profundamente dormido junto al camino, y deseando divertirse a costa de aquel infeliz, hizo que sus criados le llevasen dormido a su palacio, le quitasen sus andrajos y le colocasen vestido con riquísimo traje de noche, en un lecho de palacio.

Cuando el pobre hombre despertó a la mañana siguiente y se vió rodeado de pajes y escuderos, creyó volverse loco. En vano juró y perjuró que él no era el duque; la servidumbre, tratándole como a tal, le preguntó qué traje deseaba vestir aquel día, y por fin le llevaron con gran pompa y magníficamente ataviado, a oir misa en la capilla ducal. To el ceremonial correspondiente a tan alto person fué observado rigurosamente; el zapatero dió diencia sentado en el trono, y fué tratado en tod partes y por todo el mundo con el más profund respeto.

Su breve soberanía terminó con una opípa cena y un baile.

Apenas se metió en la cama, el zapatero, cansad de las fatigas de una vida a que no estaba acostu brado, quedó dormido como un lirón. Apro chando su sueño, y cumpliendo siempre las órd nes de Felipe, los criados le pusieron otra vez traje harapiento y le llevaron al mismo sitio en q fué encontrado.

—Dícese que cuando el zapatero volvió a su c sa, contó a su mujer todo aquello como si fuera sueño, y que por sueño lo tuvo toda su vida.

Ayuntamiento de Madrid

APUNTES DEL NATURAL

UN ACEMILERO, por S. Pumarola

COSAS DE ANTAÑO

POR EL GENERAL MADARIAGA

Cuando Carlos VIII de Francia bajó a Italia (1494) acometió la empresa con reducido ejército y poco dinero; tan poco, que en el camino se vió obligado a pedirlo y tuvo que empeñar las alhajas que le prestó la duquesa de Saboya. Su marcha, no obstante, infundió temor y sumisión en todas partes.

Voltaire hace notar que los italianos quedaron admirados al ver la artillería gruesa tirada por caballos, cuando ellos tan sólo conocían las pequeñas culebrinas de cobre tiradas por bueyes.

Es verdad que la gendarmería italiana estaba compuesta de aquellos históricos espadachines que alquilaban muy caro, y por tiempo limitado, los *condottieri*. Más caro los alquilaban aún los príncipes que aceptaban la oferta de sus peligrosos servicios.

Tomaban esos risibles guerreros los nombres más a propósito para intimidar al populacho; uno se llamaba *Corta-muslos;* otro, *Perdona-vidas;* aquél, *Saca-tripas*, y así por el estilo. Los que dirigían estas jaurías grotescas, temiendo ***tener bajas***, se limitaban a *estrechar* al enemigo de igual calaña. Así se evitaba el acto de *golpear*. Los que perdían el campo, a fuerza de pechugones, eran los vencidos. Más sangre corría en las querellas o peleas particulares que ocurrían de ordinario en las cercas de las ciudades y en las conspiraciones. Maquiavelo refiere que en la batalla de Anguiari *sólo murió un caballero..., ahogado en la apretura.* La primera guerra seria que sobrevino *espantó* a todos, y ninguno de ellos se atrevió ya a ofrecer su espada.

* * *

La víspera de la batalla de Elgueta disputaban dos oficiales del batallón en que yó servía acerca de cuál había pasado peor noche.

—Yo—exclamó uno de ellos—la he pasado horrible, lloviendo a mares en lo alto del cerro aquel maldito, y, por todo abrigo... la intemperie.

—¡Te puedes quejar!—replicó el otro—. Donde yo he estado ni siquiera había intemperie!

Ayuntamiento de Madrid

DIVULGACIONES HÍPICAS

Cómo se lleva un caballo al paso y al trote

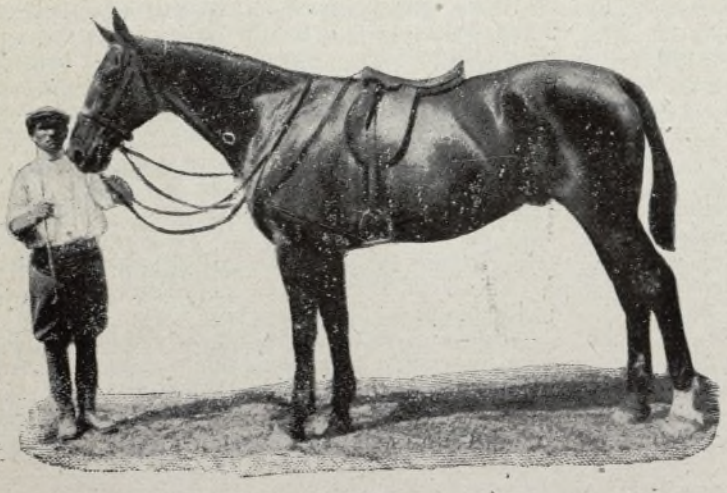
Aires de marcha

De manera algo ligera, pero suficiente a los fines que nos proponemos alcanzar con estas cuartillas, hemos dado a conocer cuanto conviene a todo jinete poseído de una buena disposición a querer compenetrarse con lo que la escuela de monta italiana significa.

Estas primeras noticias que bien pudiéramos llamar base para las futuras explicaciones, se han limitado a bosquejar sin detalle puntos esenciales contenidos en nuestros Reglamentos. Una buena y detenida lectura de ellos completarán la afirmación o afianzamiento de cuanto puede sernos útil, y lo demás vendrá mas tarde a corroborar nuestras aseveraciones, cuando palpemos por decirlo así sus beneficios.

Nos son familiares teóricamente, la manera de sentarnos sobre el caballo, colocándonos correctamente, sabemos cuando el bocado, montura y demás elementos están bien puestos, etc. y por último no ignoramos los efectos que producen en la locomoción las riendas y las piernas; ahora, y siguiendo nuestra pauta racional examinaremos los aires de marcha. Pero antes séanos permitido hacer una llamada para dar a conocer a nuestros lectores las ventajas de este método que exponemos. El mejor elogio que nosotros podíamos hacer está en sus frutos por la sencilla razón de que con 120 lecciones se logran los jinetes sólidos, decididos y conscientes a la par que aptos para poder montar cualquier caballo domado y aun hacer la doma de un potro, como acontece con los individuos del Arma de Caballería, quienes con solamente las lecciones citadas y en ocasiones menos hacen en el segundo año de su servicio en filas los trabajos de domadores de potros de remonta y compra directa, nacionales y extranjeros. Conocen las defensas más corrientes en los caballos resabiados y medios de comportarse en los diferentes casos, saltan y pasan obstáculos de manera regular y hacen pendientes de inclinación considerable, todo ello fruto únicamente de las lecciones recibidas en común juntamente con sus compañeros de reemplazo. Y conste que no citamos otros ejemplos que los que en cualquier momento son contrastables. Que nos referimos prineipalmente a lo que a aptitud física se refiere, pues la moral de un jinete depende de la que por sí propio posea en primer lugar, aumentada con la que el profesor o instructor sepa perfeccionar al educando o discípulo. El valor arrojo de un jinete consciente (fijémonos bien que contamos con los temerarios o inconscientes) pensamos que depende principalmente de sus condiciones, de sus conocimientos y de la clase de caballo que monte. Nos es preciso a nuestro modesto entender que las tres condiciones antes mencionadas existan en grado máximo para lograr excelentes resultados, lo que sí defendemos es que la falta de alguna de ellas romperá por completo la armónica colaboración de agentes indispensables para la equitación.

¿De qué sirve ser (por ejemplo) un arriesgado jinete un inteligente en materia hípica, si el semoviente no reúne condiciones para ser dedicado a determinados trabajos? ¿Se concibe mayor desatino que poner en manos de un inexperto un caballo falto de doma, o que aun estando domado pueda resabiarlo por ignorancia? Conformémonos con que el hombre aporte las dos primeras cualidades siquiera con grado medio y no exijamos más que el caballo pueda dar de sí, procurando siempre evitar un derroche inútil de energías.



División de la enseñanza

Para la debida distribución del tiempo se clasifica la enseñanza en dos partes: es primera, la que se denomina trabajo preparatorio y consta de 25 lecciones, dedicadas a aprender a subir y bajar del caballo, locaciónde l jinete, doblegamientos a pie me y en marcha con el caballo a la cuerda en círculo, y, la segunda parte, o la genuínamedte puede llamarse equitación litar, consta de 95 lecciones de las cuales conviene repartir en cuatro grupos, haciendo en 45 primeras sesiones trabajo con filete con brida 20, y, las 30 restantes, dedicadas trabajo al exterior. El volteo es una gimnasia muy conveniente que debe practicar todo jinete joven, pues proporciona soltura, fuerza y flexibilidad muscular en brazos y p

Ayuntamiento de Madrid

nas, no abusando demasiado de ella por tratarse de ejercicios muy violentos.

Del paso

Es un aire de marcha lento en el que el caballo mueve sus extremidades por bípedos diagonales sucesivamente de tal manera que siempre uno de ellos está en el aire mientras el otro pisa el terreno.

Existen según el Reglamento Táctico tres clases de paso; el corto que mide un kilómetro en 11 2.″; el ordinario que exige solamente 10'25″ para lograr hacer un kilómetro, y el largo que en 9'20″ consigue alcanzar los 1.000 metros.

Por otra parte y de manera más general marca solamente para velocidad al paso el Reglamento de Equitación la de 1.000 metros en 10'.

Bien se comprende que tanto una como otra clasificación del aire de marcha al paso no es ni puede ser rigurosamente exacta para todos los caballos si bien todas son fruto de reiteradas pruebas hechas con caballos de diferentes condiciones de alzada, longitud, peso y energía física, para que con semejantes datos se pueda en suficiente grado de exactitud hacer cuantos cálculos convenga a propósito de marchas.

Es conducta muy acertada la de talonar cada jinete al paso de su caballo siguiendo el sistema de recorrer algunos kilómetros contando el tiempo con un reloj de segundos, haciendo experiencias reiteradas que por terrenos horizontales o de poca pendiente, y sacando la media aritmética de los valores tiempo y esta será la velocidad correspondiente al caballo que se considere.

Si se cuenta con un podómetro, se deduce fácilmente también la velocidad que hace nuestro caballo por cada diez minutos por ejemplo de paso. El aparato conviene suspenderle del petral en la anilla.

Por otra parte el aire de que analizamos reune la condición aceptable de ser indispensable en las alternativas de una marcha. Sirve para proporcionar el descanso preciso al jinete y al caballo, es la gimnasia racional que le conviene a todo caballo joven o débil, y por último haciendo uso de él con frecuencia, y con caballos nerviosos y excitables, se logra un grado de tranquilidad muy estimable a la par que se llega a conseguir que el animal tranquee bien dando al tranco la extensión máxima por marchar el caballo estirado y franco.

Para conseguir que un caballo poco decidido o insuficientemente echado hacia adelante, llegue a adquirir estas cualidades, se harán frecuentes marchas al paso utilizando terreno en rampa precisamente y no en pendiente.

La razón es bien sencilla y lógica. Cuando el animal se ve obligado a descender no lo hace con decisión puesto que ha de conservar el equilibrio constantemente sin variar el aire a que vaya, contrarrestando con la colocación del cuello y cabeza el peso del resto del cuerpo, que favorecido por el terreno a marchar por sí solo, el centro de gravedad lejos de caer hacia el tercio anterior se desplaza atrás. Por el contrario cuando el caballo ha de vencer con su esfuerzo muscular el perfil de un camino en rampa, toda su energía se dirigirá hacia adelante propendiendo al mismo fin la colocación que instintivamente da a su cuello y cabeza haciendo que el centro de gravedad se traslade lo más posible hacia adelante.

Bien pronto se comprende que la insistencia en la práctica de semejantes trabajos dará su fruto en el sentido ya citado.

Pocos son los caballos a quienes en su doma se les somete a pruebas repetidas en marchas al paso y de ahí la falta de extensión en el tronco, aun en animales de gran alzada y longitud proporcionada. Cualquiera asno joven o mulo regular, avanza más al paso en igual tiempo que estos caballos a que nos referimos antes. Y no citamos de propio intento el caballo que pudiéramos llamar «rural» por que este suele andar de manera defectuosa a consecuencia de estar enseñado a marchar a paso de andadura o colado, dependido de la pericia del profesor, domador o gitano según los casos.

Las condiciones mecánicas animales, que por otra parte debe reunir el caballo en sus remos teniendo en cuenta los radios oblícuos y verticales (espalda, grupa, brazo y pierna) su longitud, dirección y también la longitud de las cañas han de ser las apropiadas para que el caballo sea «terrero» es decir qne el movimiento de manos sea hacia adelante sin elevaciones exageradas, muy vistosas y gallardas para caballos domados a la española con su centro de gravedad retrasado y que se dice bracean mucho, pero perfectamente inútiles los esfuerzos sin proporcionar ventajas en el avance.

Por lo que se refiere a la posición deljinete cuando el caballo vaya al paso, diremos que se limitará a conservar el cuerpo vertical, sin abandonarse.

Del trote

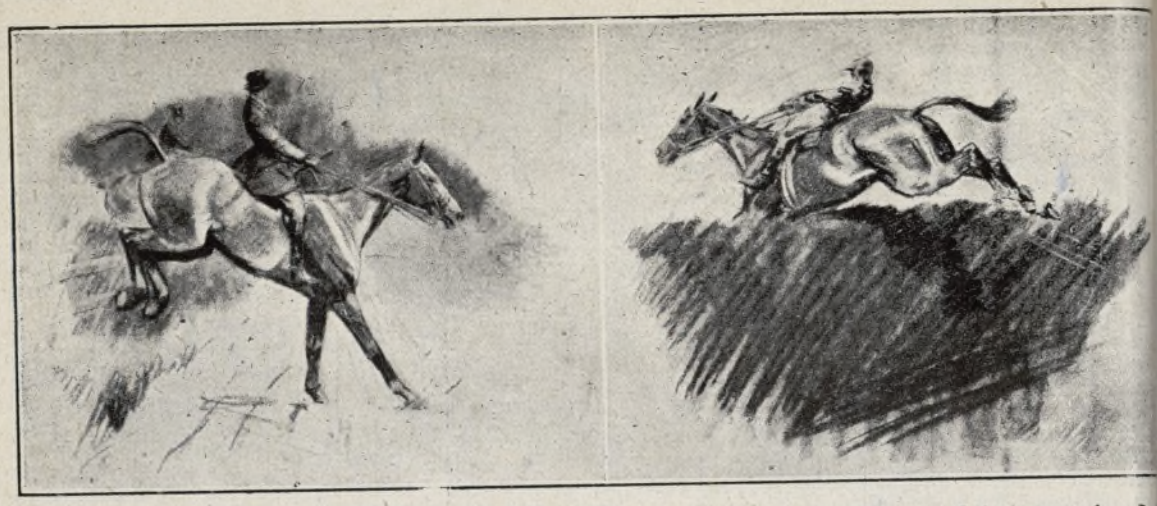
Este aire de marcha se verifica por bípedos diagonales sucesivos y rápidamente existiendo un tiempo contínuo en el cual, el caballo tiene sus extremidades en el aire.

Las clases de trote que existen admitidas según el reglamento táctico son tres: el corto, el ordinario y el largo, midiendo cada uno de ellos el kilómetro en 5'53″; 4'40″ y 4'25″. Por otra parte el reglamento de la Escuela de Equitación que es el que se practica actualmente, no reconoce más que el trote corto y el ordinario que dan un kilómetro en 5' y 4'40″ en cada caso. Excluye de manera terminante el trote largo, y concede menos tiempo por cada kilómetro en el trote corto e igual para el ordinario.

Indudablemente está en lo justo y acertado al prescribir el trote largo nuestra escuela de equitación, pues aparte de que el aire es para el jinete molesto y fatigante, el caballo soporta pocas trotadas en una marcha siquiera sea regular sin sufrir un agotamiento muscular y pulmonar prematuros, sin olvidar que por tratarse de extensiones forzadas en los remos y espaldas, sobrevienen con facilidad distensiones, relajamientos y alcances. El trote largo que para jinetes aislados no tiene grandes inconvenientes, de ninguna manera puede emplearse tratándose de tropas formadas, las que no podrían marchar con cadencia dada la diferencia de alzadas, peso y longitud de los caballos. Un trote corto y aun ordinario resuelve mejor el problema en todos sus aspectos por carecer de los inconvenientes arriba citados y principalmente porque él reserva energías en los caballos, es una línea de conducta, que debe tener siempre presente todo jinete militar pendiente de futuras contingencias dificultuosas, que solamente su mejor arma, el caballo podrá salvar en un momento determinado.

La colocación del jinete durante el movimiento del trote, es según los casos de cabalgar a la española o a ingle-

Ayuntamiento de Madrid



sa entendiendo por tales términos lo que de todos se conocido a saber que el hombre sufra seguidas las reacciones con golpes de asentaderas en la montura, o que salve una de cada dos reacciones en trancos sucesivos, elevándose cuando lo haga uno de los bípedos diagonales.

Es el aire por excelencia útil e imprescindible para marchas de alguna duración. Con éste y el paso pueden combinarse varios sistemas a seguir para lograr un rendimiento determinado en un tiempo variable con la extensión a recorrer.

En general para los cálculos de marcha, se puede admitir, que por término medio se recorre el kilómetro en diez minutos al paso, y en cinco al trote. Las marchas regulares son las que se hacen alternando diez minutos al paso con cinco al trote, o veinte al paso y diez al trote; se recorre 8 kilómetros en la hora, con 15 al paso y 15 al trote; 10 paso y 10 trote o 10 paso y 15 trote dan 9 kilómetros en la hora y por último, con 10 paso y 20 trote. salen 10 kilómetros en la hora y 5 paso y 15 trote se logran 10.600 metros.

Todo ello ha de estar de acuerdo con el perfil del terreno y las necesidades a que se apliquen las marchas. En definitiva importa saber el tiempo que hay que emplear en cada uno de los aires para lograr la velocidad deseada. Téngase en cuenta que el tiempo máximo de cada trotada no ha de pasar de veinte minutos y el mínimum de cada tiempo de paso 5 minutos. Existe una fórmula sencilla, mediante la cual queda resuelto el problema. Esta es la siguiente:

$$X = \frac{D\ 6.000}{100}$$ D, es la distancia que tratamos de recorrer, 6.000 el número de metros que se anda al paso en la hora y 100 la diferencia en metros entre el trote y el paso en un minuto.

Ejemplo: Queremos saber el tiempo que hay que trotar en la hora para alcanzar 8.000 metros en igual tiempo

$$X = \frac{8.000 - 6\,000}{100} = 20 \text{ minutos.}$$

Cuando además se quiere descontar los altos horarios, el valor a restar de *D* será el tiempo empleado al paso en 50′ o 55″ por ejemplo, según descansemos 10′ o 5′ solamente quedando como es natural aquellos tiempos para la marcha en la hora.

La fórmula es aplicable a marchas de paso y galope o trote y galope, pero lo reservamos para cuando tratemos de este aire superior.

Cuando el caballo o caballos tengan talonados los aires de paso y trote, no se hace preciso el empleo del reloj para conocer los tiempos de alternativa, pues bastará con tener en cuenta los monjones o poyos que indique la kilometración de ciertas carreteras. Solo hemos de añadir para terminar que el aire que nos ocupa es después de paso el más descansado para el caballo y particularmente el trote corto de los caballos musculados convenientemente durante su doma y después, hacen de él un móvil muy resistente y útil.

Del galope

El galope se verifica en tres tiempos y en cada uno de ellos interviene un pie, el bípido diagonal contrario y por último la mano correspondiente al diagonal del pie. Es decir que suponiendo que el caballo empieza por lanzar la mase hacia adelante soportando el peso con el pie derecho, todo el cuerpo se eleva un poco para descender enseguida sobre el pie izquierdo y la mano derecha (diagonal izquierdo), para en último caso adelantar la mano izquierda en el avance y soporte del peso. Este mecanismo repetido, pone al caballo en dirección oblícua a la derecha y entonces se dice que galopa a mano izquierda y al revés cuando la mano y pie que más adelante son los de la derecha.

Existen otras clases de galope que se denominan, desunido, trocado y falso, y que son las que a continuación se expresan.

Se dice que un caballo galopa desunido, cuando el apoyo hecho por el bípedo diagonal correspondiente en cada caso, es sustituído por el lateral de la mano a que marcha.

Trocado, cuando trabajando a mano derecha por ejemplo, galopa a la izquierda que como ya sabemos es adelantar la mano de este lado; y por último se llama galope falso, si hay retraso en el apoyo de la mano del bípedo diagonal que pisa simultáneamente.

Las velocidades del galope son tres. Según el Reglamento de la Escuela de Equitación Militar existen la ordidaria larga y carrera. En la ordinaria se andan 300 metros al minuto y el kilómetro en 3′,20″. Para la segunda 400 metros al 1′ y el kilómetro en 2′,30″, y la máxima su nombre indica.

Por otra parte el Reglamento táctico, fija la velocidad correspondiente al galope corto, ordinario y largo en 2 metros por minuto y un kilómetro en 4′,51″; 285 metros en 1′ y el kilómetro en 3′,30″; y largo 352 metros en 1′ el kilómetro en 2′,52″.

No nos explicamos como la Escuela proscribe el galope corto que si bien no es aire para ser empleado en marcha de caballería, en cambio es útil por lo que se refiere a trabajos hechos en picaderos sobre todo en la doma de cualquier clase de caballo.

J. G. SEAR

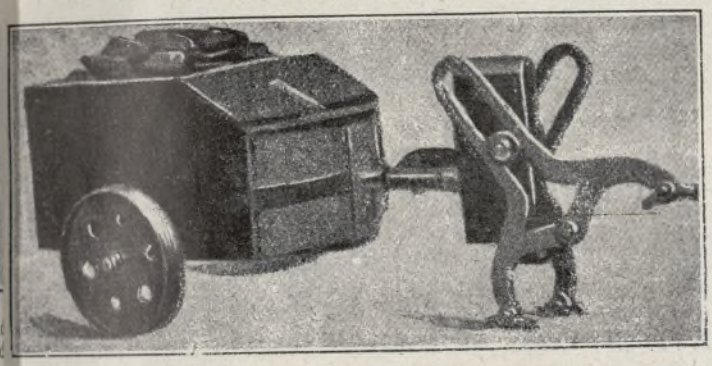
Ex-alumno de la Escuela de Equitación

Ayuntamiento de Madrid

DEL CAPÍTULO DE INVENTOS

Un automóvil que anda a zancadas

La propulsión de un vehículo se verifica en virtud de la adherencia de las ruedas en el suelo, pudiendo decirse que es una rueda dentada que gira sobre una cremallera, cuyos dientes son las asperezas del camino.



El nuevo modelo de automóvil sirve para transporte de pesos sobre terrenos accidentados. La excéntrica que mueve sus pies delanteros hace que éstos se vayan apoyando sucesivamente en el terreno y permite franquear con bastante facilidad los obstáculos.

Cuando el invento de la locomotora a sus autores les asaltó la duda de si las lisas ruedas patinarían sobre los pulidos rieles, en vez de avanzar y pusieron en las llantas de aquéllas unas bandas provistas de clavos, especie de ruedas dentadas, que engranaban en unas cremalleras colocadas en los raíles, y este mismo procedimiento fué empleado por Blenkindóp en su máquina construída en 1811.

El inventor Brunton concibió dos años más tarde una locomotora con dos piernas movibles, que, colocadas en su parte posterior, se movían alternativamente y servían de punto de apoyo al pistón, cuando una u otra afianzaba en el suelo.

Este sistema mecánico no tuvo ninguna aplicación, en vista de las experiencias ejecutadas poco tiempo después por Blackett, que demostró que la adherencia de las ruedas en los raíles era suficiente para remolcar un tren.

Desde entonces, todos los vehículos se han desplazado con sus ruedas, a pesar de la patinación que se produce algunas veces, sobre todo en la iniciación de la marcha, y que se suprime derramando un poco de arena.

En los terrenos quebrados o poco consistentes, se utiliza en la actualidad un sistema análogo al de los tanques y también ruedas de paletas como las de las piezas de artillería pesada.

El sistema del pie artificial, que toma un apoyo firme en el suelo y empuja sin rodar al coche, tiene una gran ventaja en los terrenos y caminos malos.

Ahora, en el siglo xx ha vuelto a renacer la máquina con patas de 1813, más modernizada y aplicada al automovilismo.

En la Exposición del Automóvil celebrada en Praga, se ha presentado un coche de este género.

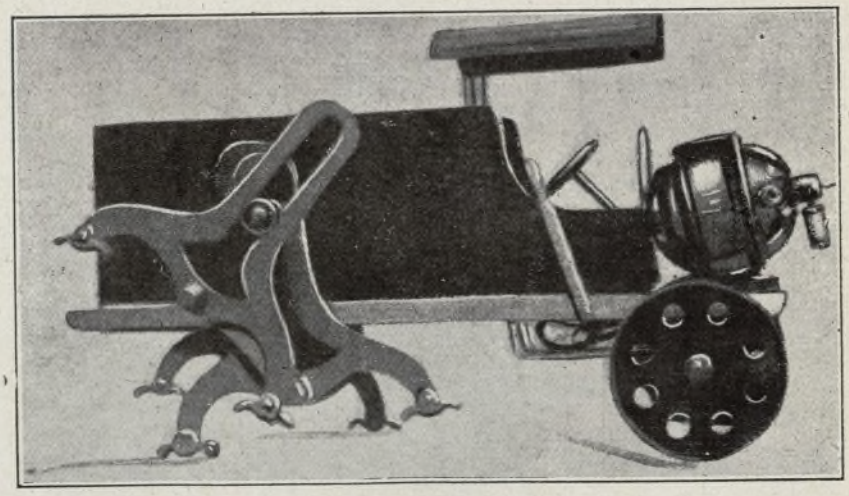
El sistema consiste, en principio, en transformar el movimiento circular de una manivela en su desplazamiento perfectamente horizontal y uniforme de los pies motores.

Este problema ha sido resuelto por el inventor M. Zboril, gracias al empleo de piezas mecánicas de movimientos simples, fáciles de cambiar cuando se desgastan por el uso.

El coche lleva un motor que hace funcionar los pies articulados por medio de un platillo-manivela.

La impulsión del coche es completamente independiente de la naturaleza del terreno, y el gasto de fuerza es, la parecer, inferior al sistema de rodaje, sobre todo si tenemos laborados, caminos arenosos y en trayectos con obstáculos.

La velocidad obtenida es la de los caballos al trote, creyéndose que no se podrá alcanzar la de un coche de turismo; pero sí la de los tractores o camiones.



La nueva forma de artificios motores se aplica también en lugar de las ruedas traseras del vehículo. El automóvil toma entonces la disposición que aparece en este grabado.

El rendimiento es lo mismo en la marcha hacia adelante como hacia atrás, y funciona intensivamente, porque el apoyo de los pies en el suelo está aminorado por unos resortes.

La aplicación de este principio se hace actualmente para equiparar camiones y entonces se podrá entrever las ventajas de estos *autos-pedestres*.

Ayuntamiento de Madrid

TÁNGER.– Vista general de la ciudad y el puerto.

LA CIUDAD DISCUTIDA

TANGER

La cuestión de Tánger vuelve a estar sobre el tapete. La decisión de Francia, concediéndose a sí misma con el hipotético refrendo del Sultán, las acciones que en el puerto debieran corresponder a alemanes y a austriacos, ha llevado la intranquilidad a la numerosa colonia española de la ciudad del Estrecho, que ve en peligro sus intereses y temen que este paso sea nuncio de un forzado alejamiento de la madre Patria.

En 8 o 9.000 almas se calcula la población española sólo en Tánger, cuyos individuos, reclutados principalmente en las costas andaluzas, constituyen con los hebreos y los relativamente poco numerosos representantes de otros pueblos, la parte activa y trabajadora de aquella capital marroquí.

Puede dividirse en tres grupos:

1.° Elemento oficial, embajada, consulado, etcétera.

2.° Familias antiguas, establecidas en el país desde remota fecha, muchos de cuyos fundadores han muerto dejando sus descendientes al frente de acreditadas casas comerciales, que son la parte más influyente de la colonia por su acendrado patriotismo, unido a su cariño por el pueblo que les vió nacer o en el que encontraron su fortuna y al que quisieran ver civilizado y próspero porque lo consideran como cosa propia, cuya lengua hablan, cuyas costumbres conocen y aman; y

3.° La gran masa de obreros y pequeños industriales, emigrados en fechas más recientes y más o menos arraigados en el país, según la fortuna les es próspera o adversa.

TÁNGER.—Una puerta típica de la ciudad.

Estos monopolizan casi todos los oficios que requieren inteligencia, dejando a los moros los de fuerza o resistencia. Los carpinteros, albañiles, herreros, etc., forman el núcleo de los obreros de las diversas fábricas que existen en las de tabacos hallan ocupación no pocas mujeres, que también se dedican al servicio doméstico, en el que son preferidas a las indígenas, ganando muy buenos salarios.

Las fondas y casas de huéspedes, casinos, círculos de recreo, cafés, tabernas, confiterías, relojerías, y, en suma, todo el pequeño comercio, se halla invadido por nuestros compatriotas. En los grandes establecimientos y almacenes, aunque sean de extranjeros o judíos, par de los letreros inglés, francés, etc., están los anuncios en castellano, y los dependientes todos hablan nuestra lengua, porque o son españoles, o gibraltarinos, o hebreos europeizados, que son siempre algo españoles, pues descienden de los que fueron expulsa-

Ayuntamiento de Madrid

de nuestro suelo, cómo se advierte en su hablar semejante al de nuestros antiguos romances.

Entre las fundaciones españolas en Tánger descuella, en primer término, la misión de frailes Franciscanos, con una iglesia bastante grande y bonita, casa-convento en la ciudad y en el monte, donde hay también una capilla a la que acuden a oir misa las familias de los pudientes que veranean en las suntuosas fincas de las pintorescas afueras de la ciudad. Pocos moros o judíos han catequizado los frailes españoles, pero con su conducta irreprensible, la escuela, cocinas de caridad y otras ocupaciones propias de su ministerio contribuyen a sostener el buen nombre de España.

Es importante también el hospital, situado extramuros, en una bonita barriada. Está servido por los médicos españoles y hermanas de la caridad; se da asistencia, lo mismo a cristianos que a moros, cuando éstos quieren, y en sus clínicas han estudiado algunos. Asimismo hay un médico titular que asiste gratuítamente a los pobres, que gratis también obtienen los medicamentos en la botica española.

Españoles son muchos de los que tienen el comercio al por mayor de importación de vinos, ropas, calzado, muebles y toda clase de artículos para uso de los europeos; de telas, loza, armas, azúcar, té, café, velas, maderas y otros artículos para los indígenas, de exportación en gran escala; de lanas, cueros sin labrar, granos, ganado vacuno y huevos (especialmente de estos últimos géneros para Gibraltar y Andalucía).

TÁNGER. Escenas de la calle.

Entre éstos ndustriales se recuerda a Frasquito el Sevillano que de humilde marinero, llegó a ser acaudalado propietario y uno de los más importantes exportadores de huevos para Cádiz y Málaga; los hermanos Atalayas, familia antiquísima que tiene ramificaciones en toda la costa y en el interior, como los Ruiz, los Orive, Masas, Sastre, exportadores de carne y reses, y otros muchos que por su respetabilidad hacen olvidar la multitud de aventureros que, con nombres españoles o extranjeros, nunca faltan en Marruecos.

Gómez Hidalgo, en una de sus brillantes crónicas, ha descrito así el alma de la ciudad discutida.

TÁNGER.—Escenas de la calle.

Como Tetuán, la ciudad indígena de Tánger conserva su carácter berberisco, sus calles estrechas y mal empedradas, sus sórdidos reducidos tenduchos moros; mas, ¡oh!, a su vera, como protegiéndolos, están altas, gentiles, espaciosas, las viviendas europeas, obra de la invasión cristiana, que ha sacado la ciudad de entre sus murallas... Por las calles continúan ambulando los moros principales, envueltos en sus blancas chilabas; los rifeños montañeses, con sus caras barbudas tostadas, rapadas las cabezas, con su mechón de pelo abandonado al aire; las berberiscas campesinas, con el rostro escondido, tocada la cabeza con sombreros de paja de alas descomunales; los judíos, que aún tienen el valor de las vestiduras de su casi olvidado pasado, con sus hopalandas sombrías... Pasan también los moros negros y los moros blancos, todos formando en un abigarradísimo conjunto muy original... Pero junto a estos vestigios vivientes de un pasado, cuyo misterio ya está roto, entremezclándose y confundiéndose en tráficos y negociaciones constantes, están el varón y la dama europea, con sus idiomas, con sus costumbres, con sus vestimentas, siempre acomodadas a la moda última...

En la más amplia plaza de la ciudad—el Zoco de Arriba, vecino al grandote, silvestre cementerio musulmán—celébrase dos veces por semana, jueves y domingos, mercado moro. Es, aunque la presencia de los cristianos lo profana, una de las notas

Ayuntamiento de Madrid

típicas que aún palpitan: griterío ensordecedor, riqueza de colorido, visión de luz, que llevara Fortuny a un lienzo. Adrentrado entre moros y moras; aturdido por sus gritos guturales en árabe, que no comprendo, dijérase el cristiano transplantado a un mundo de leyenda, incivilizado... Pero tampoco la impresión dura mucho. Del Zoco de Arriba—que otros denominan por la amplitud de la plaza, Zoco Grande—, por la calle de Los Siaguin, que es la principal de la ciudad, con sus reducidos tenduchos moros y las tiendas de los judíos y los amplios modernísimos comercios españoles y fran ses, siempre confundidos, bájase rápidamente Zoco Chico... Es una plaza rectangular, peque donde está el Casino Español, y donde casi to los establecimientos son cafés... Es el centro de r nión de los europeos, donde concurren tamb los moros principales y los judíos humanizado Es el mentidero de la ciudad... Es balanza para almas, donde, por lo común, llegan siempre primeras noticias de la España lejana, ritmo a c compás todos los corazones se elevan y palpi

EL BILLETE BOLCHEVIQUE

La vida en Rusia se hece imposible. El cólera y el hambre causan todos los días millares de víctimas. El pan cuesta 3.000 rublos la libra. Es decir, una cantidad que cuando la moneda rusa estaba a la par significaba la enorme suma de 12.000 pesetas. Hoy no es así. En Rusia ya no hay más que papel moneda, y el papel moneda carece de valor. Los Soviets tienen necesidad de dinero, y para fabricarlo no hacen sino imprimir sobre papel. Cada día emite billetes por valor de centenas de miles de rublos. Estos billetes, por no llevar, no llevan ni siquiera número de orden. Como no cuestan más que los gastos de tirada, no tienen valor verdadero, y así un billete de 10.000 rublos, como el que representa este grabado, y que tiene un valor nominal de 40.000 pesetas, apenas si llega a alcanzar ser cambiado por 50 pesetas en metálico.

El billete de 10.000 rublos (valor nominal de 40.000 pesetas) de la Rusia bolchevique, que apenas llega a valer 30 pesetas al precio de cambio, tiene de dimensiones 17 centímetros de largo por 12,5 de alto, y está impreso en los colores verde y rojo.

Los billetes rusos parecen, más que billetes, prospectos de propaganda que ostentan en seis idiomas, en ruso, en francés, en alemán, en italiano, en chino y en árabe, esta divisa: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

La unidad monetaria hoy en Rusia es el billete de 1.000 rublos. Así que los precios de los objetos y comestibles son fantásticos. El servicio de barbe cuesta 500 ó 600 rublos; una carrera en coche, 3. rublos; una taza de té, 100 rublos; 250 rublos esa taza de té se le añade un poco de leche; por pastel se llegan a dar 700 y 800 rublos.

Verdad es que los pasteles, como todo sínto de lujo, se hal prohibidos Moscou; pero es menos cie que esta pr bición ha at do la espec ción en tal ma, que la úl ocupación ruso es hoy venta, la com y el cambio, también es prohibidos. estado ruso d subvenir a to las necesida de los individu pero como no sucede, que buscar c destinamente que hace fal así el campes oculta su t para fabricar pan que venderá luego a precios exorbitantes lo mismo sucede con todo. Esto da lugar los corredores que exponen su vida desob ciendo las órdenes de los Soviets en este pu

Y sucede que, aunque no perciben más una modesta comisión de un 2 por 100, hay q gana 600.000 rublos por mes, lo que supone manejo de fondos de 30.000.000 de rublos.

Ayuntamiento de Madrid

ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES

El mérito de las hojas toledanas, flexibles como la hoja de una palma, que se doblan y no se quiebran, consiste en el temple del acero.

Según parece, los maestros toledanos escogían para la operación de temblar, la noche cerrada y la oscuridad completa; no porque fuesen misteriosas— como decía y creía el vulgo,—sino porque los espaderos necesitaban aquella oscuridad para distinguir con firmeza los puntos fijos de calor marcados en el hierro, sujeto a la acción directa del fuego, y para conocer bien los colores cereza madura, cereza rojo claro y rosa, antes de la inmersión de la hoja en el agua de templar.

Aun cuando los artífices de Toledo no emplearon procedimiento misterioso alguno en la operación del temple, se aprovecharon sin embargo del misterio para sacar partido de él haciéndole base de su crédito, por lo cual ellos mismos esforzaban las hablillas del vulgo. Para medir el tiempo del sumergido, a falta de relojes, cantaban o rezaban los antiguos cuchilleros, oraciones, fórmulas y a veces invocaciones extravagantes y sin sentido.

***

La palabra *alifara*, que procede del árabe *alhifara*, precio, sirve para designar la costumbre que había en Aragón de solemnizar los contratos por medio de una comida.

Esto mismo acontecía en Castilla, donde recibía el nombre de *alboroque*, cuyo origen es también árabe (*altaraca*, aumento).

Sin embargo, en Castilla no tuvo nunca la importancia que le dieron los aragoneses, donde se consignaba la obligación a que se sometía el comprador de ofrecer una comida o convite al vendedor, constituyendo en cierto modo la toma de posesión.

Llegó hasta tal punto esta costumbre, que si no se consignaba en la escritura, era rescindible el contrato.

***

Cuando los franceses empezaron a pintar figuras en las cartas de la baraja, trataron de representar en las figuras grandes personajes históricos. Este fué el origen de los cuatro reyes, representaciones de David, Alejandro, César y Carlomagno, simbolizando las cuatro monarquías más importantes según el juicio de aquella época, Israel Grecia, Roma y Francia. En muchas barajas francesas antiguas, aparecen los reyes con los trajes atributos que corresponden a los cuatro soberanos representados.

Del mismo modo las cuatro damas de la baraja francesa representan a Juana de Arco, María de Anjou, Inés Sorel e Isabel de Baviera.

***

El rey de España, cuando viaja de incógnito en el extranjero, usa el título de conde de Toledo. El emperador de Austria viaja como conde de Hohenembs; el rey de Italia como conde de Pollenzo; el de Portugal, como conde de Barcelles, y el rey de Suecia, como conde de Haga.

***

El uso del águila con una sola cabeza como insignia del imperio es muy antiguo. Practicáronle al principio los persas; después poco a poco se fué comunicando a los romanos, los cuales al principio variaban, tomando por blasón en sus estandartes, ya lobos, ya leopardos, ya águilas, según placía a cada general, hasta que en el segundo año del consulado de Mario se estableció el águila, como insignia constante del imperio, y armas romanas. Muchos siglos después se hizo el águila de dos cabezas blason general de todos los emperadores romanos.

***

Las hojas de los árboles son los mejores conductores de electricidad que se conocen. Muchas de ellas tienen escotaduras en el eje, y cada uno de estos puntos es un poderoso elemento para atraer la electricidad del aire y para transportarla a la tierra.

Una sola yerba se dice que atrae tres veces más electricidad que una aguja, y un ramo de hojas atrae mejor la electricidad que el pararrayos más perfecto.

Los árboles llevan constantemente electricidad de la tierra al aire y del aire a la tierra.

***

Antiguamente cuando el Rey de Siam quería arruinar a alguno de sus súbditos, le regalaba un elefante blanco.

El animal sagrado era desde aquel momento el verdadero dueño y señor de su supuesto amo, al cual le costaba una fortuna mantenerlo, así como a sus servidores y sacerdotes.

El elefante podía destruir a capricho la casa, las haciendas y los campos de su desgraciado dueño. Este no tenía manera de intervenir, ni de impedir los destrozos, porque era sacrilegio horrible contrariar en lo más mínimo los caprichos de un elefante blanco y por lo tanto divino.

Desde entonces, cuando alguna persona posee un objeto de lujo o de valor, que resulta muy oneroso pero es difícil de ceder, se dice que tiene un elefante blanco.

Ayuntamiento de Madrid

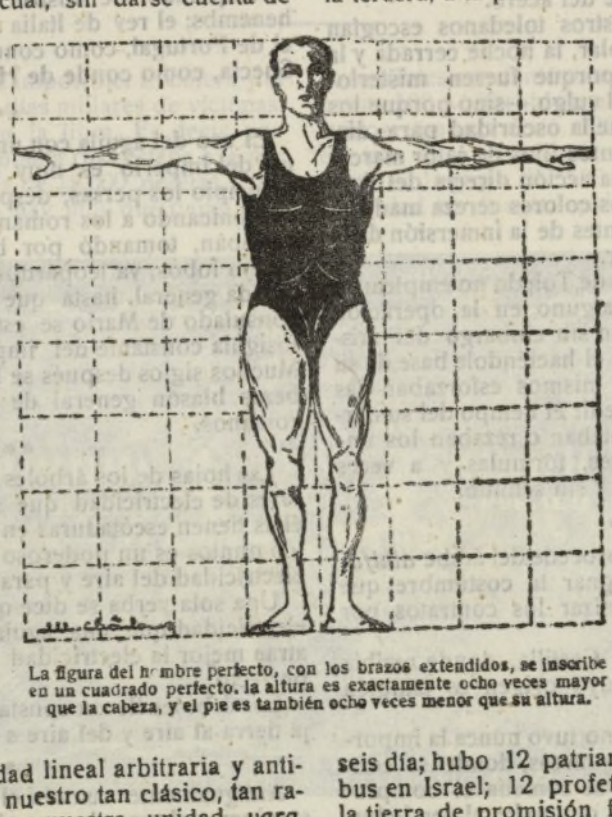
DIVERTIMIENTOS MATEMÁTICOS

Las maravillas del número 12

Si a los matemáticos y astrónomos de la antigüedad, se les hubiera encargado de la formación de un sistema de numeración razonable, conveniente y de acuerdo con la naturaleza, hubieran adoptado seguramente el *duodecimal* y no el decimal; puesto que no sólo hubieran seguido los dictados de las leyes porque se rige el Universo, que en todas ellas va impreso el coeficiente y módulo 12 y sus múltiplos y divisores, sino porque éstos en aquél son el 2, el 3, el 4 y el 6, es decir *cuatro* y en el 10 no hay más que *dos*: el 2 y el 5.

Esta es la razón por la cual, sin darse cuenta de ello, ha sentido siempre el hombre una fuerza irresistible y agrupar las cosas por docenas; y es que en el número 12 existen condiciones científicas, naturales y providenciales, de que carecen los demás números, como vamos a demostrar.

En todos los pueblos antiguos y modernos, tanto salvajes como civilizados, el hombre ha empleado, emplea y empleará para sus medidas ya reglamentadas, ya de momento, sus dedos, manos, pies, brazos y pasos. Esto es instintivo; nosotros mismos los españoles, a pesar de la humillación que hemos sufrido, dejándonos imponer servilmente por Francia y por la tiranía de gobiernos afrancesados, al adoptar el sistema métrico suyo, con una unidad lineal arbitraria y antinatural, despreciando al nuestro tan clásico, tan racional, tan científico, con nuestra unidad *vara*, tomada de la misma naturaleza; siempre hemos llamado, llamamos y llamaremos a las longitudes manuales, *dedo*, *pulgada*, *cuarta*, *palmo*, *jeme*, *codo*, *brazo*, *pié*, *paso*, mal que les pese a los afrancesados, porque las manos, los brazos, los pies, los dedos, las piernas, son los órganos expresivos y ejecutivos de la memoria, del entendimiento y de la voluntad humana.



La figura del hombre perfecto, con los brazos extendidos, se inscribe en un cuadrado perfecto. la altura es exactamente ocho veces mayor que la cabeza, y el pie es también ocho veces menor que su altura.

La estatura del hombre bien formado, y en la que se inspira el bello ideal del Arte, es igual a seis veces el largo de su pie, y a ocho veces la longitud de su cabeza. El pie geométrico tomado del pie medio del hombre, es igual a doce de sus pulgadas o a dieciséis de sus dedos. Desde la punta del llamado del corazón al codo, desde aquí a la mitad del pecho, es igual la longitud; desde la raíz del pelo a la punta de la barba, de aquí al esternón, aquí al ombligo, de ahí a las ingles, de ahí a las rodillas, de éstas al fin de la pantorrilla y de éstas a la planta del pie, hay siempre igual magnitud, de dedos.

Un hombre con los brazos extendidos, puede inscribirse en un cuadrado perfecto, en razón a que el ancho que ocupa es igual a su altura. Su cabeza está dividida en cuatro partes iguales; la primera, desde el nacimiento del pelo hasta la mitad de la frente; la segunda, hasta la línea de los lagrimales; y la cuarta, hasta la tercera, a la punta de la nariz; y la cuarta, hasta la barba. La nariz y la oreja son de la misma longitud y a la misma altura, comprendida entre dos líneas paralelas. Tenemos 24 vértebras y 12 costillas...

De modo que el hombre tiene impresos en sus mismas proporciones corporales, los factores 2, 3, 4 y 6, es decir los del número 12; de aquí esa simpatía congénita por todo lo decimal; pues no ve en su cuerpo más que una perfecta regularidad armónica modulada decimalmente.

Como si no fuera bastante esta simpatía mirando a nuestro cuerpo, miremos a nuestra Santa Religión que nos lo confirma; pues vemos a las Sagradas Escrituras que nos dicen: que el Mundo fué creado por Dios en seis día; hubo 12 patriarcas antidiluvianos; 12 tribus en Israel; 12 profetas menores y 4 mayores; la tierra de promisión fué dividida en 12 partes; nuestro Divino Redentor eligió 12 apóstoles para la conquista del mundo. El evangelista San Juan pinta a la Jerusalén celestial, como una ciudad cuadrada, que tiene 12.000 estadios por lado, con 12 puertas y 12 sendos ángeles para custodiarlas día y noche; la altura de sus murallas de 144 codos (cuadrado de 12). El trono del Altísimo con 12 ancianos a la diestra y 12 a la siniestra. El número de los escogidos es de 144.000 repartidos en 12 tribus de 12.000 cada una. El árbol de la vida, en medio de la plaza, produce 12 frutos, uno cada mes.

Cuando nos ponemos en movimiento al dar cada paso mesurado y acompasado, dejamos entre el talón del pie que avanza y la punta del que queda atrás un espacio igual a la longitud del mismo pie; luego a cada paso dejamos una huella de tres pies

Ayuntamiento de Madrid

es decir, una vara; y para marchar con mayor seguridad, más apoyo y menor esfuerzo, buscamos un bastón o palo en donde apoyar la palma de la mano que dista del suelo, precisamente la mitad de nuestra estatura, es decir, tres pies una vara.

El astrónomo árabe toledano Arzaquel, observó en su ciudad natal en 1061 y 1080, y midió astronómicamente un cuarto del meridiano de Toledo y obtuvo 12.000.000 de varas o medias estaturas humanas (1); cálculos que comprobó el también toledano Alfonso X el Sabio, para confirmar y ordenar como unidad legal y natural a la vara castellana. Sí; señores afrancesados dicha vara es exactamente la docemillonésima parte del cuadrante del meridiano de Toledo, y no como vuestro metro, que *no es* la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano de París, como erróneamente estáis creyendo. Las últimas mediciones geodésicas han dado para este 10.001.852 metros; luego es una unidad arbitraria y no de la Naturaleza.

Dejémonos llevar de la fantasía científica. Supongamos la posibilidad de alinear con una misma orientación a 24.000.000 de hombres con los brazos extendidos y ellos abrazarán cerrando el circuito, a todo un círculo máximo de la esfera terrestre, que tiene 48.000.000 de varas castellanas o sean mitades de la altura media del hombre, que comprende 48 dedos.

La menor distancia de la tierra al Sol, consta de 12.000 diámetros terrestres; su término medio es de 18.000; el radio de la eclíptica es de 24.000 (en el afelio de 36.000), y el perímetro de dicha órbita 144.000 diámetros terrestres, número igual en leguas castellanas al radio del Sol. Siendo el diámetro de este 288.000 leguas, dividiéndolas por 12 dá 24.000, número igual en radios de la tierra al radio de su órbita.

Y continuando en estas sorpendentes armonías, observaremos: que comenzando un arco de la tierra en la duodécima parte de un dedo, termina su circunferencia en un múltiplo duodecimal de la estatura humana.

(1) Dedujo también Arzaquel la oblicuidad de la eclíptica, 23°34; halló para la precesión de los equinocios 49 '5 casi los 50" que obtuvo Hipazco (el primero en descubrir ese movimiento del eje de la Tierra), y formó las tablas astronómicas, conocidas por *tablas toledanas*, que más arde sirvieron de base a Alfonso el Sabio (antes de subir al trono), en colaboración con otros astrónomos, moros y udíos, que reunió en Toledo, para calcular otras tablas de nayor precisión llamadas *Alfonsinas*, que todavía se consultan en los observatorios.

Los astrónomos modernos han dado los nombres de *Alfonso el Sabio* y *Arzaquel*, a dos de las montañas de la una ¡Cuántos toledanos ignorarán que la Ciencia ha sublimado a dos sabios paisanos suyos, y los ha colocado en *as cuevas de la Luna*! Nacidos en el riñón de la *obscurantista* España, en plena Edad Media, edad llamada de *barbarie*.

Esos dos providenciales divisores 12 y 48, multiplicados entre sí, dan 576, número igual al cuadrado de veinticuatro horas que emplea la tierra en su movimiento de rotación; y dicho número es, a su vez, la raíz cuadrada que sirve para determinar el perímetro de la eclíptica en la que 48.000.000 de leguas, forman el término medio de la distancia de la tierral al Sol; por aquella ley astronómica que dice: *Los cuadrados de los tiempos del movimiento de rotación de los planetas, multiplicados por los cuadrados de sus velocidades, son iguales a los ejes menores de sus respectivas órbitas, y a los radios o sextas partes de su circuito.*

Y la eclíptica dividida en doce partes por los astrónomos caldeos, no caprichosamente, sino por estar circundada de doce constelaciones equidistantes, que determinan los doce meses del año, fueron los primeros en adoptar por esta causa la división sexagimal de la circunferencia.

Y si rebuscamos más en la ciencia geográfica, tropezaremos a cada paso, con el admirable número 12 y sus divisores y múltiplos.

La inclinación del eje de la tierra sobre su órbita es de 66° 2/3; el grado contiene 66 $\frac{2}{3}$ 3 millas = 666 2/3 estadios = 66.666 2/3 estaturas humanas.

El perímetro de la eclíptica, dividida por el cuadrado de veinticuatro horas = 666.666 2/3.

El cuadrado de 365 d 5 h 48′ 48″ 31‴, tiempo que la tierra tarda en recorrer la eclíptica, es de 133 . 333 $\frac{1}{3}$ El grado terrestre = 133.333 $\frac{1}{3}$ varas; el de la eclíptica 133.333 $\frac{1}{3}$ jornadas. La legua tiene 12.000 codos comunes. La distancia de la Tierra al Sol en su perihelio es de 12.000 diámetros terrestres.

Dividiendo 2.880.000 leguas del movimiento de rotación de la Tierra en su revolución periódica, por las 210 carreras equivalentes a la revolución diurna da de cociente 12.000. El diámetro del Sol = 288.000 leguas, dividido por las veinticuatro horas del día = 12.000. La circunferencia de la Tierra = 12.000.000 de pértigas (una pértiga 8 codos comunes). La semi circunferencia 12.000.000 estaturas humanas. El cuadrante del meridiano terrestre = 12.000.000 de varas.

La Tierra emplea en su revolución diurna, veinticuatro horas = 240 carreras = 24.000 millas = 240 estadios = 24.000.000 estaturas humanas.

Y a qué seguir cansando más al lector con estas cábalas y lucubraciones. Resumiendo diré, para concluir: que el sistema duodecimal dimana de las leyes que Dios impuso a la obra de la creación; en las que el hombre último fin de ella, resulta la *unidad* de las medidas de la Tierra, y ésta, *unidad* de las medidas del Universo; y que el número 12 es un coeficiente divino que nos afecta por todas partes; admiremos, pues, las *maravillas del número 12*.

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO

Ayuntamiento de Madrid

LA PROMESA

por GUSTAVO A. BECQUER

I

Margarita lloraba con el rostro oculto entre las manos; lloraba sin gemir, pero las lágrimas corrían silenciosas a lo largo de sus mejillas, deslizándose por entre sus dedos para caer en la tierra hacia la que había doblado su frente.

Junto a Margarita estaba Pedro, quien levantaba de cuando en cuando los ojos para mirarla, y viéndola llorar tornaba a bajarlos; guardando a su vez un silencio profundo.

Y todo callaba alrededor y parecía respetar su pena. Los rumores del campo se apagaban; el viento de la tarde dormía, y las sombras comenzaban a envolver los espesos árboles del soto.

Así transcurrieron algunos minutos, durante los cuales se acabó de borrar el rastro de luz que el sol había dejado al morir en el horizonte; la luna comenzó a dibujarse vagamente sobre el fondo violado del cielo del crepúsculo, y unas tras otras fueron apareciendo las mayores estrellas.

Pedro rompió al fin aquel silencio angustioso, exclamando con voz sorda y entrecortada y como si hablase consigo mismo:

—¡Es imposible... imposible!

Después acercándose a la desconsolada niña y tomando una de sus manos, prosiguió con acento más cariñoso y suave:

—Margarita, para ti el amor es todo, y tú no ves nada más allá del amor. No obstante, hay algo tan respetable como nuestro cariño, y es mi deber. Nuestro señor el conde de Gómara, parte mañana de su castillo para reunir su hueste a las del rey Don Fernando, que va a sacar a Sevilla del poder de los infieles, y yo debo partir con el conde. Huérfano oscuro, sin nombre y sin familia, a él le debo cuanto soy. Yo le he servido en el ocio de las paces, he dormido bajo su techo, me ha calentado en su hogar y he comido el pan a su mesa. Si hoy le abandono, mañana sus hombres de armas, al salir en tropel por las poternas de su castillo, preguntarán maravillados de no verme:—¿Dónde está el escudero favorito del conde de Gómara? Y mi señor callará con vergüenza, y sus pajes y sus bufones dirán en son de mofa:—El escudero del conde no es mas que un galán de justas, un lidiador de cortesía.

Al llegar a este punto, Margarita levantó sus ojos llenos de lágrimas para fijarlos en los de su amante, y removió los labios como para dirigirle la palabra; pero su voz se ahogó en un sollozo,

Pedro, con acento aun más dulce y persuasivo, prosiguió así:

—No llores, por Dios, Margarita; no llores, porque tus lágrimas me hacen daño. Voy a alejarme de ti; mas yo volveré después de haber conseguido poco de gloria para mi nombre oscuro.

El cielo nos ayudará en la santa empresa; conquistaremos a Sevilla, y el rey nos dará feudos en riberas úel Guadalquivir a los conquistadores. Entonces volveré en tu busca y nos iremos juntos a habitar en aquel paraíso de los árabes, donde dicen que hasta el cielo es más limpio y más azul que de Castilla.

Volveré, te lo juro, volveré a cumplir la palabra solemnemente empeñada el día en que puse en tus manos ese anillo, símbolo de una promesa.

—¡Pedro!—exclamó entonces Margarita dominando su emoción y con voz resuelta y firme.—Ve, ve a mantener tu honra; y al pronunciar estas palabras se arrojó por última vez en brazos de su amante. Después añadió con acento más sordo y conmovido:—Ve a mantener tu honra, pero vuelve... vuelve a traerme la mía.

Pedro besó la frente de Margarita, desató su caballo, que estaba sujeto a uno de los árboles del soto, y se alejó al galope por el fondo de la alameda.

Margarita siguió a Pedro con los ojos hasta que su sombra se confundió entre la niebla de la noche y cuando ya no pudo distinguirle, se volvió lentamente al lugar, donde la aguardaban sus hermanos.

—Ponte tus vestidos de gala—le dijo uno de ellos al entrar,—que mañana vamos a Gómara con todos los vecinos del pueblo para ver al conde que parte marcha a Andalucía.

—A mí más me entristece que me alegra ver ir a los que acaso no han de volver—respondió Margarita con un suspiro.

—Sin embargo— insistió el otro hermano,— has de venir con nosotros y has de venir compuesta y alegre: así no dirán las gentes murmuradoras que tienes amores en el castillo y que tus amores se van a la guerra.

II

Apenas rayaba en el cielo la primera luz del alba, cuando empezó a oirse por todo el campo de Gómara la aguda trompetería de los soldados

Ayuntamiento de Madrid

conde, y los campesinos que llegaban en numerosos grupos de los lugares cercanos vieron desplegarse al viento el pendón señorial en la torre más alta de la fortaleza.

Unos sentados al borde de los fosos, otros subidos en las copas de los árboles, éstos vagando por la llanura, aquéllos coronando las cumbres de las colinas, los de más allá formando un cordón a lo largo de la calzada, ya haría cerca de una hora que los curiosos esperaban el espectáculo, no sin que algunos comenzaran a impacientarse, cuando volvió a sonar de nuevo el toque de los clarines, rechinaron las cadenas del puente, que cayó con pausa sobre el foso, y se levantaron los rastrillos, mientras se abrían de par en par y gimiendo sobre sus goznes las pesadas puertas del arco que conducía al patio de armas.

La multitud corrió a agolparse en los ribazos del camino para ver más a su sabor las brillantes armaduras y los lujosos arreos del séquito del conde de Gómara, célebre en toda la comarca por su esplendidez y sus riquezas.

Rompieron la marcha los farautes, que deteniéndose ne trecho de trecho, pregonaban en alta voz y son de caja las cédulas del rey llamando a sus feudatarios a la guerra de moros, y requiriendo a las villas y lugares libres para que diesen paso y ayuda a sus huestes.

A los farautes siguieron los heraldos de corte, galanos con su casullas de seda, sus escudos bordados de oro y colores y sus birretes guarnecidos de plumas vistosas.

Después vino el escudero mayor de la casa, armado de punta en blanco, caballero sobre un potro torcillo, llevando en sus manos el pendón de ricohombre con sus motes y sus calderas, y al estribo siniestro el ejecutor de las justicias del señorío, vestido de negro y rojo.

Precedían al escudero mayor hasta una veintena de aquellos famosos trompeteros de la tierra llana, célebres en las crónicas de nuestros reyes por la increíble fuerza de sus pulmones.

Cuando dejó de herir al viento el agudo clamor de la formidable trompetería, comenzó a oírse un rumor sordo, compasado y uniforme. Eran los peones de la mesnada, armados de largas picas y provistos de sendas adargas de cuero. Tras éstos no tardaron en aparecer los aparejadores de las máquinas con sus herramientas y sus torres de palo, las cuadrillas de escaladores y la gente menuda del servicio de las acémilas.

Luego, envueltos en la nube de polvo que levantaba el casco de sus caballos, y lanzando chispas de luz de sus petos de hierro, pasaron los hombres de armas del castillo formados en gruesos pelotones, que semejaban a los lejos un bosque de lanzas.

Por último, precedido de los timbaleros que montaban poderosas mulas con gualdrapas y penachos rodeado de sus pajes que vestían ricos trajes de seda y oro, y seguido de los escuderos de su casa, apareció el conde.

Al verle, la multitud levantó un clamor inmenso para saludarle, y entre la confusa vocería se ahogó el grito de una mujer, que en aquel momento cayó desmayada y como herida de un rayo en los brazos de algunas personas que acudieron a socorrerla. Era Margarita, Margarita que había conocido a su misterioso amante en el muy alto y muy temido señor conde de Gómara, uno de los más nobles y poderosos feudatarios de la corona de Castilla.

III

El ejército de Don Fernando, después de salir de Córdoba, había venido por sus jornadas hasta Sevilla, no sin haber luchado antes en Écija, Carmona y Alcala del Río de Guadaira, donde una vez expugnado el famoso castillo, puso los reales a la vista de la ciudad de los infieles.

El conde de Gómara estaba en la tienda sentado

Ayuntamiento de Madrid

en un escaño de alerce, inmóvil, pálido, terrible, las manos cruzadas sobre la empuñadura del montante y los ojos fijos en el espacio, con esa vaguedad del que parece mirar un objeto, y sin embargo no ve nada de cuanto hay a su alrededor.

A un lado y de pie, le hablaba el más antiguo de los escuderos de su casa, el único que en aquellas horas de negra melancolía hubiera osado interrumpirle sin atraer sobre su cabeza la explosión de su cólera.—¿Qué tenéis, señor?—le decía—¿Qué mal os aqueja y consume? Triste vais al combate, y triste volvéis, aun tornando con la victoria, Cuando todos los guerreros duermen rendidos a la fatiga del día, os oigo suspirar angustiado; y si corro a vuestro lecho, os miro allí luchar con algo invisible que os atormenta. Abrís los ojos, y vuestro terror no se desvanece. ¿Qué os pasa, señor? Decídmelo. Si es un secreto, yo sabré guardarlo en el fondo de mi memoria como en un sepulcro.

El conde parecía no oír al escudero; no obstante, después de un largo espacio y como si las palabras hubiesen tardado todo aquel tiempo en llegar desde sus oídos a su inteligencia, salió poco a poco de su inmovilidad, y atrayéndole hacia sí cariñosamente, le dijo con voz grave y reposada.

—He sufrido mucho en silencio. Creyéndome juguete de una vana fantasía, hasta ahora he callado por vergüenza, pero no, no es ilusión lo que me sucede.

Yo debo hallarme bajo la influencia de una maldición terrible. El cielo o el infierno deben de querer algo de mí, y lo avisan con hechos sobrenaturales.

¿Te acuerdas del día de nuestro encuentro con los moros de Nebrija en el aljarafe de Triana? Éramos pocos; la pelea fué dura, y estuve a punto de perecer. lo viste: en lo más re del combate, mi caballo rido y ciego de furor se cipitó hacia el grueso de hueste mora. Yo pugnab balde por contenerle; las r das se habían escapado de manos, y el fogoso animal rría llevándome a una mu segura.

Ya los moros, cerrando escuadrones, apoyaban en rra el cuento de sus larga cas para recibirme en una nube de saetas silbab mis oídos; el caballo esta algunos pies de distancia muro de hierro en que mos a estrellarnos, cuan créeme, no fué una ilusió una mano que agarrándo la brida lo detuvo con fuerza sobrenatural, y volv dole en dirección a las filas de mis soldados, salvó milagrosamente.

En vano pregunté a unos y otros por mi salva nadie le conocía, nadie le había visto.

—Cuando volabais a estrellaros en la muralla picas—me dijeron—ibais solo, completamente por eso nos maravillamos al veros tornar, sabien que ya el corcel no obedecía al jinete.

—Aquella noche entré preocupado en mi tie quería en vano arrancarme de la imaginación cuerdo de la extraña aventura; más al dirigirm lecho, torné a ver la misma mano, una mano mosa, blanca hasta la palidez, que descorrió las tinas, desapareciendo después de descorrerlas. de entonces, a todas horas, en todas partes, viendo esa mano misteriosa que previene mis seos y se adelanta a mis acciones. La he visto, a pugnar el castillo de Triana, coger entre sus d y partir en el aire una saeta que venía a herirm he visto, en los banquetes donde procuraba ah mi pena entre la confusión y el tumulto, escan el vino en mi copa, y siempre se halla delant mis ojos; y por donde voy me sigue: en la tie en el combate, de día, de noche... Ahora mis mírala, mírala aquí apoyada suavemente en hombros.

Al pronunciar estas últimas palabras, el cond puso de pie, y dió algunos pasos como fuera d y embargado de un terror profundo.

El escudero se enjugó una lágrima que corría sus mejillas. Creyendo loco a su señor, no insis sin embargo, en contrariar sus ideas, y se limi decirle con voz profundamente conmovida:

—Venid... salgamos un momento de la tie acaso la brisa de la tarde refrescará vuestras sie calmando ese incomprensible dolor, para el que no hallo palabras de consuelo.

IV

El real de los cristianos se extendía por tod

Ayuntamiento de Madrid

ampo de Guadaira, hasta tocar en la margen izquierda del Guadalquivir. Enfrente del real y destacándose sobre el luminoso horizonte, se alzaban los muros de Sevilla flanqueados de torres almenadas y fuertes. Por encima de la corona de almenas reposaba la verdura de los mil jardines de la morisca ciudad, y entre las oscuras manchas del follaje lucían los miradores blancos como la nieve, los minaretes de las mezquitas y la gigantesca atalaya, sobre cuyo aéreo pretil lanzaban chispas de luz, heridas por el sol, las cuatro grandes bolas de oro, que desde el campo de los cristianos parecían cuatro llamas.

La empresa de Don Fernando, una de las más heróicas y atrevidas de aquella época, había traído a su alrededor a los más célebres guerreros de los diferentes reinos de la Península, no faltando algunos que de países extraños y distantes vinieran también, llamados por la fama, a unir sus esfuerzos a los del santo rey.

Tendidas a lo largo de la llanura, mirábanse, pues, tiendas de campaña de todas formas y colores, sobre el remate de las cuales ondeaban al viento, distintas enseñas con escudos partidos, astros, grifos, culebrones, cadenas, barras y calderas, y otras cien y cien figuras o símbolos heráldicos que pregonaban el nombre y la calidad de sus dueños. Por entre las avenidas calles de aquella improvisada ciudad circulaban en todas direcciones multitud de soldados, que hablando dialectos diversos y vestidos cada cual al uso de su país, y cada cual armado a su guisa, formaban un extraño y pintoresco contraste.

Aquí descansaban algunos señores de las fatigas del combate sentados en escaños de alerce a la puerta de sus tiendas y jugando a las tablas, en tanto que sus pajes les escanciaban el vino en copas de metal; allí algunos peones aprovechaban un momento de ocio para aderezar y componer sus armas rotas en la última refriega; mas allá cubrían de saetas un blanco los más expertos ballesteros de la hueste entre las aclamaciones de la multitud, pasmada de su destreza; y el rumor de los atambores, el clamor de las trompetas, las voces de los mercaderes ambulantes, el golpear del hierro contra el hierro, los cánticos de los juglares que entretenían a sus oyentes con relación de hazañas portentosas, y los gritos de los trautes que publicaban las ordenanzas de los maestros del campo, llenando los aires de mil y mil ruidos discordes, prestaban a aquel cuadro de costumres guerreras una vida y una animación imposibles pintar con palabras.

El conde de Gómara, acompañado de su fiel escudero, atravesó por entre los animados grupos sin vantar los ojos de la tierra, silencioso, triste, como ningún objeto hiriese su vista ni llegase a su oído rumor más leve. Andaba maquinalmente, a la manera de un sonámbulo, cuyo espíritu se agita en el undo de los sueños, se mueve y marcha sin la conencia de sus acciones y como arrastrado por una luntad ajena a la suya.

Próximo a la tienda del rey y en medio de un co- de soldados, pajecillos y gente menuda que le cuchaban con la boca abierta, apresurándose a mprarle algunas de las baratijas que anunciaba a ces y con hiperbólicos encomios, había un extraño personaje, mitad romero, mitad juglar, que ora recitando una especie de letanía en latín bárbaro, ora diciendo una bufonada o una chocarrería, mezclada en su interminable relación chistes capaces de poner colorado a un ballestero con oraciones devotas, historias de amores picarescos con leyendas de santos. En las inmensas alforjas que colgaban de sus hombros se hallaban revueltos y confundidos mil objetos diferentes: cintas tocadas en el sepulcro de Santiago; cédulas con palabras que él decía ser hebraicas, las mismas que dijo el rey Salomón cuando fundaba el templo, y las únicas para libertarse de toda clase de enfermedades contagiosas; bálsamos maravillosos para pegar a hombres partidos por la mitad; Evangelios cosidos en bolsitas de brocatel; secretos para hacerse amar de todas las mujeres; reliquias de los santos patronos de todos los lugares de España; joyuelas, cadenillas, cinturones, medallas y otras muchas barajitas de alquimia, de vidrio y de plomo.

Cuando el conde llegó cerca del grupo que formaban el romero y sus admiradores, comenzaba éste a templar una especie de bandolina o guzla árabe con que se acompañaba en la relación de sus romances. Después que hubo estirado bien las cuerdas unas tras otras y con mucha calma, mientras su acompañante daba la vuelta al corro sacando los últimos cornados de la flaca escarcela de los oyentes, el romero empezó a cantar con voz gangosa y con un aire monótono y plañidero un romance que siempre terminaba con el mismo estribillo.

El conde se acercó al grupo y prestó atención. Por una coincidencia, al parecer extraña, el título de aquella historia respondía en un todo a los lúgubres pensamientos que embargaban su ánimo. Según había anunciado el cantor antes de comenzar, el romance se titulaba el *Romance de la mano muerta*.

Al oír el escudero tan extraño anuncio, pugnó por arrancar a su señor de aquel sitio; pero el conde, con los ojos fijos en juglar, permaneció inmóvil, escuchando esta cantiga:

I

La niña tiene un amante
que escudero se decía;
el escudero le anuncia
que a la guerra se partía.
—Te vas y acaso no tornes.
—Tornaré por vida mía.
Mientras el amante jura
diz que el viento repetía:
¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía!

II

El conde con la mesnada
de su castillo salía;
ella, que le ha conocido,
con grande aflicción gemía:
—¡Ay de mí, que se va el conde
y se lleva la honra mía!
Mientras la cuitada llora,
diz que el viento repetía;
¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía!

Ayuntamiento de Madrid

III

Su hermano, que estaba allí,
estas palabras oía:
—Nos has deshonrado, dice.
—Me juró que tornaría.
No te encontrará si torna
donde encontrarte solía.
Mientras la infelice muere,
diz que el viento repetía:
¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía!

IV

Muerta la llevan al soto,
la han enterrado en la umbría;
por más tierra que la echaban,
la mano no se cubría:
la mano donde un anillo
que le dió el conde tenía.
De noche, sobre la tumba,
diz que el viento repetía:
¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía!

Apenas el cantor había terminado la última estrofa, cuando rompiendo el muro de curiosos, que se apartaban con respeto al reconocerle, el conde llegó adonde se encontraba el romero, y cogiéndole con fuerza del brazo, le preguntó en voz baja y convulsa:

—¿De qué tierra eres?

—De tierra de Soria—le respondió éste sin
rarse.

—¿Y dónde has aprendido ese romnace? ¿A q
se refiere la historia que cuentas? — volvió a e
mar su interlocutor, cada vez con muestras de e
ción más profunda.

—Señor—dijo el romero clavando sus ojos en
del conde con una fijeza imperturbable—esta c
ga la repiten de unos en otros los aldeanos
campo de Gómara, y se refiere a una desdich
cruelmente ofendida por un poderoso. Altos jui
de Dios han permitido que al enterrarla que
siempre fuera de la sepultura la mano en que
amante le puso un anillo al hacerle una prom
Vos sabréis quizá a quien toca cumplirla.

V

En un lugarejo miserable y que se encuentra
lado del camino que conduce a Gómara, he v
no hace mucho, el sitio en donde se asegura
lugar la extraña ceremonia del casamiento
conde.

Después que éste, arrodillado sobre la hum
fosa, estrechó en la suya la mano de Margarita,
sacerdote autorizado por el Papa bendijo la lúg
unión, es fama que cesó el prodigio, y *la m*
muerta se hundió para siempre.

Al pie de unos árboles añosos y corpulentos
un pedacito de prado, que, al llegar la primaver
cubre expontáneamente de flores.

La gente del país dice que allí está enter
Margarita.

SINIESTROS FERROVIARIOS

Las horribles consecuencias de los desastres ferroviarios, como el acaecido recientemente en Villaverde, podrían aminorarse notablemente si todos los vagones fueran de acero, como sucede en los trenes norteamericanos, en lugar de ser construídos de madera.

Un vagón de acero no es mucho más ligero que uno de madera, ni en sus dimensiones se diferencia de éste; pero tiene la ventaja de ser incombustible en caso de incendio, y, sobre todo muy resistente a toda clase de choques, lo mismo a los que recibe en la explotación diaria, que a los que sufre en caso de accidente. Esto supone para los viajeros muchas probabilidades de salir ilesos, o cuando menos solo levemente heridos, de muchos desastres que con los vagones de madera tienen terribles resultados.

Cuando ocurre un choque, los vagones de madera se aplastan unos contra otros como un acordeón, y entre sus astillas encuentran la muerte muchos viajeros. Con los coches de acero, según ha pod
comprobarse en trenes de mercancías norteam
canos, no ocurre nada de esto; los vagones se s
de la vía, quedan tumbados o se atraviesan e
camino; pero sus cajas resisten en el choque
aplastarse, y, por consiguiente, no hay miedo
que los viajeros perezcan aplastados.

Un solo inconveniente encuentran a estos v
nes sus adversarios: que las piezas torcidas o
bladas por efecto de un choque no pueden se
paradas y hay que fundirlas de nuevo. Este a
mento no tiene valor ninguno. Hace algunos a
en la estación de Pittsburgo, un coche de
ro, a consecuencia de un error de aguja, fué a c
car, a toda velocidad, contra un muro. Este úl
quedó en tal estado, que hubo que proceder in
diatamente a su demolición; pero el vagón, desp
de algunas reparaciones sumamente sencillas, vo
a prestar servicio como si nada le hubiera ocurr

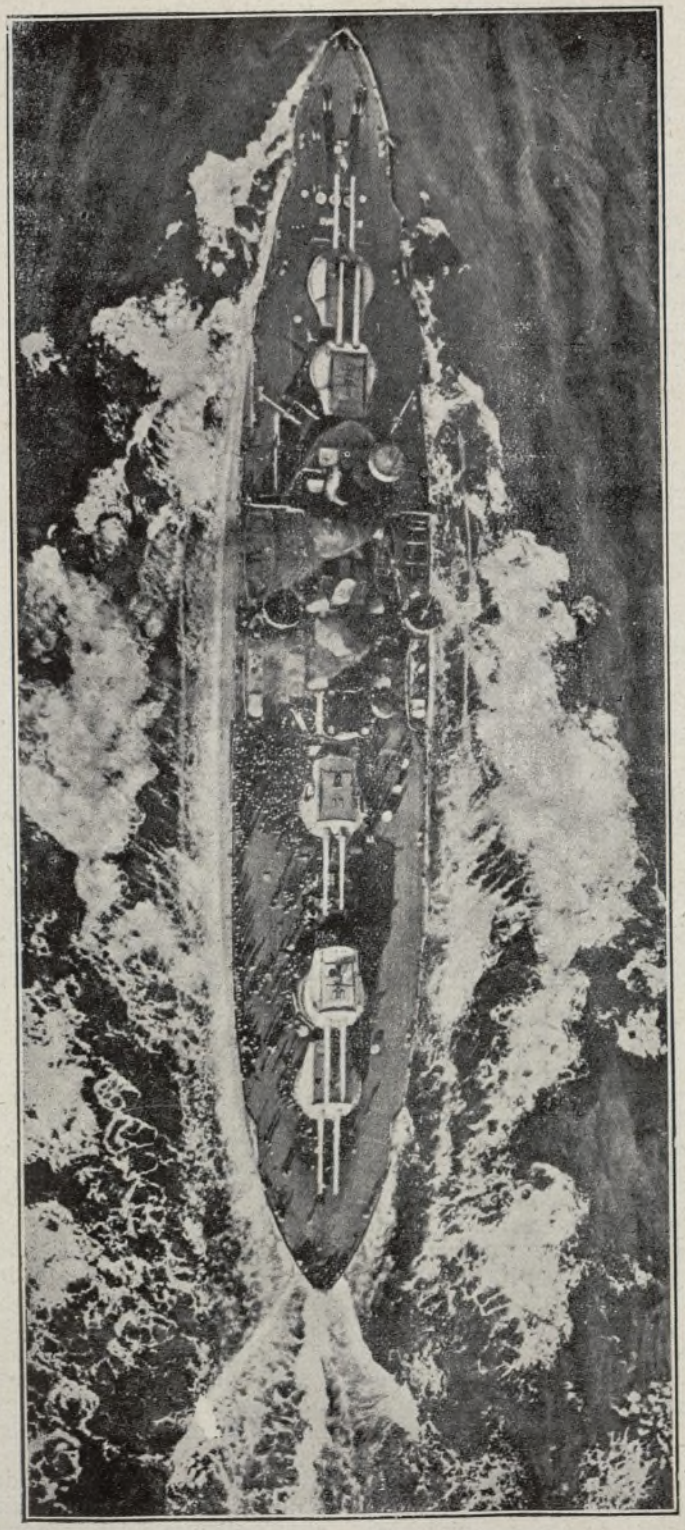
Ayuntamiento de Madrid

UNA FOTOGRAFÍA INTERESANTE

Un acorazado visto desde un avión

En la próxima lucha en el mar, intervendrán indudablemente con el máximun de eficacia los aeroplanos, no sólo para descubrir los submarinos debajo del agua, sino para arrojar las bombas sobre la cubierta de los acorazados enemigos.

Esta posible actuación ha de modificar seguramente el detalle de la construcción de los nuevos acorazados haciendo que el blindaje se extienda hasta la cubierta. Sabido es, que las planchas de blindaje que rodean el casco del barco, se anulan o atenúan en la cubierta, teniendo en cuenta que los proyectiles enemigos rara vez podrán caer en esta parte. Ahora ante el ataque de los aeroplanos, las cosas cambian. El aeroplano lanzará sus bombas precisamente sobre la



cubierta y puede presumirse que careciendo ésta de protección un solo impacto puede bastar para destruir el acorazado.

La presente fotografía, de interés extraordinario, muestra cuán fácil blanco puede ser la cubierta de un barco de guerra para un aviador experto. Todos los detalles del navío se ofrecen perfectamente a la visión desde lo alto. Las cinco torres de cañones gemelos, las enormes chimeneas, la tripulación formada sobre cubierta, todo es fácilmente distinguido por el ojo del aviador, al que sus aparatos de tiro le darán seguridad de batir con los proyectiles cargados de alto explosivo tan codiciado blanco, como es el soberbio navio en cuya construcción se invirtieron tantos millones.

Ayuntamiento de Madrid

PROGRESOS DE LA AVIACIÓN

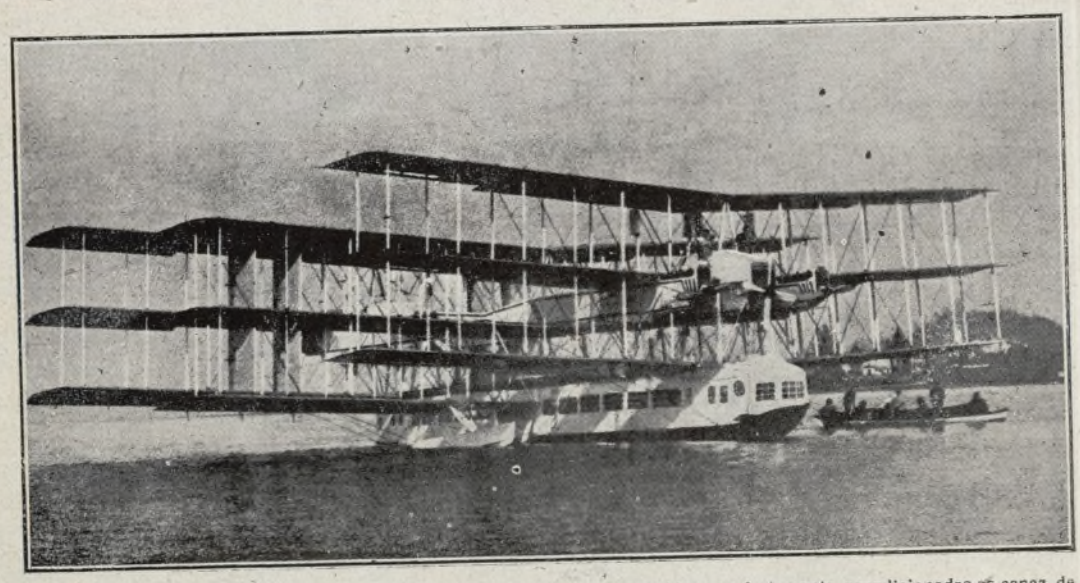
UN AEROPLANO GIGANTE

El ingeniero italiano Gianni Caproni ha dado un gran empuje a la aviación, construyendo un barco aéreo capaz de conducir cien pasajeros.

Caproni estima que las fórmulas actuales de los aviones han alcanzado, en el estado actual de la ciencia aéro-dinámica, el límite extremo de su desenvolvimiento; pero apesar de esta opinión, durante un año y en el mayor misterio ha concebido y construído un avión de una fórmula bien distinta y de un a revimiento inaudito.

Este nuevo aparato, es un hidroavión al que se le puede denominar tricelular biplano con casco.

Esta denominación basta para comprender la diferencia que existe con las fórmulas aviatorias co-



El aeroplano gigante Caproni, es triplano con tres órdenes de alas y en sus cabinas perfectamente acondicionadas es capaz de transportar 100 pasajeros.

nocidas y corrientes, ya que la mayoría de éstas son de dos clases: Monocelulares y bicelulares, subdividiéndose la primera en monoplanos (Morane), biplanos (Farman), triplanos (Voisin 1916) y cuadruplanos (Fokker), y en la segunda clase están comprendidos el biplano Oerz y hasta el triplano proyectado por el italiano Ricci, acogido con ciertas dudas por apartarse de las fórmulas conocidas, que hicieron pensar a todos, que la idea desarrollada por aquél era una quimera; pero Caproni ha ido más lejos, con su hidroavión tricelular, llamado así, porque la superficie sustentadora está repartida en tres células distintas y colocadas las unas detrás de las otras.

El hidroavión Caproni se compone: 1.º de un inmenso casco, que sirve de flotador al conjunto del aparato, de alojamiento para los pasajeros y para el puesto del piloto; 2.º de tres células, cada una triplana, fijadas respectivamente a proa, a po y en el centro del casco; 3.º de dos fuselajes m estrechos que, situados paralelamente y a la mis altura, sirven de enlace a las tres células y contie cuatro motores y 4.º de dos barquillas ovoides fi das cada una en la célula anterior y en la posteri y entre los dos fuselajes sobredichos, las cuales l van sus respectivos motores.

La cabina-casco está dividida en dos partes: la delantera está el puesto de los pilotos y de la t pulación, y a continuación la de los viajeros, en n mero de ciento. El casco es de madera y su for es análoga a la de los hidroaviones corrientes.

A derecha e izquierda bajo los planos de la cé la central van dos flotadores auxiliares cuya fina dad es limitar los efectos del balanceo.

Las superficies sustentadoras se componen nueve grandes planos, repartidos en tres células planas y construídas según el procedimiento e pleado por Caproni en sus otros aparatos.

A este hidroavión le falta la cola; pero en la cé la posterior van colocados los timones y los órg nos estabilizadores que constituyen precisame aquélla. En esta célula hay cuatro grandes pla verticales fijos, especie de alas supletorias, que s ven de planos de deriva, seguidos de otros cua también verticales, pero movibles, que son tres mones de dirección. Todo este sistema de pla son utilizados por el piloto para la estabilidad como órganos de profundidad, y bien accionan simultáneamente las nueve alas de un lado o las rrespondientes del lado opuesto, puede el avia

Ayuntamiento de Madrid

restablecer el equilibrio, y por último, maniobrando al mismo tiempo seis alas de la célula anterior y, en sentido contrario, las seis de la célula posterior, hace subir o bajar el aparato, lo que demuestra que el manejo de este avión, aun careciendo de la cola característica de los aeroplanos hoy en uso, se le maniobre de idéntica manera que éstos.

La fuerza motriz está suministrada por ocho motores de 400 HP, sistema Liberty, lo que suponen un total de 3.200 HP. Cada motor lleva montada directamente una hélice por lo que cada grupo guarda una independencia absoluta.

Cuatro de los motores van colocados delante y sus hélices son tres tractivas y una propulsiva e inversamente reune con los cuatro motores de la parte posterior del aparato en que sus hélices son tres propulsivas y una tractiva.

Para completar la descripción de este gigantesco aparato queda por decir que su longitud es de 24 metros, la envergadura de los planos es de 33 metros y su profundidad de 2,75 metros.

Si los cálculos del constructor son exactos, la velocidad media será de 140 kilómetros por hora, gastando en este tiempo 500 kilogramos de esencia y como la duración del vuelo, con los pasajeros, será de unas seis horas, el recorrido podrá llegar a 850 kilómetros, recorrido que aumentará si disminuye el número de viajeros y el peso de la carga.

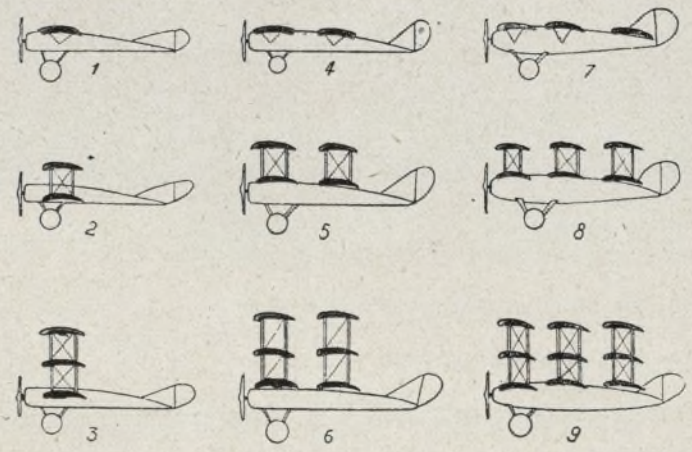
Por sus cualidades de autoestabilidad que le proporciona las tres células sucesivas, por la fuerza de inercia que el aparato opone a las corrientes y a los remolinos de aire, el tricelular Caproni presenta, al parecer, una gran facilidad en su manejo y la intervención de los pilotos estará limitada a mantener la dirección. En apoyo de este aserto conviene notar que lo mismo que un gran trasatlántico resiste mucho mejor los embates de las olas que una frágil embarcación, un avión de 25 toneladas, como el Caproni, será sin duda menos sensible a las ráfagas de viento que uno de tipo ligero.

Caproni, percatado sin duda de las enormes desventajas que la aviación comercial aérea tiene en relación con los otros medios de comunicaciones actualmente en uso, ha buscado la nueva fórmula, susceptible de alcanzar una capacidad útil superior a las conocidas y evitar otros inconvenientes de las averías de los motores, multiplicándolos y dándoles una independencia absoluta.

Ha abandonado las fórmulas corrientes por juzgarlas inadaptables al aumento de las dimensiones que piensa son indispensables a la futura aviación su fórmula, por otra parte, no es más que un ensayo, que si le da resultado satisfactorio, lo aplicará a unidades más poderosas aún, que serán verdaderos transaéreos.

Si se fija la atención en las fotografías que se publican se observa la gran cantidad de cables y mástiles que han de oponerse a la penetración del avión en el aire, pudiendo calcularse aproximadamente que este aparato lleva 250 metros de mástiles y 2.000 metros de cables.

Desde el punto de vista de la potencia motriz y de su repartimiento, se observa que Caproni es enemigo de la centralización de los motores y ha buscado su diseminación, siendo a su vez partidario del mando directo por los motores de las hélices, con exclusión de todo órgano de transmisión y sin duda de reducción de velocidad, afirmándose de esta manera en sus ideas cuando transforme el triplano trimotor en pentamotor.



Tipos distintos de aeroplanos en los que el avión gigante Caproni ocupa el último lugar por lo que se refiere a potencia de motores y número de superficies sustentadoras. 1, monoplano. 2, biplano. 3, triplano. 4, monoplano con dos órdenes de alas. 5, biplano con dos órdenes de alas. 6, triplano con dos órdenes de alas. 7, monoplano con tres alas. 8, biplano con tres órdenes de alas. 9, triplano con tres órdenes de alas.

De ahí resulta la colocación entre los planos de las barquillas y de los fuselajes muy pequeñas para que puedan contener los mecanismos necesarios para su cuidado o repararlos en pleno vuelo.

Este verdadero gigante del aire cuya descripción minuciosa hemos hecho porque significa un nuevo aspecto de la aviación y porque seguramente es el precursor de mayores audacias en el orden de las construcciones aeronáuticas, no ha tenido un éxito feliz. Durante sus primeras pruebas, realizadas sobre el Lago mayor, una maniobra desgraciada hizo caer el aeroplano, que se partió materialmente en tres y después de su caída, habiendo sido llevado a Jesto Calende, fué destruído por un incendio.

El mal resultado de estas pruebas no significa más, sino que el enorme aparato volador tiene aún que modificar algunos de sus detalles y a ello se dedica con afán extraordinario el inventor Caproni.

Hay que tener en cuenta que el manejo de los aviones gigantes tiene que luchar con las dificultades que resultan de su peso enorme y de su relativa fragilidad.

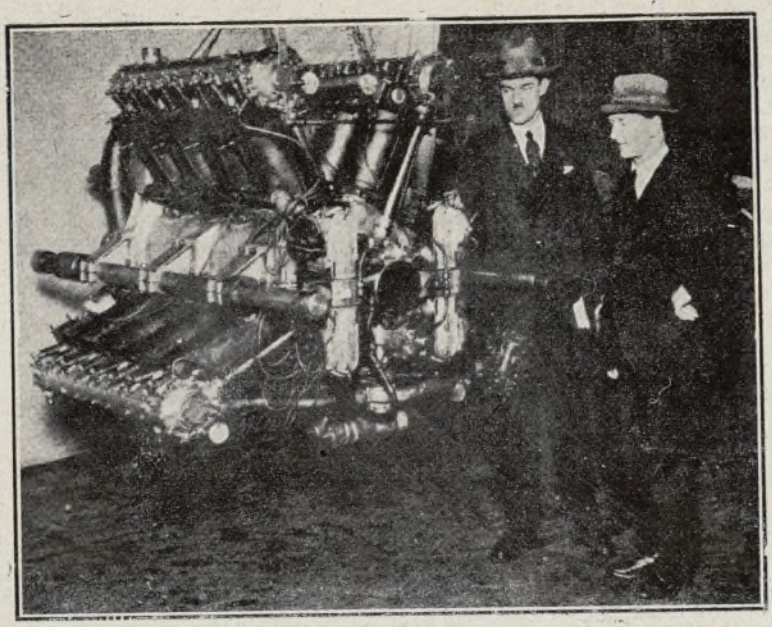
Los constructores tienen que pensar en fabricar sus aparatos de tal manera que puedan resistir la intemperie, los esfuerzos violentos y los bruscos cambios de temperatura sin deteriorarse ni desarreglarse y habrán de seguir seguramente el camino emprendido por los alemanes, haciendo aviones enteramente metálicos, como son los *Junker*, los *Fokker* y los *Dornier*.

Ayuntamiento de Madrid

Otro de los inconvenientes que resulta de los motores, será salvado con la construcción de motores más potentes, con el que reproducimos en nuestro grabado y que es capaz de desarrollar mil caballos de fuerza.

En este momento los alemanes acaban de producir en sus famosos talleres Zeppelin, un aeroplano completamente metálico, capaz de transportar diez y ocho pasajeros. Tiene cuatro motores que ofrecen la particularidad de estar adosados en el canto de la superficie sustentadora y a los cuales se llega mediante un estrecho pasillo labrado en el interior del ala cuyo espesor puede suponerse.

El peso de este nuevo aeroplano es de nueve mil kilos y puede transportar tres mil kilos de carga útil. Su velocidad es de doscientos kilómetros por hora y parece que los alemanes intentan efectuar con él la travesía de Berlín a Nueva York, llevando un equipaje de cien personas.



Los aviones gigantes llevan enormes motores que como el que representa el grabado son capaces de desarrollar una fuerza de 1000 caballos.

Como vemos todos los esfuerzos de los constructores se dirigen a la construcción del aeroplano de transporte. Lentamente pero seguramente se van ganando condiciones de seguridad, comodidad y velocidad y no está lejano el día en que las líneas aéreas repartidas por toda la tierra serán aquellos que ofrezcan a los viajeros mayor seguridad y garantías para el cumplimiento de sus viajes.

EL VALOR DE ALGUNOS INVENTOS

La fórmula del ajenjo produjo mucho dinero a los primeros que la conocieron, y costó bastante a los que quisieron conocerla. Su historia es toda una odisea. El inventor fué un químico francés llamado Ordinaire, que hace cosa de ciento veinte años vivía en Convet (Suiza). Entonces el licor en cuestión no se parecía a la pócima infernal que hoy se expende bajo el mismo nombre; tenía muy poco alcohol y muchas virtudes medicinales. Al morir, Ordinaire legó la formula a su ama de gobierno, la cual no tardó en vendérsela por unas 600 pesetas a un tal Henriod, teniente de ejército. Este, ayudado por su hija, cultivaba las yerbas necesarias, hacía el cocimiento y lo enviaba a distintos puntos por conducto de buhoneros. Pronto hizo negocio nuestro militar; el ajenjo se hizo famoso, y a principios del siglo pasado un rico fabricante adquirió el derecho de propiedad de la fórmula por 300.000 pesetas. Se dice que durante veinticinco años ganó este industrial otro tanto cada año.

Hace un cuarto de siglo, Mr. Lawson Johnston inventó un procedimiento para añadir al extracto de carne de vaca los elementos nutritivos de la albúmina y la fibrina, dando al resultado el nombre de *Johnston's fluid beef*. El inventor, que vivía en el Canadá, llevó su bebida nutritiva a Inglaterra y la ofreció al público bajo la denominación de *Bovril*; nuestros lectores pueden verla anunciada por todas partes con figuras de velludos toros ingleses.

El valor de la fórmula de este invento se estima en muchos millones, pues la venta de ese producto da rendimientos enormes.

Los frailes cartujos de Francia, vendieron el secreto de la fabricación del famoso licor *chartreuse* a una sociedad de capitalistas franceses y austriacos, por cerca de 10.900.000 pesetas. Durante dos siglos habían sido inútiles cuantos esfuerzos hicieron los fabricantes de licores para averiguar cómo se hace el *chartreuse*, y aun dentro de la cartuja misma nunca había a la vez más de dos o tres frailes que conocieran el secreto.

Ayuntamiento de Madrid

UN REGIMIENTO DE CIVILES

El desarme impuesto a Alemania por las potencias vencedoras, lejos de disminuir su espíritu militar, lo ha aumentado y exacertado, al considerarlo los germanos como cosa perteneciente a un pasado venturoso.

Este espíritu militar se ha puesto de manifiesto con motivo de la fiesta celebrada el 25 del pasado Mayo por el 4.º regimiento de la guardia. Todos los antiguos soldados de este cuerpo han venido vistiendo sus trajes de civil para formar por unos momentos y ser revistados y desfilar ante el príncipe imperial Eithel Federico.

Las fotografías permiten admirar el entusiasmo con que señores de respetable apariencia forman en las filas y marchan al compás del famoso paso de parada del ejército alemán.

Esto de formar circunstancialmente los paisanos un regimiento, no es nuevo. Recuérdese que con motivo de sus bodas de plata, el emperador Guillermo II mandó organizar una guardia particular destinada a prestar el servicio de honor cerca de Su Majestad Imperial durante las fiestas. Esta guardia transitoria estaba compuesta por individuos bien reputados y que habían servido en la segunda compañía del primer regimiento de infantería de la Guardia, en la época en que dicha compañía estaba mandada por el entonces príncipe Guillermo, o sea desde 1880 a 1881. Terminadas las fiestas, los hombres que constituyeron la efímera escolta regresaron a sus hogares, siendo portadores de una medalla conmemorativa regalada por el kaiser.

El príncipe Eithel Federico, pasando revista a los antiguos soldados del regimiento de la guardia que en traje de paisano, forman recordando los buenos tiempos de su regimiento.

Esta guardia de unas cuantas horas, vistiendo el uniforme de la infantería prusiana de hace cuarenta y dos años, rodeada en los actos palatinos de las flamantes vestimentas militares de entonces constituyó una singularidad dentro de las numerosas en que abunda el ejército alemán.

Los soldados veteranos alemanes no olvidan los años de su paso por las banderas. Aquí vemos todo un regimiento de hombres civiles que al mando de oficiales desfilan en correcta formación y al paso de parada el día de la fiesta de su antiguo regimiento.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA
Y LA FOTOGRAFÍA

Acontecimientos :: Novedades :: Sucesos :: :: Notas de interés ::

MISCELANEA

MENSUAL

Rogamos a nuestros compañeros de provincias nos remitan las notas salientes en su localidad para publicar: las en esta sección :

Partido de futbol internacional.—Equipo militar español que ganó el partido.

Recientemente ha tenido lugar en Madrid un interesante partido de futbol en el que contendieron de una parte, una selección de los equipos militares portugueses y de otra, una selección de los equipos de los regimientos que componen la guarnición de Madrid.

No obstante el buen juego desarrollado por el equipo portugués, fué éste vencido por los españoles que ganaron el partido. La partida fué presenciada por S. M. el Rey.

La parte más atrayente de este encuentro, se refiere a la confraternidad en que por unos días han vivido los soldados españoles y los lusitanos, quienes se han marchado de Madrid, encantados de las atenciones de que han sido objeto.

Equipo militar portugués que luchó con el equipo de soldados españoles en el partido de futbol internacional.

Tenemos una víctima más que añadir a la que ya larga lista del martirologio de nuestros aviadores militares. El teniente D. Santiago Villegas, al hallarse realizando en Cuatro Vientos vuelos con un aparato adquirido hace poco tiempo en Italia, se le vino a tierra en barrena, sin que por la poca distancia a que se hallaba del suelo, tuviese tiempo de enderezar el vuelo del aeroplano. El aviador resultó muerto y el aparato destrozado en la forma que puede verse en el adjunto grabado.

Estos repetidos accidentes de aviación parece que pudieran indicar una necesidad de cambiar el régimen de los aerodromos haciendo que fuese efectivo un reconocimiento minucioso de los aparatos antes de emprender cada vuelo y exigiendo las responsabilidades convenientes a los que diesen salida al aparato que no se hallare en las más perfectas condiciones de vuelo.

Un accidente de aviación en Cuatro Vientos. Estado en que quedó el aparato que tripulaba el piloto D. Santiago Villegas, quien resultó muerto en la caída.

Las últimas operaciones en Marruecos sobre la Cábila de Beni Arós realizadas con éxito enorme van apretando el cerco del Raisuni que ve por momentos disminuirse su prestigio entre los indígenas. Las fuerzas de Larache y Ceuta, formando ya un frente único se acerca a la madriguera del rebelde cuya sumisión o derrota definitiva ha de ser un hecho en plazo breve.

Todo ello, claro está, no puede hacerse sin que nuestra brillante oficialidad escriba cada día menos páginas de gloria en el libro de nuestros héroes. El ejército de Africa merece por su valentía, sus sacrificios y abnegación la gratitud de España.

Ayuntamiento de Madrid

Las operaciones en Marruecos. Panorama de Beni-Aros, tomado desde la posición de Timisak. 1, Ra-Hasen. 2, Kábila de Ajmas. 3, Kábila de Beni-Aros. 4, Abdelelam. 5, Yebel-Alam.

En el concurso del tiro nacional celebrado recientemente en Madrid, obtuvo el primer premio de la tirada de patrullas, la presentada por el regimiento de Valencia de la que publicamos en esta plana la fotografía.

En retablo universitario titulado *Decíamos ayer...*, escrito por el Sr. Espinós para el homenaje que la Confederación de Estudiantes Católicos de España rinde a D. Alfonso XIII, su presidente honorario, ha constituído un triunfo indiscutible. Como dice acertadamente Dy Safford, no sólo es evocación de la vida escolar del siglo XVI, localizada en la gloriosa Universidad de Alcalá; es el eco de una voz potente que habla a las almas de las grandezas patrias; el pincel que traza con riqueza de colorido la hidalguía castellana; es faro potente que, haciendo revivir episodios de nuestra historia, ilumina la senda que ha de seguir la juventud de hoy, para que mañana se puedan enlazar abnegaciones heroicas, edificantes sacrificios, manifestaciones de arte y descubrimientos científicos que consoliden nuestra fe bajo los pliegues de la bandera roja y gualda con un *Decíamos ayer...*

El teniente del Tercio de Extranjeros D. Manuel Torres Menéndez, que murió heroicamente en el combate del Zoco el Arba en el que recibió muerte gloriosa.

Al cerrar esta edición llegan a nosotros las noticias de las últimas operaciones realizadas en Marruecos. Todos los objetivos militares que se habían propuesto para dominar la kábila de Beni-Aros han sido conseguidos.

En la actualidad la kábila indómita se encuentra verdaderamente sometida. Como resultado de las operaciones, veintiún poblados de la kábila han pedido el aman. Los cañones de nuestras posiciones se hallan a cuatro kilómetros de Tazarut que constituía hasta ahora el refugio inexpugnable del Raisuni. Topa la zona cultivable, rica, con ayudas, bienes y pastos se halla en nuestro poder y si en esta región no se sigue adelante será porque el cerco está cumplido, y la parte montañosa que resta, carece ya de valor militar.

Patrulla del Regimiento de Valencia que obtuvo el campeonato en el Concurso de Tiro Nacional celebrado en Madrid.

El general Berenguer puede estar satisfecho de su labor y de la de sus soldados. La acumulación de fuerzas que ha efectuado y la forma de realizar los avances han permitido que con escasas, aunque lamentables bajas, haya sido dominada en poco tiempo una región de especiales condiciones de dureza y fragosidad.

El capitán de la policía indígena D. Ramón Huelva, que sucumbió gloriosamente en el combate de Abarán.

Ayuntamiento de Madrid

Hoy queridos amiguitos, vamos a enseñaros la manera de que podáis tener la silueta de vuestros papás y de vuestros hermanitos y que por tanto, seáis unos dibujantes perfectos sin que os hayan atosigado con los preliminares de la enseñanza.

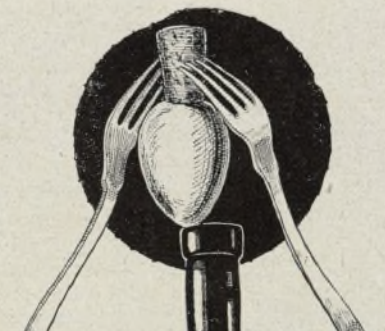
Coged un pliego de papel de barba que sujetaréis a la pared con unos alfileres o chinches de dibujo; colocaréis a vuestro hermanita entre la pared y una luz, de manera que la sombra de aquella se destaque diáfanamente sobre el papel, y con un lápiz vais marcando el contorno de la sombra.

Después no tenéis más que llenar de negro la superficie contenida dentro de la línea resultante y tendréis la silueta. También se puede recortar con unas tijeras la línea trazada y cuantas veces la pongáis entre un poco de luz y la pared, resultará é la silueta.

♣ ♣ ♣

Con dos tenedores, un corcho, una botella y u huevo, vamos a enseñar a nuestros pequeños lect res la manera de colocar el huevo sobre la boca la botella en un equilibrio perfecto.

Para ello, clavaremos primorosamente los ten dores en el corcho en la forma que indica el dib



jo, y después sosteniendo con la mano derecho huevo en la boca de la botella, al mismo tiem que con la otra mano colocamos el corcho con l tenedores sobre el huevo, soltando ambas man veremos que el huevo permanece quieto sin cae

Ayuntamiento de Madrid

San Dinerito

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Continuación).

Se detuvo doña Carlota para hacer un mohín pudibundo. ¡Hasta palabrotas había proferido el monstruo! Y aquella dama, que fué cocinera en su mocedad, cocinera y libre pensadora, y de la cual se había ido apoderando, con el tejido adiposo, el prurito célico por las cosas místicas, se tapó los ojos con las manos gordas, en las cuales eran los dedos choricitos extrangulados por las sortijas de piedras charras.

Mendicuti defendió a D. Braulio.

¿Qué tenía que ver con aquello la condición sacerdotal del Sr. Tojo? El Sr. Tojo ya no decía misa ni tenía olla. Si vestía ropas telares era por elegancia y porque en el fondo de su corazón había un divino germen de vocación cristiana. El Sr. Tojo había trabajado. Al Sr. Tojo se le había ofrecido un dinero. ¿Es que los presbíteros estaban en la obligación de absolver, fuera del confesionario, las informalidades ajenas? Los curas tienen estómago, y pretender imponerles en esta edad incrédula y láica una modestia de costumbres cenobítica, era de un egoismo extraño.

Doña Carlota negó. Aquello no la acababa de convencer. Luego, tahimada, quiso indagar... El señor Tojo había amenazado con divulgar en la prensa Dios sabía qué horrores.

—¿Puede usted decirme—interrogó airada—qué es ello? ¿Qué puede traer ni llevar el Sr. Toio, contra mi marido?

Romualdo Mendicuti leyó en el alma un poco burda de aquella mujer. La pregunta que acababa de oir le reveló toda la verdad. En aquella familia como en todas las familias improvisadas había un secreto. ¿Lo conocería Tojo? Para eso había sido llamado a conferenciar. Para sondarlo. Y dudó...

Un poco de genio improvisador, una frase ambigua una risa cruel, unos dedos que parecen ir a pinzar la punta del lienzo que tapa el cadáver, y aquella mujer obesa formularía una pregunta de armisticio, y se llegaría a un pacto.

La duda atravesó como un puñal demoniaco, el alma de Mendicuti. Pero tuvo su energía espiritual bastante fuerza para rechazar la tentación. Hizo más que Antonio Abad, cuando en su desolada soledad viril se le aparecían los dorsos rosados de las hembras impúdicas, y cuando su austeridad nutritiva rechazaba los exquisitos manjares que le ofrecía el demonio. El anacoreta esperaba un castigo fulminante o un premio súbito; tenía un cielo en el que extasiarse o un infierno en el que retostarían su esqueleto. Y así, convulso, hallaba fuerza para apartar la mirada de los vientres blancos y mórbidos y de los estupendos guisotes condimentados por la experta cocinera de Satán.

Mendicuti, no. Su beatitud era una blanca beatitud tesófica, que no tenía la garantía del coro seráfico ni la brida terrible de las calderas hórridas. Dijo.

—Ignoro qué podrá escribir el Sr. Tojo. Creo que en difinitiva no escribirá nada. Quizás a estas horas, esté jugando al tresillo y no se acuerde del señor Buitrago.

Y ella no pudo reprimir su alegría.

—¿Influirá usted? ¿Lo disuadirá?

Ayuntamiento de Madrid

—¿Por qué no?

A ella le brillaron los ojuelos listos. Se puso encendida y optimista. Era pena que aquel negocio no se realizara. Faltaba solo—ella conocía bien todos los asuntos de su marido—, una leve respuesta de Londres. ¿No sería pena arramblar con todo aquello por un cupido?

Mendicuti se puso de pie.

Ella:

—Que vea usted a Mister Birt. No se olvide.

El:

—A sus pies, señora. Se haga o no se haga el negocio habré ganado siempre el placer de la indulgencia.

Y la pisada de aquellas zapatillas negras acompañaron a Mendicuti pasillo adelante, y aquellos listos ojuelos brillaron en la puerta con un fulgor de triunfo.

Llegó a la calle Mendicuti, y se quedó incierto, frustrado, sin saber donde ir.

Tenía la sensación moral de haber hecho bien, y la experimental impresión de haber sido un necio.

Lamentable final de un magno asunto que pudo traer la fortuna.

Aquella mañana de otoño, nubosa, fría y triste, parecía ofrecer mal presagio. Cuando Mendicuti salió de su vivienda, mohino y hasta zahareño de catadura, y se vió perdido en las ruas llenas de niebla y de melancolía, tuvo algo así como un ténue anhelo de acabar. ¡Qué duro iba a ser el invierno! ¡Qué desolado y qué odioso!

Parecía el ambiente como acolchonado en algodón. No se veían las casas ni las figuras humanas, ni los vehículos. El retintín de los tranvías llegaba fofo a los oídos. El penar de Mendicuti era definitivo e inexorable.

Tenía cita con Tojo en «El Lobo Gris». Debía narrarle al sacerdote lo acaecido en casa de Buitrago y tenían ambos que adoptar una resolución. Además, parecía iniciarse otro negocio, en el que Romualdo no puso ningún interés, pues ya estaba escarmentado. Unos burros para Argel... Ochenta burros. ¡Nada! Una friolerilla que, según Pepe Humbrales, descubridor del negocio, les valdría mil pesetas a cada uno.

Estuvo Mendicuti por no acudir a la cita. ¡Le era tan desagradable tropezar con aquellas gentes que habían despistado su vida, y que lo habían arruinado! Y luego, ¡aquéllos burros incomprensibles en los que D. Braulio Tojo había refugiado ya su postrera ilusión mercantil...!

Fué... Parecía irse alzando la neblina, y comenzaba a fluir cielo abajo un poco de sol amarillento.

Cuando entró en el café—y eran las once de la mañana—sintióse perplejo al encontrar tanta animación. Estaban atestadas las mesas. Se peroraba casi a gritos. Algunos escribían cartas con frenesí. Ante el teléfono había una cola de gente engabanada convulsa. Pepe Humbrales que leyó en la faz de Mendicuti, preguntó:

—¿No sabe usted lo que ocurre?

—Aun tengo sin leer el periódico.

—¡Pues que se ha firmado el armisticio!

Lo dijo tenebrosa y solemnemente, como un bardo de viejo dramón podría exclamar:

—¿No sabes lo que ocurre, desgraciada? ¡Ha envenenado a tu hija!

Sí.... A Mendicuti no le extrañó aquello. Tenía que suceder, y además le agradaba, pues equivalía a su gran triunfo espiritual. Cuando meses antes parecían llegar los alemanes a París, y cuando los germanófilos se refocilaban seguros del éxito, decía una sencilla y compendiosa frase que había exhumado, tosca y vulgar, para ser digerida por sus interlocutores.

—Al freir será el reir.

A veces, glosaba su optimismo con la naturalidad suave de un creyente:

—Alemania perderá la guerra, porque no tiene razón. La razón es fuerza. Es la única fuerza.

Pero a Pepe Humbrales, y a todos aquellos que se reunían en el café, y a otros miles de seres, el armisticio, un poco súbito, les destruía sus vidas enredadas a la guerra, como parasitarias del dolor y de la muerte.

—Siempre creí que esa cochina Teutonia—dijo Humbrales que había sido germanófilo—resistiría más.

Humbrales hubiese querido unos meses aún, llegar a la primavera. Estaría redondeado y ahito.

—Esto—exclamó luctuosamente—me destroza varios asuntos.

—¿El de los burros también?

—No sé. Verá...

Y se llevó Mendicuti hasta un rincón para ilustrarlo en la cuestión solípeda.

—Si esto no se arregla—empezó diciendo—nos van a dar una paliza formidable.

Explicó después:

Los negocios de la guerra que habían comenzado chitos y suculentos, empezaron a crear fama y a hacerse estrepitosos. Como una mancha, aquello se extendió por España entera. Y ya no soñaba con un millón solamente los ministros y los directores

Ayuntamiento de Madrid

periódicos, sino que aquel horrible tumulto había sorprendido la ingénua quietud de los palurdos y la zafía ramplonería de los horteras. El pelatrín había dejado un día de su casa para vender el burro, y hasta había ideado comprar otros burros a sus convecinos y venderlos para Francia cual si fuesen elefantes pingües o tuviesen de oro las orejas. Un burro era ahora cosa distinguida y casi suntuaria.

—No creí yo—exclamó Romualdo—que el modesto borrico pudiera ser motivo de agio.

—Pues lo es. Hará cosa de quince días se me presentaron dos paletos aragoneses que tenían ochenta asnos para Argel.

El relato de Humbrales tenía esa gracia picaresca que fué la musa castellana en el siglo áureo.

Los dos hombres se habían arruinado comprando burros. Los pagaron a treinta duros los cativos, despeñuzados y pelones, y a ochenta los ópimos. También había diez garañones que eran una preciosidad. Arrendaron una tierra donde pudiesen pacer; les añadieron una peseta por cabeza para cebada y paja; los confiaron a tres gañanes que percibían sendo jornal, se vinieron a la Corte. Tenían comprador en Argel. Solo faltaba permiso del Gobierno para embarcarlos en Barcelona o en Valencia. Pero iban pasando los días. Aquellos animalitos comían que era un estrago. ¿Y qué hacer? Dejarlos morir de hambre era perder el negocio. Rebajarles la ración sería menguarles vistosidad.

—Yo—naturalmente—les pinté fácil el permiso, y les fuí sacando a cuenta algunos cientos de duros, y hoy ¡la paz!

Mendicuti se quedó mirando a Humbrales, extrañado de ver todos sus miembros intactos.

—Y esos paletos...

—Son de una barbarie imponente. Ya se me quedan mirando con gula.

Después, Pepe Humbrales, interrogó pasando a otro matiz financiero:

—¿Conoce usted a los norteamericanos? También con ellos se pueden hacer negocios.

Sí... Mendicuti conocía al agregado militar de Wilson. Era un gigante flúido y alegre, de esas líneas fisonómicas, entre duras y afables, que caracterizan el rostro yanqui. Un día, yendo Mister Ring en su automóvil por la calle de Carranza, hizo una guiñada súbita, y atropelló a una vieja. Bajó del coche, urgó con la punta del pie en aquellos despojos, se cercioró de que la víctima había muerto, y preguntó a un anciano que había acudido voceando y que parecía ser el recién viudo:

—¿Cuánto vale este estropicio?

Sacó un talonario, y extendió un cheque por diez mil pesetas.

Luego, mostrando a la policía su signo diplomático que le hacía inmune a pesquisas, detenciones e interrogatorios, prosiguió su paseo higiénico.

Mendicuti amaba a esa raza futurista y espléndida que pobló medio continente, fuerte, extraña, formidable, y a la par risueña y un tanto candorosa, en su apogeo virgen de la plena civilización, gozando la ubérrima delicia de su progreso joven.

Pero..., estaba ahito ya de negocios. Lamentaba comunicarle al Sr. Humbrales aquella mala noticia, que le dejaría un poco absorto.

Tojo, que acababa de llegar con Otilo Castañares, interrumpió la charla:

—Venga—ordenó.

Tomaron asiento en otro rincón Tojo, Castañares y Mendicuti. D. Braulio, que tenía una versatilidad ubérrima, había relegado ya a Buitrago y al carbón inglés.

—Castañares—dijo—ha inventado una cosa enorme.

Y habló.

Había que dejar los asuntos de la guerra. Quedara eso para los granujas o para los dementes. Era preciso oirentarse en cosas vulgares y cottdianas. No se sabía donde estaba la fortuna. La fortuna se halla muchas veces en el montón de basura que no acertamos a tropezar con el bastón o en la carta que dejamos sin abrir.

—Pero, diga usted, diga usted—suplicó a Otilio

Ayuntamiento de Madrid

Castañares que había asentido a la catilinaria de Tojo contra los negocios algareros, y en cuyo indumento se leía el fracaso, evangelizó el nuevo dogma.

—El treinta y cuarenta. Ahí está la fortuna.

Mendicuti sonrió con incredulidad, pero Tojo le atajó resueltamente:

—No se ria usted, yo también me reí cuando me lo dijó. Y ahora soy un loco de su teoría.

Castañares, estóico ante el pesimismo de Mendicuti, siguió:

—He descubierto una martingala infalible. He llegado a ella con la paciencia de un santo y la arrogancia de un héroe. No tengo dinero, y esto me veda el enriquecerme yo solo. Me veo, pues, compelido aciagamente a dar participación, buscando un socio capitalista.

Hizo un gesto magnánimo, y prosiguió con aquella su eficaz certidumbre en sí mismo:

—Le he pedido a Tojo mil pesetas. Yo me iré con ellas a una banca importante, y ganaré quinientas diarias.

—¿Y cómo? ¿Cómo?

Castañares abatió las pestañas, ensombreciendo su fisonomía:

—A mí se me puede exigir dinero, responsabilidad... Pero que yo revele mi secreto, no. Equivaldría a derrochar una fortuna. Es como pregntarle a un químico raro, el misterio de sus fórmulas maravillosas.

Romualdo volvió a sonreir, y como Castañares lo advirtiese, sacó un objeto del pantalón, y lo mostró por debajo del mármol.

—¿Qué es esto?—interrogó Medicuti con risa de epopeya.

—Una pistola. Téngala usted—le dijo a D. Braulio.— Es la garantía que ofrezco. Si no gano cincuenta duros diarios para usted, le concedo derecho a matarme.

Tiró un papel sobre la mesa.

—Ahí está mi confesión de suicidio al juez de guardia.

Hubo un trágico silencio. Tojo, definió arengando a Mendicuti.

—Usted comprenderá que no se ofrece la vida como se brinda un cigarrillo. Yo, entro en el ajo. Me habría parecido descortés no brindarle esa revancha, querido Mendicuti. No me desaire usted. Se arrepentiría.

Pero Mendicuti rehusó gentilmente. No estaba para negocios. ¡Oh, los negocios! ¡Oh, los negocios fueran cuales fueren, iban a enterrarlo! Tenía inapetencia, dolor de estómago, y una nerviosidad que se parecía a la vesania. Necesitaba recluirse y s[illegible] pobre tal vez. Sentía verse privado de la opulen[illegible] por prescripción de su médico. Sus vísceras e[illegible] unas vulgarotas. Querían digerir berzas sanas. [illegible] fin, había nacido para ochavo.

Tojo y Castañares se marcharon en vista de aq[illegible] lla negativa tan peculiar. Ya con el cuello de [illegible] bán subido, Otilo no quiso que le remordiese conciencia, y se volvió para decir:

—Usted se lo pierde.

Tojo, seguro de su filón, y teniendo como gar[illegible] tía contra la hecatombe el recurso de realizar asesinato, estaba contento.

Seguía el café atestado de negocieros y de mer[illegible] chifles. El armisticio había caido sobre ellos co[illegible] pedrada en pantano. La bichería mefítica, dispe[illegible] y aturdida, chillaba, hacía muecas, se daba al diant[illegible]

—Ese Kaiser—gimió un periodista que percib[illegible] jornal de cierta embajada--cae como una galli[illegible] clueca. Y parecía una águila caudal el muy cer[illegible]

A Romualdo Mendicuti llegó también un po[illegible] aquella tragedia que le entusiasmaba como razo[illegible] dor pero que lo partía como poseedor de un p[illegible] miso hullero. Si la anhelada respuesta de Lond[illegible] no venía, si Buitrago no podía realizar su nego[illegible] ¿qué iba a ocurrirle? Y sintió a la flaca Miseria r[illegible] dar su casa, y en el estruendo brutal del café [illegible] comprendió aislado y tuvo miedo.

Pero, no. Firmado el armisticio aún sería caro [illegible] carbón de España. Todavía Inglaterra limitaría [illegible] exportaciones. Aún sería válido aquel extraño [illegible] un poco ambiguo permiso que ya no le valdría [illegible] llones, pero que la resarciría de sus dispendios y [illegible] salvaría del infortunio.

—Sí—pensó reanimándose—. Llamaré a Mis[illegible] Birt. Le felicitaré por haber ganado la guerra. [illegible] recordaré mi asunto.

Iba a acudir al teléfono, cuando entró Da E[illegible] reira en el recinto, y le hizo señas desde lejos co[illegible] mano. Se acercó rápido y fúnebre. Tenía caídos [illegible] mostachos portugueses, y había en su faz esa pát[illegible] violácea que pone el sufrimiento en los tempe[illegible] mentos viliosos.

—¿Donde iba usted?—preguntó.

—Iba a llamar al Sr. Birt.

Da Estereira se interpuso, melodrámico.

—¡Siéntese!—ordenó.

Se dejó caer sobre el diván. Da Estereira, co[illegible] si fuera a blandir, una daga oculta, sacó un perió[illegible] co doblado.

—Lea:

Y leyó Mendicuti.

«Comunica nuestro Embajador en la Gran Br[illegible]

Ayuntamiento de Madrid

ña que el Gobierno del Reino Unido piensa reformar inmediatamente el problema de las restricciones comerciales. Probablemente será el carbón la primera mercancía que pueda ser exportada libremente. Tan grata noticia...»

Mendicuti no pudo leer más. Tenía nubes en los ojos. Se le había subido el diafragma hasta la boca. Su afección estomacal tenía una convulsión espantable.

—Bicarbonato—suplicó al camarero.

Después y mirando a Da Estereira:

—Y eso ¿es una referencia autorizada?

—Oficial.

—¡Bicarbonato! ¡Por caridad, un poco de bicarbonato!

Da Estereira se quedó mirando al mozo, titubeó un instante e hizo su demanda:

—A mí vitriolo con aguarrás.

Finalizan los negocios de Mendicuti, y en la desolación de su alma anidan otra vez las aves de antaño.

No quiso Romualdo volver a casa para almorzar. Le tenía miedo al retorno. ¿Qué le diría a Enriqueta? ¿Como podría afrontar la mirada suave e inocente de aquella mujer a la que había desviado, y que sería un mudo fiscal de su locura? ¿Que palabra requisaría para exculparse?

Estuvo allí, fincado en el diván, hasta que se fueron los parroquianos matutinos, y quedó el café un poco silencioso. Le parecía cruel la indiferencia ajena ante su angustia. ¿Por qué no se acercaba nadie para darle un consuelo risueño? ¿No se le conocía su pena en la cara? Veíase niño y abandonado, como convaleciente.

¿Qué haría? Estaba sumido a una tristeza absoluta, anegado en impotencia y en fracaso. Empero, una especie de impulso biológico le hizo salir del marasmo.

—Si no reacciono, secumbiré—pensó.

Y recordó la fértil alegría de los campos como urgente recurso terapéutico. El campo, refugio de los políticos, de los financieros y de intelectuales, ¿le prestaría la fuerza de su naturalidad fecunda? Al ver la tierra, siempre optimista, quieta y ancha ¿aprendería de ella su renunciamiento generoso?

Subió a un tranvía y llegó a los Cuatro Caminos. Allí, una garrulería desaforada y plebeya, le tonificó rudamente. Aquellas gentes sucias y feas, que arrastraban una sombría vida paupérrima, le hablaron de hermandad y solidaridad.

Aventurado por calles mal pavimentadas, vió de pronto una casita nueva donde se alquilaba un piso. Tres balcones, fachada joven, portadita decente.

¿Cuánto renta el cuarto?—preguntó sin ánimo, curiosamente.

—Seis duros.

¿Seis duros? ¡Era rico! Aun se podía tener una casita alegre por seis duros al mes.

—Realmente—descubrió—lucha uno por quimeras. ¡Cuántas gentes serían felices con ese pisito claro!

Anduvo, anduvo, hasta la Dehesa de la Villa. No había estado allí honestamente desde hacía años, cuando era novio y tenía fragante el corazón, y acudía los domingos con una tortilla fría para merendar entre los pinos y decirle a Enrfqueta que tenía bonitos los ojos.

Recordó aquellos días, y le entró un gran amor por el Madrid suyo, humilde, alegre y limitado de ambiciones, que había saturado su adolescencia. Recordó las verbenas pomposas y ruidosas; el repiqueteo de los organillos chulones; las parejitas modisteriles que se pierden en las umbrías de la Moncloa; el mantón de alfombra; el botijo; las macetas de ortensias y geranios; la tiendecilla que se abre—cacharrería o taberna—, con su murga jocunda en la acera, sus danzarines improvisados en el arroyo, y allá, en la trastienda minúscula una familia que sonríe a la esperanza...

¡Qué bonito y qué bueno era aquel Madrid menestral y chispero, en cuyo regazo pasó la pubertad, cuando no tenía ganas ¡puf! de hacerse millonario!

Bajó la carretera lentamente. ¿Quién había calumniado a Madrid, echándole unas afueras espantosas? Había, sí, rincones inmundos, pero este rincón era delicioso. Parecía sierra, sierra castellana, lo más angustiosamente bello que conocía, esa sierra que tiene olor a tomillo y a romero, arroyos y fontanas, ríos que saltan entre piedras barnizadas por el musgo, un sol pleno y de oro, un aire limpio y alto, en la maraña corzos y zorros, flores sencillas, y entre los senderos el dulce hallazgo de la zarzamora.

Aquello tenía ya vaho, presagio, barrunto de sierra. Pasó el canal y oteó las pardas lontananzas pobladas de encinas. ¡Qué soberanamente recogida y fuerte era Castilla! ¡Qué bien encuadraban en aquel paisaje, al mismo tiempo risueño y severo, el morado pendón emblemático, las espadas y las ropillas negras!

Venía de Segovia un aire perfumado por los pinos y purificado por la nieve.

(Continuará).

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN DE CONSULTAS

T. H.—Ceuta.—Para hacerse socio del Tiro Nacional, basta inscribirse en una cualquiera de las representaciones y pagar una cuota mensual de una peseta. No pudimos contestar a V. oportunamente El núm. 15.200 se vendió en la lotería núm. 9 de Huelva.

B. J.—Ceuta.—La contestación que le dimos en el número de Febrero se halla de acuerdo con los datos obtenidos en el Ministerio. No hemos recibido la carta que nos indica, díganos los números que le faltan y procuraremos complacerle.

I. L—Tarragona.—Se le envía certificado el número 14. No le pasamos cargo por ello.

Señor Sáez.—Valladolid.—Recibido giro de 15 pesetas.

Sr. Arroyo.—Zaragoza.—Recibido giro de 11,25.

I. Carnicero.—Vitoria.—Recibido giro de 3,75.

I. Diez.—Toledo.—Recibido giro de 25 pesetas.

Málaga.—Gobierno militar.—Recibido giro de 8,75 ptas.

R. M. V.—Ceuta.—Recibido su giro de 25 pesetas. Puede enviarme la firma hecha sobre una tarjeta para hacer el autógrafo. Envíe lo que quiera que procuraremos complacerle.

S. P.—Larache.—Para que esta vez no sufra pérdida, le enviamos por certificado los números de Marzo y Abril.

I. L. A.—El Pardo.—Se le envía el núm. 14.

F. S.—Barcelona.—Se le envía el núm. 13.

I. P.—Cartagena.—Se le envía el núm. 14. Su consulta queda contestada en otro lugar.

M. M. B.—Jauja.—Queda hecho el cambio. Se le envía por duplicado el número de Mayo.

J. B.—Madrid.—Se le envía por correo interior los números que le faltan.

A. M. H.—Casariche.—Se le remiten por certificado los números 13 y 14.

M. P. S.—Huesca.—Se le remiten por certificado los números 14, 15 y 16 para sustituir los que se han perdido.

A. R.—Gomera-Hierro.—Se le envían por certificado los números 15 y 16. Su Revista se le envía siempre a su nombre.

A. M. H.—Casariche.—Se le contestó su carta. Por ella verá que la revista de Comisario que pasan los Alcaldes a la Guardia Civil debe realizarse en la Casa Ayuntamiento.

J. M.—Puigcerdá.—El aspirante Juan Moliner no alcanzó la talla reglamentaria. El Sr. Puente renunció.

M. J.—Pontevedra.—Su compañero hace el número 4 para el destino que solicita. Por lo de... que pregunta, depende de las instrucciones qu... Administrador de Correos tenga recibidas d... Dirección General del Cuerpo.

A. C. V.—Sedella.—Su compañero hace el ... mero 28 para destino a la Comandancia de A... cete.

R. A. de C.—Melilla.—Contestamos la cons... referente a su compañero. Hace el número 5 p... el Regimiento de Borbón y el número 4 para e... Alava.

J. S. C.—Figueras.—Hace V. el número 1 p... los Reservas siguientes, 57, 58, 54, 55, 60, 56, ... y 73.

J. P.—Cospeito.—Se le remite el número de ... nio.

J. R.—Ricido.—Se le remite el número de Ju...

J. B.—Baleares.—No hay nada decidido resp... to a la variación del programa para Cabos. Se ... remite el número de Junio.

J. M.—Ea.—Se le vuelve a remitir el número ... Junio.

E. M.—Seo de Urgel.—Suponemos en su po... ya el número de Junio que pedían.

L. M.—Larache.—Se le remiten nuevamente ... números 11 y 12. Suponemos recibiría oportu... mente la suscripción al D. O. pues trasmitimos ... encargo.

F. H.—Valladolid.—El no ascender los alfere... (E. R.) de Caballería, lo mismo que los de las ot... Armas, es porque el criterio es de que asciend... cuando haya vacante. Por eso ascenderán paul... namente. Los de la escala activa, tienen siempre ... cante. Dentro de poco aparecerá en el D. O. su ... claración de aptitud y será V. ascendido cuan... haya vacante de su clase, que será pronto.

F. R. C.—Escañuela.—Hace V. el número 4 p... traslado a la Comandancia de Granada. Falta po... para su destino.

P. C.—Balaguer.—Sentimos comunicarle que ... Real orden de 30 de Junio pasado, se le negó ... Cruz y placa que pedía.

F. B. M.—San Sebastián Gomera.—Se con... que no le han comunicado oportunamente la re... lución a su instancia. Por Real orden de 25 de E... ro de 1921 (Diario oficial núm. 21) se le concede ... la Cruz de San Hermenegildo.

C. V.—María de Huerva.—Contestamos a su p... gunta. Tiene que llevar forzosamente cuatro añ... de servicio en el Cuerpo, para poder presentarse ... exámenes para el ascenso a Cabo.

J. G. B.—Borceguillas.—Recibido su giro ... 11,25. Conformes con lo que nos dice, no le gir... mos letras.

Ayuntamiento de Madrid

J. G.—Vélez-Málaga.—En el D. O. núm. 150 del del corriente Julio, se concede el quinquenio solicitado por los Oficiales de la E. R.

E. S. N.—Melilla.—En el D. O. núm. 151 de 10 del corriente Julio se ha publicado el ascenso de los alféreces que llevan tres años.

J. V.—Valencia.--Hace V. los números siguientes: para la Reserva 35, el 9; para la 36, el 8; para la 37, el 7; para la 38, el 2; para la Caja, 35, 36 y 37, el 5 y para la Caja 38, el 1. Estos números se modifican constantemente por la sección de papeletas de oficiales más antíguos.

E. A. M.—Toledo.—No aparece nada de lo que usted desea en la sección de Ajustes. Hay que tener en cuenta, que el Regimiento de Antequera no ha existido en la última campaña de Cuba y que los trabajos de la primera campaña se hallan en suspenso.

P. C.—Benitachell.--Se le envía por duplicado el número de Junio.

J. G. C.—Figueras.—Recibimos su segunda carta cuando ya estaba evacuada la consulta. Suponemos habrá quedado complacido.

A. A.—Mallorca.—Se le envía el n.° de Junio.

C. de E.—Gijón.—Recibido su trabajo. Tenemos la acumulación de originales sobre todo de versos que no nos comprometemos a publicarlo. Rectificado el error de su empleo.

J. L.—Palma de Mallorca.—Recibida su postal, La hemos remitido al autor del libro.

Sr. Díez.—Toledo.—Recibido giro de 3,75.

Sr. González.—Valladolid.—Recibido giro de 12,55.

Sr. Hernández.—Barcelona.—Recibido giro de 7,50.

Sr. Moreno.—Canfranc.—Recibido giro de 7,50.

Sr. Montales.—Motilla del Palancar.—Recibido giro de 11.25.

D. Cristóbal Bordiu.— Cuevas.—Recibido giro de 7,50.

Sr. Garrido.—Segovia.—Recibido giro de 11,25.

Sr. López.—Astorga.—Recibido giro de 12,50.

Sr. Blazquez.—Tetuán.—Recibido giro de 10 pesetas.

Sr. Morillor.—San Sebastián de la Gomera.—Recibido giro de 3,75.

Sr. Peña.—Valladolid.—Recibido giro de 15 pesetas.

Sr. Villalón.—Ceuta.--Recibido giro de 5 pesetas

SOY ESPAÑOLA

Soy española: El suelo bendito de las Españas,
el cielo inmaculado que la niebla no empaña,
en el suelo y el cielo de mi Patria inmortal.
rojo y amarillo son mis patrios colores;
ellos he cifrado purísimos amores,
ellos han de ser siempre mi orgullo y mi ideal.
He nacido en un pueblo todo sol y armonía,
onde la noche es clara y deslumbrante el día,
onde siempre florece más fragante el clavel,
un pueblo impetuoso, todo luz y colores,
onde tienen los ojos más intensos fulgores,
más rojas se yerguen las flores del vergel.
He nacido en un pueblo todo ardor y pujanza,
e igual canta una endecha como empuña una lanza
orque sabe igualmente combatir y cantar;
un pueblo que tiene una sonrisa abierta
ra acoger hidalgo a quien llame a su puerta,
afrontar bravamente a quien le ose retar.
Esta es la ejecutoria de mi antigua nobleza,
e en mi corazón hace brotar santa altiveza:
ber visto la aurora bajo el cielo español;
gullo que no abaten desengaños ni penas,
e inflama de entusiasmo la sangre de mis venas,
enciende en mis pupilas resplandores de sol.

* * *

Si volviera cien veces a empezar mi existencia,
algún dios generoso, de infinita clemencia,
a Patria, entre todas, hiciérame elegir,
¡oh, mi España! Tú sola de todas eligiera,
sin vacilar mis labios besaran tu bandera,
y cien veces tu nombre volviera a repetir.

* * *

Maltrecha y dolorida te adoro con locura,
porque más resplandece tu espléndida hermosura,
que ensalza la aureola sublime del dolor.
Como se ama a la madre con un ardor más fuerte,
cuando enferma o herida, luchando con la muerte,
se apaga en sus miradas el último fulgor.

* * *

Es mil veces sagrada esta tierra indomable,
por su historia aromada de un perfume imborrable,
porque ha sabido siempre ser fiel a su blasón.
Porque ha sido gloriosa y noble en los errores,
hidalga en la victoria y altiva en los dolores,
y en sus mismos defectos flota un gallardo airón.
¡Amo a España que es grande! que ha luchado y sufrido
sin que jamás su espíritu desmayase abatido,
ni manchar la pureza de su frente leal.
¡La Patria de mis sueños es la España grandiosa
que en sus manos sostiene la antorcha prodigiosa
de la suprema gloria, de la luz inmortal!

PILAR ZAMORA

Ayuntamiento de Madrid

PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

CHARAD AS

Me gustan las escobas
de *prima-cuarta*;
la leche de *tres-prima*
nunca me harta.
Pero de *todo*
nunca pude beberme
ni un vaso de agua.
Esto es tan cierto
que si me la recetan
soy hombre muerto.
Y cuando era pequeño
para tomarla
con una *tres-segunda*
me amenazaban.

***

Al dar con la solución
de esta charada *fané*
perdonad las faltas de
ortografía al autor.

—¿Qué letras escribes con más gallardía?
—Las *primera* y la *segunda*.
—En qué nota musical tropiezas siempre?
—En la *tercera*.
—¿Atinas con la solución de esta charada?
—Sí; ya la he *todo*.

—¿Con qué cubre la cabeza ese militar?
—Con el *primera*.
—¿Como se llama la parte exterior más baja de un barco?
—*Segunda-Tercera*.
—¿Como te llamas de apellido?
—*Segunda-primera*.
—Como eres tan listo te regalo esa *todo*.

Jeroglíficos.

DDD
nota C

2 i
TT

Anagrama.

Sr. Don Ernesto Picadea
Eavugaise.

Lorca.

Formar con las letras de la precedente tarjeta un conocido refrán.

Conocimientos útiles.

Restauración de las fotografías.—Las fotografías antiguas pasadas por la acción del tiempo, pueden reforzarse empleando cuidadosamente el siguiente procedimiento.

Se comienza por despegar con agua caliente la fotografía de la cartulina en que está pegada, y después se le quita toda la cola posible. Entonces se sumerge la fotografía en un baño de 0,2 partes de cloruro de mercurio en cien partes de agua, y se mantiene así hasta que las partes iluminadas se vuelvan blancas y las sombras negras, y después se lava bien en agua pura.

Debe tenerse cuidado con el mercurio porque es venenoso, y probarse en un extremo de la fotografía el efecto del baño antes de sumergirla por completo, pues si se trata de una prueba que no está bien virada al baño de oro, no solamente no se obtiene el resultado apetecido, sino que se corre el riesgo de que la imagen desaparezca por completo.

Limpieza de los marcos dorados.—Se baten juntos claras de huevos y agua de Javelle, 96 gramos de las primeras y 32 gramos de la segunda, y con un cepillo muy suave empapado en esta mezcla se limpian los marcos. Después debe extenderse una capa de barniz del que emplan los doradores en madera. El dorado adquiere de esta manera su color y su brillo. Un dorado resiste varias veces esta operación.

CASOS Y COSAS

En una tertulia casera:
—Creame usted—dice una solterona—, el vivir soltera no t
ningún atractivo.
—¿Hace mucho tiempo qu
es usted?—le pregunta uno d
visitantes.

En la oficina:
—¿Cuáles son tus princi
—Encontrar los medios.
—¿Qué medios?
—Los medios de llegar a
—¿A qué fin?
—Al fin del mes.

En la Audiencia:
El juez.—Diga el testigo lo
sepa.
El testigo.—Pues sé leer
cribir, contar y algo de
metria.

Problema de ajedrez.

Las blancas juegan y dan
en dos jugadas.

Soluciones a los pasatie
del número anterior.

A las charadas:
Conejo.
Armario.
Romea.

A los jeroglíficos:
Pentágono.
Encantos.

Al anagrama:
La verbena de la Palom

Al problema de ajedrez:
Caballo a 5 de Reina y matt
siguiente.

Ayuntamiento de Madrid